

FRAY MOCHO



"DURAZNOS EN FLOR"

N.º 777

15.3.1927.

Z : 16, 777 (1927)
13135

D. MASSA-6



EXQUISITA,
DELICADA,

con el sello inconfundible de los
productos de alta calidad, la

Torta Paradiso

se impone siempre, en todas las mesas,
como el postre más delicioso y apeteci-
ble que pueda ofrecerse a las personas
de gustos exigentes o de refinado paladar.

Terrabusi Hnos. & Cia.

ESTABLECIMIENTO MODELO
San José 1060 — Buenos Aires



TORTA PARADISO

Reina de la mesa

FRAY MOCHO

Fundado el 3 de Mayo de 1912.

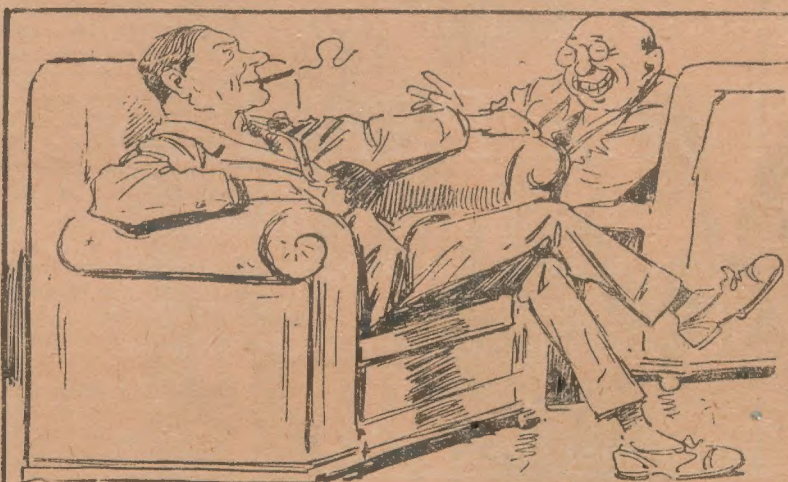
Redaccion y Administración. BOLIVAR 879

Año XVI

Buenos Aires, 13 de marzo de 1927

N.º 777

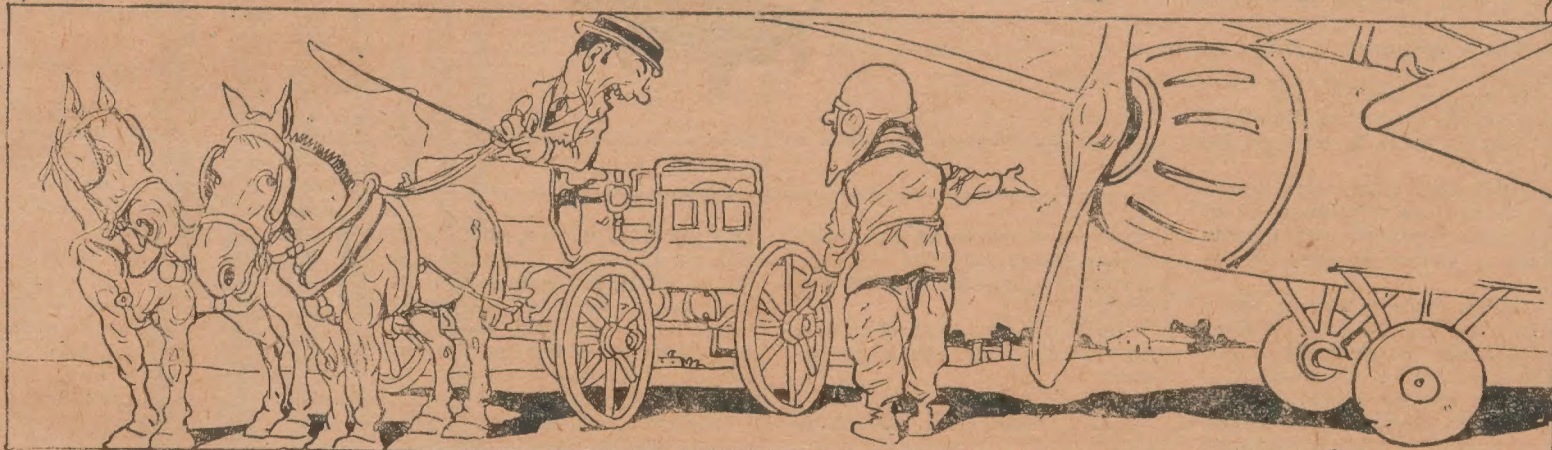
Aeronavegación, por Rojas



—Mañana voy a subir en aeroplano y el caso es que no sé una palabra de lo que es "decollage", "furelaje" y "aterizaje".
—A ti lo que debe preocuparte es el "salvataje".



—Figúrate que al darle un beso a Pepita, me sorprendió el padre y de la patada que me dio me sacó desde la sala a la calle.
—¿Y no tropezastes en ninguna parte?
—No, fué un vuelo sin etapas.



—La tracción animal ya no se usa para pasear. Yo con este motor de dos mil caballos que le he puesto a mi aparato, voy al fin del mundo.
—Sí; pero si a usted se le descompone uno de esos dos mil ya no puede seguir y a mí si se me estropea uno, sigo con el otro.



—¿Quiere usted del pollo la pechuga, los muslitos...?
—Nosotros los aviadores no comemos más que alas.



—Seguramente el aeroplano es un invento maravilloso pero aún no está resuelta la estabilidad.
—Eso es lo que me pasa a mí en la casa de pensión; que como no pago hace dos meses, la estabilidad es lo que me preocupa.

EL BOFETÓN

Por Pedro Valdagne

La señora Deroute dijo a su amiga, Marta Plateau:

—Todavía estoy agitadísima. El canallita de mi pequeño Felipe, me ha respondido en mala forma y me he visto obligada a darle un bofetón... Pero confieso que yo lo he sentido más que él todavía.

—Hace quince días me ocurrió a mí algo por el estilo — exclamó a su vez la señora Plateau. — Pero mi ira fué tanta que no me arrepentí.

—Pero, usted no tiene hijos, amiga mía.

—Es cierto que no tengo hijos, más tengo un sobrino.

—¡Luciano Grillón! ¿Qué usted ha dado un bofetón a Luciano?

—¡Así es!

—Pero si tiene diez y nueve años su sobrino! No se castiga de ese modo a un hombre de diez y nueve años.

—Y, sin embargo yo le puse la mano en la cara!

—¿Y qué delito tan grande cometió para merecer ese castigo?

—Es insoportable!...

—¡Oh! No, por Dios! Luciano es un joven delicioso; arrogante, infinitamente distinguido, ojos admirables y un atractivo don de gentes...

—¿Le parece? — interrumpió la señora Plateau.

—Todo el mundo opina como yo. Y usted misma no ha escatimado sus elogios en otras ocasiones...

—Es un pequeño miserab!e!...

La señora Deroute se echó a reír.

—No tan "pequeño"... Ya es un hombre.

—Para mí es una criatura.

—¡Oh! No hay una diferencia tan sensible entre la edad de los dos...

—¡Diez años! ¿Le parece poco?

—¿Usted tiene veintinueve años? ¡Oh! Nadie supondría más de veinticinco... Además es usted tan linda.

—No soy linda y además voy a cumplir los treinta años... Comprenderá que me reconozco el derecho a castigar a ese canallita...

—¡Pero que ha hecho el pobre Luciano? Es discreto, bien educado... Apuesto a que ha contraído deudas y le ha pedido plata para pagarlas...

—No. El dispone de dinero!

—Un muchacho a su edad puede dejarse arrastrar por una amiga...

—No. No son las "pequeñas amiguitas" las que le cuestan caras — respondió la señora Plateau con una risita nerviosa.

—¿Es tan virtuoso?

—No quiero decir eso... Las mujeres corren tras él...

—Pero ¿qué mujeres?...

—No acaba de comprenderme, querida amiga... Indiscutiblemente son mujeres sin virtud, pero de nuestro mundo.

—¿Qué me dice?

—Sí... Voy a contarle... ¿Conoce a Berta Filatre, la esposa de ese imbécil de Filatre?

—¡Ya lo creo! Una linda morocha, menudita, de admirables ojos...

Pero la señora Plateau interrumpió a su amiga.

—¿Le parece bonita Berta Filatre? No es usted muy difícil de contentar. Es un mamarracho. Flaca hasta causar miedo, un cutis de

—Ah! Ah! Y estaba orgulloso de su conquista, ¿no es así?

—Querida amiga. Es algo escandaloso.

—¡Vamos! Un poco de indulgencia.

—Usted comprenderá que yo tengo que cuidar a Luciano. No tiene



—No tan "pequeño"... Ya es un hombre — exclamó riendo, la señora Deroute.

negra y unos ojos en los que se adivinan todas las maldades.

La señora Deroute, exclamó suavemente.

—Acaso no la haya observado bien. ¿Se trata de ella y de Luciano?

—De ella.

—¡Ah! ¿Pero cómo ha sabido usted?

—Luciano me lo ha confesado todo.

más parientes que yo, aquí en París. Su madre que vive en Angulema, es viuda. Entonces es muy natural que yo me cuide, que me interese por lo que hace ese muchacho. Tiene plena libertad. Por eso cuando va a comer a mi casa, dos veces por semana, le hago hablar...

Reconozco que es discreto. Pero en esta ocasión parecía que no podía contenerse. Continuamente llevaba la conversación hacia esa Ber-

ta y me pedía su opinión respecto a ella.

Terminé por adivinar algo y se lo dí a entender.

¡Ay querida amiga, pronto me convencí! Luciano, que no esperaba otra cosa inició sus confidencias.

—¡Hubiera deseado oírlo! — dijo la señora Deroute.

—Al principio me divertía yo también. Pero cuando entró en detalles...

—¿Cómo? ¿Entró en detalles?

—¡Y qué detalles! Al cabo de un cuarto de hora lo sabía todo. Él la ve todos los días en su casa a la hora en que ese idiota de Filatre está en su escritorio. Han encontrado la forma de ir a comer a un restaurant. Berta le dice al marido que va a casa de una amiga enferma. Un día esa amiga, ya convaleciente, hizo un viaje y Berta previno a su esposo que posiblemente no regresaría hasta el día siguiente.

—¡Es admirable!

—A mí no me lo parece así! Yo traté de prevenir a Luciano de los peligros que le crean una situación semejante. No ha querido saber nada.

—Pero tía. No hay peligro alguno. El marido cree todo lo que le dicen... Y aun cuando descubriese algo... Yo te esperaría a pie firme y le castigaría en forma tal que desaparecería para siempre.

—¡Feliz juventud! — exclamó la Sra. Deroute.

Pero ya la tía de Luciano continuaba.

—Yo dudaba aún de la importancia de la aventura. Puse de manifiesto a mi sobrino que esas situaciones son fecundas en deberes, que las mujeres como Berta no tienen corazón y no vacilan en hacer su capricho si se le antoja. Entonces Luciano se enfureció.

—¡Jamás! ¡Jamás! — dijo. — Yo estoy seguro de ella! ¡Nos amamos! ¡Ah! Si tu supieses mi buena tía, las pruebas que me ha dado de su amor. Si vieses sus ojos, cuando los clava en los míos! Todos sus movimientos tienen una gracia!... Ríe de un modo que transporta! Es bella. Muy bella. La más bella de todas las mujeres que he visto... Yo la adoro!

En ese momento fué cuando mi brazo se puso en movimiento y, aun, a pesar mío, mi mano fué a golpear con fuerza, en la mejilla de mi sobrino.

Y la señora Plateau, emocionada aún a ese recuerdo, agregó!

—Venía a contar todos esos horrores a su tía!... ¿Podía soportarlo yo?

La señora Deroute miró de reojo a su amiga y pensó.

—Tengo la seguridad, de que si Berta hubiese estado al alcance de su mano, era ella quien recibía el bofetón.

Pero la señora Deroute no dejó adivinar lo que pensaba.

La estatua y el libro

No soy partidario de las estatuas y menos de las erigidas en vida de los originales. Para apreciar el valor de un hombre se necesita la perspectiva de los siglos. En todo, la verdadera estatua está esculpida por nuestras acciones e ideas. Cuando nuestra obra naufraga a impulso de los nuevos hechos, o es aventada por su propia ingravidez, los más excelsos simulacros del arte se derrumban; y cuando aquéllos son traducción fiel de la realidad objetiva y resisten a la crítica, la estatua más perdurable está representada por el libro.

S. Ramón y Cajal.



SINTÉTICAS

DERROTA DEL FISCO

En Río Cuarto se promulgaron recientemente, las nuevas ordenanzas de impuestos; y este hecho dió motivo a que los habitantes de dicha localidad, formados en manifestación de protesta, se dirigieran, primero, al concejo deliberante y, después, a la intendencia municipal donde, en forma enérgica, exteriorizaron su voluntad adversa a las mencionadas disposiciones impositivas.

Como consecuencia de la eficaz acción popular, el concejo deliberante acordó derogar, de inmediato, las referidas ordenanzas; mientras el intendente municipal, refugiado en la jefatura de policía, se apresuraba, por su parte, a presentar, con carácter irrevocable, la renuncia del cargo que desempeñaba.

Con la victoria alcanzada,
Río Cuarto está de fiesta;
Y no hay ciudad esquilmada
Que no pida, entusiasmada,
Su fórmula de protesta.

VENTURAS A LARGO PLAZO

En una de las recientes sesiones efectuadas por la Real Academia de Jurisprudencia, de España, el senador vitalicio y catedrático de derecho administrativo, doctor don Antonio Royo Villanova, pronunció un elocuente discurso en el que, después de declarar que pertenece al antiguo régimen y de hacer diversas consideraciones acerca de la actual situación política española; terminó afirmando resueltamente que el antiguo régimen volverá, si bien ignora cuándo se restablecerá el imperio de la Constitución. "Por si acaso — dijo al final — espero sentado"

Aunque no dudamos de que el señor Royo y Villanova esté en lo cierto, creemos, sin embargo, que

Es grave la situación
Si al régimen anhelado
Hay que "esperarlo sentado";
Pues la momificación
Puede hacer su aparición
Antes de que esté implantado.

ERROR JUDICIAL

Un acaudalado industrial de Estados Unidos tenía una linda aniguita con la cual solía efectuar las más deliciosas excursiones idílicas, a cuyo efecto utilizaba un magnífico automóvil de su exclusiva propiedad.

Cierta día, la esposa del potentado de referencia, tuvo conocimiento de los amorosos devaneos de su cónyuge y creyendo ver en el auto el principal instrumento de la infidelidad de su consorte, bajó al garage, empapó el vehículo con gasolina y, prendiéndole fuego, dejó reducido a miserables pavesas, aquel confortable nido de culpable amores.

Furioso el industrial, acudió a la justicia presentando una demanda para que su esposa le abonara daños y perjuicios; pero el tribunal acaba de fallar el pleito declarando que la señora hizo perfectamente bien, al aplicar el fuego depurador.

Respetando los altos principios jurídicos en que está fundada dicha resolución, creemos, por nuestra parte, que

La sentencia no es legal,
Pues, de haber sido el juez cauto,
Hallara más natural
Que quemara a su rival
En vez de quemar el auto.

—¡Ese espectáculo me parece espantoso! — exclamó la dama al salir de la casa de fieras del señor Martín.

Acababa de contemplar al atrevido especulador "trabajando" con su bien, según se dice un estilo de anuncio.

—¿Por qué medios — continuó la dama — puede haber domesticado a esos animales hasta el punto de estar seguro de su afecto para?...

—Ese hecho que os parece un problema — contesté interrumpiéndola — es, sin embargo una cosa natural...

—¡Oh! — exclamó la dama con una sonrisa de incredulidad.

—¿Creéis que los animales carecen completamente de pasiones? — pregunté yo. Pues sabed que podemos darle todos los vicios debidos a nuestro estado de civilización.

La dama me miró con expresión de asombro.

—Pero al ver al señor Martín por primera vez — repliqué —, confieso que se me escapó como a vos, una exclamación de sorpresa. Me hallaba entonces junto a un veterano a quien habían amputado la perna derecha, y cuya figura me llamaba la atención. Tenía una de esas cabezas expresivas, marcadas con el sello de la guerra, y en las que parece estar escritas las batallas de Napoleón, y su aire de franqueza y de buen humor me sedujeron. Era, sin duda, uno de esos militares a quienes nada sorprende, y que encuentra motivo de risa hasta en la última mueca de un compañero, cuando le entierran o le despojan, interponiendo a las balas con autoridad. Después de haber mirado atentamente al dueño de la casa de fieras, en el momento en que salía de la jaula, mi compañero hizo un ademán desdefioso y significativo, y cuando yo protesté sobre el valor del señor Martín, sonrióse y me dijo encogiéndose de hombros:

—¡Conocido!

—¿Cómo conocido? — repliqué — Si queréis explicarme ese misterio, lo agradeceré mucho.

Después de unos momentos, durante los cuales trabamos conocimiento, fuimos a comer en el primer restaurant que vimos. Al servirse los postres, una botella de champagne avivó los recuerdos de aquel curioso soldado, que me refirió su historia, lo cual me permitió reconocer que tenía razón al exclamar: "¡Conocido!"

De vuelta a su casa, la dama me hizo tantas súplicas y promesas, que consentí en redactar la confidencia del soldado, enviándola al día siguiente este episodio de una epopeya que se podría titular: "Los franceses en Egipto."

Cuando se efectuó la expedición del general Dasaix a Egipto, un soldado provenzal, que había caído en poder de los maugrabinos, fué conducido por estos árabes a los desiertos situados más allá de las cataratas del Nilo; y a fin de poner un espacio suficiente entre ellos y el ejército francés, para su tranquilidad, los árabes hicieron una marcha forzada sin detenerse hasta la noche.

Acamparon alrededor de un pozo oculto por palmeras, junto a las cuales habían enterrado ante algunas provisiones. Como no suponían que a su prisionero le ocurriese la idea de huir, se contentaron con atarle las manos, y se durmieron todos, después de comer algunos

Una pasión en el desierto

Por Honorato de Balzac

dátiles y de dar un pienso a sus caballos. Cuando el atrevido provenzal observó que sus enemigos no podían vigilarle, se sirvió de sus dientes para apoderarse de una cimitarra, y después, ayudándose de sus rodillas para sujetar las hojas, cortó las cuerdas que le impedían el uso de las manos y quedó libre. Sin perder momento, cogió una carabina y un puñal, una provisión de dátiles secos, una saquito de cebada, pólvora y balas; se ciñó la cimitarra y montó en caballo e hizo tomar rápidamente la dirección en que supuso que hallaría al ejército francés. Impaciente por hallarse de nuevo en el vivac, hostigó de tal manera al corcel, cansado

dral de Arlés; pero cuando después de contar las palmeras paseó una mirada en torno suyo, la más espantosa desesperación se apoderó de su alma. Vea un océano sin límites, las arenas negruzcas del desierto se extendían hasta perderse de vista en todas direcciones, brillando como una hoja de acero herida por una luz muy viva; y no sabía si era un mar de hielo o un inmenso lago. Arrebatado por ráfagas, un vapor de fuego formaba un torbellino sobre aquella tierra movable, y el cielo tenía un brillo oriental de tan inflexible pureza, que no dejaba nada que desear a la imaginación. El cielo y la tierra parecían encendidos; el silencio es-



—Lo que usted tiene es el estómago lleno de agua.

—¡Sí! ¡Bueno le voy a poner al tabernero en cuenta me levante!

ya, que el pobre expiró con los ijares destrozados, dejando al francés en medio del desierto.

Después de haber caminado algún tiempo por la arena con todo el valor de un p. esidario que se escapa, el soldado debió detenerse; el día tocaba a su fin, y, a pesar de la belleza del cielo durante las noches en Oriente, no se sintió con fuerzas para continuar su marcha. Por fortuna había podido llegar a una eminencia en cuya altura se veían algunas palmeras, cuyo follaje había despertado en su corazón, apenas le vió, las más dulces esperanzas. Su cansancio era tal que se echó sobre una piedra de granito, caprichosamente cortada en forma de lecho de campaña, y se durmió sin adoptar ninguna precaución para su defensa durante el sueño. Había hecho el sacrificio de su vida, y su última idea fué un pesar. Se arrepentía de haberse separado de los maugrabinos, cuya idea errante comenzaba a sonreírle, desde que estaba lejos de ellos y sin auxilio. Le despertó un sol cuyos desapiadados rayos, cayendo a plomo sobre el granito, producían un calor intolerable... Miró aquellos árboles solitarios y estremejóse, porque le recordaban las elegantes columnas coronadas de largas hojas, que adornan la cate-

pantaba por su majestad salvaje y terrible. Lo infinito y la inmensidad oprimían el alma por todas partes, ni una nube en el cielo, ni una ráfaga en el aire, ni un accidente en el seno de la arena agitada por menudas ondas; y, por último, el horizonte terminaba, como en un mar tranquilo, por una línea de luz tan afilada como el corte de un sable. El provenzal estrechó el tronco de una de las palmeras, como si fuese el cuerpo de un amigo; después, colocándose a la sombra escasa que el árbol proyectaba en el granito, lloró, sentóse, y permaneció allí contemplando con profunda tristeza la escena implacable que se ofrecía a sus ojos. Después gritó como para agitar la soledad; pero su voz perdida en las cavidades de la eminencia, no produjo más que un sonido que ni siquiera despertó el eco. El provenzal tenía veintidós años, y armó su carabina.

—¡Siempre habrá tiempo! — se dijo dejando en tierra su arma liberadora.

Mirando sucesivamente el espacio negruzco y el espacio azul; el soldado pensaba en Francia, en las ciudades por donde había pasado, en las figuras de sus compañeros, y en las más ligeras circunstancias de su vida. Al fin, su imaginación

meridional le hizo entrever muy pronto los guijarros de su querida Provenza en la extensa superficie del desierto. Teniéndolo todo de aquel peligroso espejismo, bajó de la colina por el lado opuesto a aquel, por donde había subido la víspera, y grande fué su alegría al descubrir una especie de gruta naturalmente cortada en los inmensos fragmentos de granito que formaban la base de aquel montecillo. Los restos de una esterilla indicaban que aquel refugio había estado habitado en otro tiempo; y a pocos pasos vió palmeras cargadas de dátiles. Entonces el amor a la vida se despertó de su corazón, y esperó vivir lo bastante para esperar el paso de algunos mangrabinos o bien para oír muy pronto el estampido de los cañones, pues en aquel momento, Bonaparte recorría el Egipto. Reanimado por esta esperanza, el francés hizo caer algunos frutos maduros de la palmera, y al probarlos comprendió que el habitante de la gruta había cultivado aquellos árboles, pues la carne sabrosa y fresca de los dátiles, revelaba los cuidados de su predecesor. El provenzal pasó de pronto de una sombría tristeza a una alegría loca; remontó a lo alto de la colina y durante el resto del día ocupóse en cortar una de las palmeras infecundas que la víspera le sirvieron de tejado. Un vago recuerdo le hizo pensar en los animales del desierto, y previendo que podrían ir a beber el manantial perdido en las arenas, que se hallaba al pie de los fragmentos de roca, resolvió levantar una barrera a la entrada de su refugio; más a pesar de su ardimiento, a pesar de las fuerzas que le comunicó el temor de ser devorado durante su sueño, le fué imposible cortar la palmera en pedazos aquel día. Cuando, cerca ya la noche, cayó por fin aquella reina del desierto, el ruido que produjo resonó a lo lejos como un gemido de la soledad. El soldado se estremeció como si hubiera oído una voz, pronosticándole la desgracia; pero como un heredero que no se inquieta mucho por la muerte de un pariente, despojó el hermoso árbol de sus grandes ojas verdes y se sirvió de ella para reparar la esterilla donde se proponía echarse. Fatigado por el calor y el trabajo, se durmió en su húmeda gruta; pero en medio de la noche interrumpió su sueño un rumor extraordinario; incorporóse y, gracias al profundo silencio que reinaba, pudo reconocer una respiración cuya fuerza no podía pertenecer a un ser humano. Un indecible temor heló su corazón, y, a fuerza de abrir los ojos, vió en la sombra dos resplandores débiles y de color amarillento; al principio lo atribuyó al reflejo de sus propias pupilas; pero muy pronto, gracias al brillo de la noche, que le ayudaba a distinguir los objetos que había en la gruta, vió un enorme animal echado a dos pasos de él. ¿Era un león, un tigre o un cocodrilo? El provenzal no tenía bastante instrucción para saber a que género pertenecía su enemigo, pero su espanto fué tanto más violento, cuanto que su ignorancia le hizo suponer todas las desgracias a la vez. No se atrevía a moverse ni una línea; un olor tan fuerte como el que exhalan las zorras, pero más penetrante aún, llenaba la gruta; y cuando el provenzal le hubo aspirado, su terror llegó a su colmo, pues no podía poner en duda que

clase de animal era su terrible compañero. Muy pronto, los reflejos de la luna que se precipitaba hacia el horizonte, iluminando la gruta, hicieron resplandecer insensiblemente la piel manchada de una pantera. Aquel león de Egipto dormía enroscado como un perro; sus ojos abiertos un instante, se habían vuelto a cerrar, y tenía la cara vuelta hacia el francés, mil pensamientos confusos cruzaron la mente del prisionero de la pantera; al pronto quiso matarla de un tiro; pero vio que no había suficiente espacio entre la fiera y él para apuntarla. ¿Y si se despertaba? Esta hipótesis le indujo a permanecer inmóvil, y al escuchar como latía su corazón en medio del silencio, maldijo las pulsaciones demasiado fuerte que la afluencia de sangre producía. Dos veces puso la mano en la empuñadura de su cimitarra con la intención de cortar la cabeza a su enemigo; más el temor de no conseguir su fin le hizo renunciar a tan atrevido proyecto y prefirió las eventualidades de un combate, resolviendo esperar hasta el día. No tardó en amanecer y entonces el provenzal pudo examinar la pantera, que tenía el hocico manchado de sangre.

—¿Se conoce que ha comido bien?... —pensó el francés sin preguntarse si el festín habría sido de carne humana. Cuando se despertó —añadió,—no tendrá hambre.

Era una hembra; el pelaje del vientre y de los muslos vestimentados por su blancura; varias manchitas que parecían de terciopelo, formaban graciosos brazaletes alrededor de las patas, la cola musculosa era unos anillos negros; la parte superior del pelaje era amarilla cotambién blanca, pero terminada como el oro mate; pero muy lisa y suave, con esas manchitas características en forma de rosas, que sirven para distinguir a las panteras de las demás especies de "felis". Aquella tranquila y temible huésped, roncaba en una postura muy graciosa, como la de gato echado sobre el almohadón de una otomana; sus ensangrentadas patas, bien armadas, se prolongaban más allá de la cabeza, sirviendo de apoyo a esta última; y de los lados de su hocico partían esas barbas escasas y rectas, semejante a hilos de plata. El provenzal hubiera admirado la fiera en una jaula; más en quel momento le turbaba aquel siniestro aspecto. La presencia de la pantera, aun dormida, le hacía experimentar el efecto de los ojos magnéticos que la serpiente produce en el ruiseñor, según se asegura. El valor del soldado acabó por desvanecerse un momento ante aquel peligro, mientras que se hubiera exaltado, sin duda, ante los cañones arrojando metralla; pero un pensamiento intrépido cruzó por su imaginación, secando al punto el sudor que inundaba su frente. Como los hombres que, acosados hasta lo último por la desgracia, llegan a desafiar la muerte, parecióle ver una tragedia en aquella aventura, y resolvió desempeñar su papel con honor hasta la última escena.

—Anteayer, los árabes me hubieran matado tal vez... se dijo; y considerándose como muerto, esperó valerosamente y con inquietud curiosidad a que su enemigo despertase.

Al aparecer el sol, la pantera abrió súbitamente los ojos, luego estiró lentamente las patas, y abrió la boca, con lo cual dejó ver el espantoso aparato de sus dientes y su lengua ahorquillada. Después lamó la sangre que manchaba sus patas y el hocico, y se rascó la cabeza.

—¡Bien!... ahora se acicala un poco.... — se dijo el francés, recobrando todo su valor— ahora nos vamos a dar los buenos días. Y empuñó el pequeño puñal corto que había tomado a los mangrabinos.

En aquel momento la pantera volvió la cabeza hacia el francés, y le miró fijamente sin avanzar; pero la rigidez de sus ojos metálicos y su insoportable brillo estremecieron al provenzal, sobre todo cuando la fiera se adelantó hacia él.

haber extinguido su ferocidad, levantóse y quiso salir de la gruta; la pantera lo dejó marchar; mas cuando hubo franqueado la colina, saltó con la ligereza de un gorrión entre las ramas, y fué a restregarse contra las piernas del soldado. Después, mirando a su compañero con ojos, cuyo brillo no era tan fuerte, produjo ese grito salvaje que los naturalistas comparan con el crujido de una sierra.

—¡Es exigente! — exclamó el francés sonriendo. Y trató de acariciar el vientre del animal, rascándole después la cabeza; al ver que esto le daba buen resultado, la hizo cosquillas en el cráneo con la punta de su puñal, espiondo el momento de matarla; pero la dureza de los huesos le hizo temer que no lo conseguiría.

TEMPERAMENTO ARTISTICO



EL EMPRESARIO. — Vamos a ver, Zizi, cómo me haces hoy la escena grande.
LA ARTISTA. — Le aseguro a usted que la crítica no me negará, esta vez, que he puesto corazón.

Sin embargo, nuestro hombre la contempló con aire cariñoso, como para magnetizarla, y la dejó acercarse a él; después, con un suave movimiento, como si hubiera querido acariciar a una hermosa mujer, le pasó la mano sobre todo el cuerpo desde la cabeza hasta la cola. El animal levantó voluptuosamente su cola, sus ojos se dulcificaron; y cuando por tercera vez sintió aquella caricia, produjo ese "rourou" propio de los gatos cuando expresan su placer; pero aquel murmullo partía de un gáznate tan poderoso que resonó en la gruta como las últimas notas del órgano en una iglesia. El provenzal, comprendiendo la importancia de sus caricias, las redobló hasta el punto de aturdir a la imperiosa cortesana, y cuando se creyó seguro de

La sultana del desierto agradeció la solicitud de su esclavo levantando la cabeza. El francés pensó de pronto, que para matar de un solo golpe a la feroz princesa, era preciso atravesarle el cuello con el puñal, y ya levantaba la hoja, cuando la pantera harta de alimento sin dudas en que expresaba la benevolencia. El pobre provenzal comió sus dátiles apoyándose en una de las palmeras, pero fijando una mirada investigadora en el desierto para ver si llegaban libertadores.

—Pero, ¿y cuando tenga hambre? — pensó de pronto el provenzal.

Y, a pesar del estremecimiento que le produjo esta idea, el soldado comenzó a medir curiosamente las proporciones de la pantera, que debía ser uno de los más hermosos individuos de la especie, pues tenía tres pies de altura por cuatro de

longitud, sin contar la cola, arma poderosa, redonda como un palo y erguida; en cuanto a la cabeza voluminosa como la de una leona, expresaba la fría crueldad de los tigres, pero muy modificada. El soldado trató de ir y venir y la pantera le dejó libre, limitándose a seguirle con los ojos, y así parecía más bien un gato de Angora, inquieto, que no un perro fiel. Al volverse el provenzal, vio junto al agua, los restos de su caballo, del que la fiera había devorado unas dos terceras partes después de arrastrarle hasta allí. Este espectáculo tranquilizó al francés y entonces se explicó fácilmente la ausencia del animal y sus respeto al hombre. Enardecido por este buen resultado, el provenzal concibió la esperanza de vivir en buena inteligencia con la pantera durante todo el día; sentose junto a ella sin temor, y comenzó a jugar con sus patas; le retorció las orejas, y examinó boca arriba, rascó con fuerza sus costados sedosos. El animal permaneció tranquilo, y cuando el soldado trató de ausarle el pelaje de las patas, ocultó cuidadosamente sus encorvadas uñas. El francés, que conservaba el puñal en la otra mano, pensaba aun hundirle en el vientre de la confiada pantera; pero temía ser estrangulado inmediatamente en la última convulsión de la fiera.

Hacia el fin del día, el francés se había familiarizado con su peligrosa situación, y casi le agradaban aquellas angustias. En fin, su compañera acabó por acostumbrarse a su estado y lanzó en voz de farsite: "¡Minona!" Al ponerse el sol el animal producía a intervalos un grito profundo y melancólico.

—¡Está bien educada! — pensó el alegre soldado, — pues reza sus oraciones... Y al ver la actitud pacífica de su compañera, añadió: Vamos pequeña, te dejaré acostar la primera.

El hombre contaba con la ligereza de sus piernas para huir cuando el animal estuviese dormido, a fin de buscar otro refugio durante la noche. Esperó con impaciencia la hora de la fuga, y cuando hubo llegado, dirigióse rápidamente hacia el Nilo; mas apenas hubo franqueado un cuarto de legua en las arenas oyó a la pantera saltando detrás de él y lanzando a intervalos un grito que le espantaba más que el rumor de sus saltos.

—¡Vamos! — se dijo el provenzal, — me ha tomado cariño... Este animal no ha encontrado tal vez, aun a nadie, y es lisonjero para mí, que me profese su primer amor.

En aquel momento, el francés cayó en una de esas arenas movedizas tan temibles para los viajeros, y de las que es imposible salvarse. Al sentirse cogido, profirió un grito de alarma; la pantera le agarró con sus dientes por el cuello de la casaca, y saltando con vigor hacia atrás le sacó del abismo como por encanto.

—¡Ah! "Minona" — exclamó el soldado acariciando a la pantera con entusiasmo, — ¡ahora seremos amigos hasta la muerte!

El desierto quedó entonces como poblado, porque contenía un ser a quien el francés podía hablar, sin que él se explicase las razones de aquella amistad increíble. Por más



HOMBRE...

que desearse permanecer alerta, se durmió, y, al despertar, ya no vió a la pantera; subió a la colina, y la divisó a lo lejos, dando saltos en dirección a él. Llegaba con el hocico ensangrentado, y recibió con gusto las caricias de su compañero.

—¡Ah, ah! señorita —exclamó el provenzal— sois una buena joven; pero sin duda habéis devorado algún maugrabino. ¡Muy bien! es un animal como tú; pero no has de ser como el francés, pues ya no te querría.

Así se pasaron algunos días. Aquella compañera permitió al provenzal admirar las bellezas sublimes del desierto; y desde el instante en que tuvo horas, horas de temor y de tranquilidad, alimento, y un ser en quien pensar, su alma estuvo agitada por contrastes. La soledad le reveló todos sus secretos; pudo descubrir en la salida y puesta del sol, espectáculos desconocidos del mundo, y estremecíase al oír sobre su cabeza el suave aleteo de un ave. Vivió con el día de Oriente admirando sus pompas maravillosas; estudió durante las noches, los efectos de la luna sobre el océano de arenas, donde el simoun producía olas, ondulaciones y rápidos cambios; y después de disfrutar del terrible espectáculo de un huracán, veía llegar la noche con delicia, pues entonces se dejaba sentir la benéfica frescura de las estrellas. En fin, se apasionó por su pantera, pues necesitaba un afecto, y, al fin, acabó por no desconfiar de la fiera al verla tan bien domesticada. Consagraba la mayor parte de su tiempo al sueño; pero debía vigilar como una araña en su tela; para que no se le escapase el momento de su libertad, si alguien pasaba por la esfera descrita por el horizonte. Había sacrificado su camisa para hacer una bandera, que enarboló en la cima de la palmera despojada de follaje, y aconsejado por la necesidad, supo hallar el medio de mantenerla desplegada con unas varitas, pues el viento podía no agitarla en el instante en que el viajero esperado mirase el desierto.

Durante las largas horas en que la esperanza le abandonaba, entreteníase con la pantera; pero cuando ésta retozaba, era cuando la contemplaba con más gusto, sorprendiéndole siempre la agilidad de sus movimientos. Por rápido que fuese su impulso, por resbaladizo que fuese un fragmento de granito, se detenía de pronto al oír la palabra "Mifona".

Cierta día, un ave inmensa se cernió en los aires; el provenzal dejó a su pantera para examinar aquel nuevo huésped; pero, después de un momento de espera, la sultana gruñó sordamente.

—¡Creo, Dios me perdone, que mi compañera está celosa! —exclamó el francés, al ver que los ojos del animal estaban otra vez rígidos.

El águila desapareció en los aires, mientras que el soldado admiraba la grupa redondeada de la pantera, que en aquel momento estaba admirable de gracia y juventud. El hombre y el animal se miraron con expresión inteligente, y la pantera se estremeció al sentir que las uñas de su amigo le rasaban la cabeza, sus ojos brillaron co-

Hombre, ¿por qué blasfemas?
hombre, ¿por qué eres malo?;
¿por qué enciende a tu rostro el triunfo de tu hermano?;
¿por qué envidias sus rosas?
¿por qué hieres sus pájaros y cortas con tu hacha los pinos de sus prados?
¿qué víbora invisible por tu ser ha cruzado?;
¿quién desató tus odios y tus instintos bajos?...

En dónde está lo puro, lo grande, lo inhallado, que es poesía en las frondas, armonía en los riachos, belleza en las canciones y vislumbre en los astros, para que así tu espíritu cambie su vuelo raudo, y no blasfemes, hombre, y no te sientas malo!

Eres tan poca cosa, pobre armazón de barro, que convertido en polvo cabes dentro de un vaso!

Félix B. Visillac.

GRATITUD

Si para con todos los hombres nos obligan sentimientos afectuosos y benévolas maneras, cuán mayores deberán ser para con los seres generosos que nos han dado pruebas de amor, de compasión o de indulgencia.

Empezando por los padres, nadie que nos haya auxiliado aconsejado pueda quejarse de nuestra poca memoria de sus beneficios.

Hacia las demás personas podemos ser algunas veces severos en nuestros juicios y poco pródigos de amabilidad sin cometer una grave falta; pero hacia los que nos fueron útiles, ya no nos es lícito despreciar la menor atención para ni ofenderlos, ni causarles el menor sinsabor para no disminuir su fama, y para mostrarnos, al contrario, prontos a defenderlos y a consolarlos.

Muchos, cuando su bienhechor adquiere o adquirir parece excesiva idea del bien que se ha hecho, se irritan contra él y suponen que esto solo les libra del agradecimiento. Muchos también, que tienen la bajeza de avergonzarse de haber recibido un beneficio, son ingeniosos en suponer que tuvo lugar por interés, por ostentación o por cualquier otro motivo. Otros hay que luego que les es posible, se apresuran a compensar el beneficio para desembarazarse del peso del reconocimiento, y se creen ya libertados de todos los miramientos que este impone.

Todas las sutilezas para justificar la ingratitud son vanas; el ingrato es un ser vil, y para no caer en semejante bajeza, necesario es que el reconocimiento no sea mezquino, necesario es que rebose.

SILVIO PELLICO.

mo relámpagos, y después los cerró con fuerza.

—¡Tiene alma!... —se dijo el francés al estudiar la tranquilidad de aquella reina de las arenas, dorada como ellas, blanca como ellas, solitaria como ellas...

—Pues bien —me dijo la dama— he leído vuestra defensa en favor de los animales; pero ¿cómo concluyeron dos seres nacidos para comprenderse tan bien?...

—¡Ah!... concluyeron como acababan todas las grandes pasiones, por una mala inteligencia. Se cree, por una u otra parte, en alguna traición, y, sin explicaciones, se ríe por terquedad.

—Y a veces en los más hermosos momentos —replicó la dama— una exclamación basta. Pero veamos el fin de la historia.

—Es horribilmente difícil; pero ya comprendéis lo que me había confiado el viejo veterano, cuando al terminar su botella de Champagne, exclamó: "Ignoro qué daño habría hecho a la pantera; pero se volvió como si la hubiesen ultrajado, y con sus agudos dientes me mordió en el muslo, aunque ligeramente. Entonces, creyendo yo que su propósito era devorarme, le hundi mi puñal en el cuello. La pantera rodó profiriendo un grito que me heló el corazón; la vi agitarse y mirarme sin cólera; y hubiera dado cualquier cosa en el mundo, hasta la cruz que no tenía aún, para devolverle la vida. Me parecía haber asesinado a una persona; y los soldados que, habiendo visto mi bandera, acudían en mi auxilio, me encontraron con lágrimas en los ojos. Pues bien —continuó después de una pausa— he hecho la guerra en Alemania, en España, en Rusia y en Francia, y jamás he visto nada semejante al desierto... ¡Oh! es muy hermoso. Y qué sentíais allí?—le pregunté.—¡Ah! eso no se dice, joven. Por lo demás, no siempre echo de menos mis palmeras y mi pantera... En el desierto se halla todo y no se falta nada... —Pero ¿no me explicaréis?... —Mirad, —exclamó con un ademán de impaciencia— el desierto es Dios sin los hombres..."

Academias con nombre absurdos.

La academia de Perusa se llamaba de los Insensatos; la de Pisa, de los Extravagantes; la de Pésaro, de los Heteróclitos; la de Florencia, de los Húmedos, y sus miembros eran denominados el hielo, el granizo, la niebla, etc.; la de Génova, de los Dormidos; la de Alejandría, de los Inmóviles; la de Viterbo, de los Testarudos; la de Cádiz, de los Absurdos; la de Fabriano, de los Desunidos; la de Rossano, de los Sin Miedo; la de Macerata, de los Encadenados, y los académicos de Tolosa se llamaron los Linternistas, porque sus primeras reuniones fueron de noche, y cada uno llevaba una linterna.

El peor defecto

Por Pedro Sonderegger

Transcurría el año de 1907. Yo era una especie de secretario de una escuela de artes decorativas de Santiago de Chile. Mi vanidad, la audacia de mis opiniones y la ruda imparcialidad de mis juicios, habían creado alrededor de mi persona un ambiente poco favorable. No tenía amigos y me mantenía alejado de los círculos intelectuales. A causa de eso, en las largas noches de aburrimiento, cuando los libros y la pluma no bastaban para hacer desaparecer mis infinitas nostalgias, me dedicaba a vagar por las oscuras y silenciosas calles de aquella ciudad, a veces con gran riesgo de mi vida.

En una de esas noches, marchaba yo por la calle de San Diego, en dirección a la zona suburbana. Caminaba lentamente. Estaba triste. Por aquellos días habían recibido la noticia de la muerte de una mujer que quise mucho. Había sido mi primera novia, esa novia de los años de la adolescencia cuyo recuerdo guardamos todos como cosa santa en la memoria. Aquella dulce mujer, por motivos que no vienen al caso, se había dejado morir de hambre. El conocimiento de ese suicidio heroico, habíame causado una pena indescriptible. Mi alma rebosaba del horror de aquel heroísmo.

Marchaba con lentitud y como fuera de la vida. Cansado de andar, entré en una taberna y me senté en un rincón, junto a una mesa. Pocos minutos hacía que me encontraba allí, cuando tres hombres de mal aspecto se acercaron a la mesa que yo ocupaba.

—Con permiso—dijo uno de ellos.

Sin esperar mi respuesta, se sentaron. Yo, deseoso de darme cuenta de quienes eran mis obligados compañeros, los miré detenidamente. Por sus maneras bruscas, sus miradas resueltas y firmes, su tono arrogante y como de desafío, comprendí que eran hombres probados en más de un desesperado encuentro con la vida.

—¡Qué casualidad, Clodomiro! — exclamó el de más edad de los tres. — No creí que volvería a verte. ¡Quién iba a decir que Clodomiro Uribe se aburriría del Putumayo!

—No te asombres, Jacinto Smith, — contestó el aludido. — Tú no sabes que la existencia allí se había hecho insostenible. No he salido aburrido, sino horrorizado.

—Me imagino. Yo no pude aguantar más que dos meses. Y me admiro de cómo has podido soportar tanto tiempo el espectáculo de aquellas infamias.

—Ni yo mismo lo sé.

Hizo una pausa Clodomiro Uribe, agregando luego con una sonrisa:

—En fin, aquí me tienes, dispuesto a hacer nueva vida y a ganarme el pan de cualquier modo, entre gentes civilizadas.

—¿Por qué abandonaste el Putumayo? — preguntó Jacinto Smith. — ¿Se puede saber?

—Mejor es que te cuente Julio Maurie. A mí me hace daño recordar ciertas cosas — repuso Clodomiro Uribe y añadió, dirigiéndose a aquel de los tres que hasta entonces había guardado silencio: — Vamos, Julio, cuéntale al amigo nuestras desventuras.

—Julio Maurie dijo:

—Algún tiempo, después que tú saliste de aquellos malditos parajes, yo escribí a mi hermano Enrique, que se hallaba en Manaos, diciéndole que fuera a reemplazarte. Apenas recibió mi carta se puso en viaje y a los pocos días se reunía conmigo en *El Encanto*. El infeliz, que estaba recién casado, no quiso dejar a su esposa en Manaos y se presentó con ella en la región cauchera. ¡Esa fué su perdición!

—¡Y la de todos! — expresó con calor Clodomiro Uribe. — Hilda de Maurie es una de las mujeres más hermosas que he visto desde que vine al mundo. Hija de un inglés con una criolla, es un raro ejemplar femenino. Alta y delgada, el color trigueño, el pelo negrísimo, la boca sonrosada y fina y, para aumentar sus excepcionales hechizos, unos ojos grandes y azu-

les, que brillan como los diamantes de ensueño.

—Te has vuelto poeta, — comentó Jacinto Smith, riendo. — ¿Desde cuándo?

—En el viaje me he entretenido leyendo versos. Ya sabes que siempre he sido un poco ridículo.

Julio Maurie continuó:

—Hilda produjo una revolución en la zona. Su presencia despertó las ansias de todas aquellas fieras. Desde Carlos Derrot, el jefe de los trabajos, hasta Luis Mac Gregor, el negro de Jamaica, encargado de azotar a los indios, todos desearon obtener los favores de aquella mu-

jer, cuya mayor desgracia es su belleza de prodigio. Sólo *Silencio* se mantuvo indiferente. ¿Te acuerdas de *Silencio*?

—¡Cómo no!... Clímaco Albornoz es inolvidable. Nunca le oí pronunciar dos palabras seguidas. Su mutismo, su mirada fija y hosa, su maldad sin límites y la aureola de terror que le rodeaba, son cosas que no se olvidan jamás. Un día estaba él recibiendo el caucho entregado por los indios. De pronto se acercó feroz, a una pobre mujer que no había llevado la cantidad de goma exigida, y para castigarla le arrancó de los brazos a su hijo, una criatura



Bebida de mesa ideal en el verano

Los fuertes calores suelen influir sensiblemente en las funciones digestivas, tornándolas laboriosas y lentas, y la asimilación también se torna imperfecta.

En esas circunstancias la Malta Palermo tiene ocasión de evidenciar sus notables cualidades. Sus valores nutritivos, su propiedad de facilitar la digestión y asimilación, unidos a sus condiciones de reconstituyente natural de los nervios y la sangre, la señalan como la bebida sumamente apropiada en el verano, tanto para los sanos como para los delicados.

EN TODOS LOS ALMACENES DEL PAIS

CERVECERIA PALERMO S. A. — Buenos Aires



Publ. P.A. Weber

de pocos meses. Agarró a la criatura por los pies y blandiéndola, como un garrote, golpeó con ella la cabeza de la infortunada madre. El niño murió instantáneamente y la india cayó desmayada. Yo sentí la necesidad de estrangular a aquel hombre, pero quedé inmóvil. Confieso que tuve miedo.

A este relato de Jacinto Smith sucedió una larga pausa. Al cabo, Julio Maurie siguió diciendo:

—La llegada de Hilda fué el acontecimiento más importante de todos los ocurridos en aquella extensa región. Una onda de amor, de la peor especie de amor, pasó avasalladora por toda la zona cauchera. Todos aquellos hombres, convertidos en casi salvajes por el continuo contacto con la naturaleza, la ausencia de toda sanción social y legal, el hábito de hacerse justicia por sí mismos, sintieron nacer en sus pechos una pasión irrefrenable por aquella mujer elegante, de cuerpo divino, de voz armoniosa, de manos cuidadas.

—Todos sufrimos la atracción tremenda — comentó Clodomiro Uribe. — Colombianos, chilenos, peruanos, ecuatorianos, todos los buscadores de fortuna que poblábamos las orillas del Putumayo y sus afluentes, experimentos el dulce y terrible embrujamiento. La encantadora mujer despertó nuestros sentimientos de hombres casi primitivos. Hasta los indios se quedaban contemplándola, atontados, como si fueran incapaces de comprender cómo de seres humanos podía haber nacido semejante maravilla.

—Mi hermano — continuó Julio Maurie — solía dar paseos, acompañado de su esposa. Esta costumbre fué aprovechada por un grupo de aquellos delincuentes. Una tarde, la pareja fué atacada por cinco o seis foragidos. Mi hermano fué muerto a machetazos y su mujer fué atada y amordazada. Según supe después, una vez consumado el crimen, se produjo una disputa entre los asesinos. Todos se creían con derecho para llevarse a Hilda, que había sido el motivo que los indujo a cometer el asesinato. Cuando estaban a punto de resolver a tiros la cuestión, apareció Albornoz. Este, sin decir una palabra, sin proferir una amenaza ni hacer una advertencia, descargó su carabina sobre el grupo. Aquellos villanos acostumbrados a temer a Clímaco Albornoz, se dispersaron desconcertados. El recién llegado, aprovechando este momentáneo desconcierto, se apoderó de Hilda, y montando a caballo se alejó rápidamente.

—¿De modo — dijo Jacinto Smith — que tan bella mujer fué a caer en manos de una fiera semejante?

—Así es, por desgracia — repuso Julio Maurie.

—Pero ne me interrumpas, pues deseo terminar pronto este extraño relato. Durante mucho tiempo nadie supo el paradero de Albornoz y su presa. Yo estaba ansioso por encontrar a Hilda y sacarla de aquella región espantosa. Estaba dispuesto a matar, si era necesario, para realizar mi propósito. Una ma-

ñana, un indio que no había traído la cantidad de caucho exigida por el jefe de los trabajos, se me acercó y me dijo en voz baja: "Si usted me libra del castigo, yo le llevo al lugar donde se halla la mujer blanca". Emocionado, tembloroso, lo tomé de un brazo y le murmuré al oído: "Si me cumples tu promesa te regalaré un fusil; pero si me engañas..." Y con un ademán le di a entender que lo dego-

gamos ante un rancho, medio oculto detrás de una espesa arboleda. "Ahí es", murmuró nuestro guía y se dispuso a abandonarnos. "¿Te vas?", le pregunté. "Sí, yo no quiero que él me mate", respondió y señaló el rancho con un gesto. Clodomiro y yo avanzamos resueltamente. Frente a la entrada del rancho había un fogón y junto al fogón estaban Hilda y Clímaco, sentados en sendos troncos. El estaba

salto y dió un paso hacia mí. "¡Quietos!" grité. "¡Cobardes!" gruñó él, sin detenerse. Clodomiro, apuntándole con el revólver, me preguntó si hacía fuego. Entonces sucedió algo inaudito. Hilda se colocó delante de aquel hombre, sirviéndole de escudo, y con acento desesperado y enérgico, exclamó: "¡Eres un miserable! ¿Con qué derecho me quieres arrebatar mi felicidad?" Yo me quedé estupefacto. Aquella mujer de cuerpo divino, de voz armonioso, de manos cuidadas, se había enamorado de Clímaco Albornoz. Medité un instante. Después, tercié mi carabina, volví la espalda y me alejé de allí, en un estado de alma incomprensible. Al alejarme, oí que Clímaco decía: "¿Los mato, Hilda?" Y ella repuso: "¿Para qué?..."

—En ese momento comprendí — murmuró Clodomiro Uribe — que el peor defecto de las mujeres es la estupidez.

Al escuchar estas palabras, yo, que tenía la mente llena del recuerdo de mi primera novia, me levanté indignado.

MOTIVOS MARPLATENSES

COLOQUIO

Hemos venido a darnos el último baño. Apenas colocada la salida sobre los hombros, corrimos hacia la arena, para llenarnos el alma y los ojos con el espectáculo chispeante del mar. Cruzados de brazos, dejando que las olas nos mojen los pies, quien sabe cuánto tiempo hemos quedado así mirando el horizonte...

¡Frescura tonificante del agua, que ondula por nuestro cuerpo como una caricia de amor! Qué sensación de alegría experimentamos al cortar la ola o al sumerjirnos, bajo el agua, dejándonos mecer por su vaivén. Cómo preferimos entonces esta hora maravillosa del baño a la frialdad de los bailes y a la vida complicada del Club. Y si no, que lo diga esta hermosa criatura con quien nos bañamos y que, de vez en cuando, nos pide la ayuda de nuestros brazos para resistir el empuje de la ola.

Doce y media. Un sol canicular que hace arder la piel, todavía humedecida bajo el amparo de la malla. Tendidos largo a largo en la arena, uno al lado del otro, las cabezas casi juntas en la tibia almohada improvisada, qué bien nos hemos sentido esta mañana... Palabras aromadas de sinceridad, emoción íntima y cordialísima, que iba enrollándose en nuestro espíritu como una leve espiral de incienso.

Y el mar, que atenuaba su tronido, y que se ventaba deslizándose hasta nosotros...

DESDE EL ESTRIBO

De pie en el estribo del tren, mi mano nerviosa estrecha otra mano, cálida, pequeñísima, llena de un encanto desconocido y único. Más que las promesas de amor, cambiadas en el encanto de la noche; más que el hondo chispear de los ojos, oscurecidos ahora de silencio y de duda, este contacto de su mano y la mía me ha dado el consuelo de creer...

Adiós, bulliciosa ciudad de Mar del Plata, bajo cuyo cielo diáfano ha podido descubrir nuestro espíritu tantos panoramas inolvidables. Todos los años vengo a dejar en tus playas mi incurable "esplín" ciudadano y a llevarme un poco de tu cielo en mis ojos. Quiera Dios que esta íntima emoción que he sentido ahora al dejarte, viva siempre en mí, y que la mano pequeña y tibia, última en decirme adiós, sea la que he soñado siempre en encontrar.

GLAUCUS.

llaría. El indio prometió llevarme ese mismo día.

Después de una pausa, el narrador prosiguió:

—Las tres de la tarde serían cuando Clodomiro Uribe, el indio y yo salíamos de El Encanto. Tras cuatro horas de marcha llegamos al bohío del indio donde pernoctamos. A la madrugada emprendimos de nuevo camino. Fué aquella una jornada fatigosa y llena de peligros, por entre matorrales y bosques. Era casi de noche cuando lle-

silencioso, como siempre, y ella le hablaba, acompañando sus palabras con su más dulce sonrisa. Al acercarnos, Hilda se levantó sobresaltada. Clímaco permaneció sentado, al parecer indiferente. Estuvimos por algún tiempo callados, mirándonos con fijeza, por fin ella me interrogó: "¿Qué vienes a hacer aquí?" Y yo contesté: "Vengo a buscar, vengo a librarte de ese". Al decir esto, indiqué a Clímaco Albornoz con el cañón de mi carabina. Clímaco se puso en pié de un

El cinematógrafo contemplado por los perros

Un periódico londinense llevó a la práctica hace poco un proyecto que antes había explicado a sus lectores. Se trataba de dar una exhibición cinematográfica a los perros. A dicho objeto se preparó uno de los salones del periódico, realizándose las necesarias instalaciones de máquinas y pantalla.

Las películas que fueron elegidas eran todas en colores, sacadas del natural, retratando la vida y costumbres de diversos animales.

Los espectadores eran los siguientes: tres perros de caza, un bull-terrier, un bull-dog, tres daneses y cuatro fox-terriers.

Es curiosa la conducta que observaron los espectadores a medida que fueron desfilando por la pantalla los diversos animales retratados. Al aparecer el elefante todos los perros comenzaron a ladrar furiosamente, y sólo con muchas dificultades se logró impedir que los fox-terriers se arrojaran sobre la pantalla y la destrozaran a dentelladas. Efecto parecido produjo la aparición del rinoceronte. El concierto de ladridos se produjo con gran intensidad.

Pero la escena culminante se produjo al proyectarse en la tela una vista en que varios pájaros después de haber realizados diferentes vuelos, se arrojaban a tierra. No hubo forma humana posible de contener a los perros.

Furiosamente se arrojaron todos sobre la pantalla y la destrozaron a mordiscos. Como trofeo del victorioso combate, cada perro volvió después trayendo un pedazo de tela en los dientes.

EL HIPNOTIZADOR

Por Alexandres Castell

Saita no tenía todavía nueve años cuando Senar la descubrió. Senar era ya conocido en Francia, en Italia y en Egipto como hipnotizador de extraordinaria capacidad.

Pero su poder más desarrollado era la transmisión del pensamiento. Tenía una como sensibilidad mística para percibir el fluido de las almas. Con los ojos vendados se dejaba dirigir por un espectador cualquiera de la sala, obedeciendo la voluntad de este individuo. Con los brazos extendidos hacia adelante, vagaba entre las filas de la platea, se detenía ante el espectador elegido por el que lo dirigía, y efectuaba con toda exactitud lo que se le ordenaba mentalmente.

Senar era un armenio de baja estatura y rostro moreno y arrugado. Sus pupilas grises, que brillaban como bronce lustrado, armonizaban admirablemente con su cabellera negra.

Había encontrado a Saita por casualidad, en Argelia. Saita era una muchacha árabe de ojos requemados por el polvo del desierto. Como los médicos de la región curan esta irritación de los ojos raspando la parte interior de los párpados para que la sangre que de ellos mane barra las partículas de polvo adheridas a los ojos, los niños de Argelia se dedican a mendigar, explotando la conmiseración que ese espectáculo despierta a los extranjeros. Senar encontró a salto con los ojos ensangrentados. Rápidamente, por intuición, se dio cuenta del gran poder que tenía sobre ella. La niña, que apenas lo veía a través de la sangre, retiró la mano implorante, y se inclinó humilde y tímida como si experimentara el dominio de aquella voluntad sobre la suya.

Después de los primeros ensayos para la primera exhibición que realizarían juntos, Senar advirtió que su influencia sobre Saita aumentaba cada día. Después de dos meses de ensayos consiguió que Saita realizara las más asombrosas pruebas. Llegó a poder trepar por una caña de cinco metros, y permanecer de pie en lo alto con la misma tranquilidad con que un sonámbulo camina por una azotea.

Senar obtuvo este resultado gracias, ante todo, a la absoluta indiferencia que sentía por la muchacha. El no veía en ella más que las aptitudes para realizar experiencias extraordinarias. La trataba como a un raro y maravilloso animal amaestrado. No sentía por Saita ni siquiera compasión.

Pero todo esto cambió inesperadamente.

Saita había crecido. A los doce años la muchacha parecía una mujer. Senar reparó por primera vez en ello cuando desembarcaron en Cherbourg. Entonces descubrió que las caderas de Saita se habían desarrollado, que su enclenque cuerpo de criatura se había robustecido, que sus líneas se hacían turgentes. Se quedó asombrado. Le parecía

imposible que Saita hubiera dejado de ser la muchacha débil e insignificante que había encontrado en Argelia.

Tomaron el tren. Senar se sentó frente a ella, y se puso a mirar cómo pelaba una naranja. Y la estudió detenidamente, hasta sentirse poseído por un creciente malestar.

Torció la boca sonriendo amargamente, y dijo:

—¿Sabes que eres bonita?

Saita se sonrió, mostrando las

brillantes hileras de dientes. El piropeo no dejó de agradaarla.

Senar siguió mirándola con los ojos entorpecidos. Tal vez pensaba en la posibilidad de llegar a ser su amante. Saita pensaba en lo mismo. Sabía que Senar era rico y consideraba que la fuerza más grande del hombre reside en la riqueza. Ella le había visto derrochar mucho dinero con mujeres; ¿por qué no podía también a su vez disfrutar del dinero de su amo?

Llegaron a París al anochecer. La primera presentación tendría lugar al día siguiente. Saita figuraba como uno de los más importantes números del programa.

Las noches que no trabajaban, Senar acostumbraba salir. Saita permanecía entonces sola en el hotel, entretenida en leer novelas o jugar con sus muñecas. Pero al llegar a París, Saita estaba poseída por una extraña agitación.

Quería divertirse. Por eso se sintió feliz cuando Senar le propuso llevarla a cenar en uno de los elegantes restaurantes del barrio de la Madeleine. Saita tenía esa coquetería ingenua y pueril de las mujeres de su raza. Sabía que con su cuerpo de niña púber causaría sensación. Llevaba un simple vestido de seda verde, y se envolvía en un chal violeta la manera de las bailarinas orientales. Con una cinta del mismo color se había sujetado los cabellos como con un turbante.

Causó sensación. Todos los ojos se clavaron en ella. Senar, a su lado, parecía un viejo; y las miradas de la curiosidad de los circunstantes le producían un enorme fastidio. Sentía que amaba a Saita, pero se daba cuenta de que ya era viejo.

Saita mostró aquella noche toda la vivacidad de su temperamento. La música de los "tziganos" y el

-Este es mi tío "Caramba"

"El hermano mayor de papá—agrega Pepita—y la persona más simpática de la familia. Franco y llanote como buen campesino, pero con un corazón más grande que el campo en que vive. De vez en cuando viene a la ciudad a "echar una canita al aire", porque es alegre como unas Pascuas. Naturalmente, él no se llama "Caramba." Se llama Leonidas, pero nosotros le decimos así porque siempre que algo le gusta o le sorprende, exclama: "¡Caramba, hombre, caramba!"



EL "tío Caramba" es sano y robusto "como un toro," según sus propias palabras. Sin embargo, cuando se le va la mano en eso de "las canas" y despacha copa tras de copa y cigarro tras de cigarro, suele amanecer con un dolor de cabeza y un malestar de todos los demonios. Antes era cosa de volverse loco, pero ahora se toma dos tabletas de

CAFIASPIRINA

y a los cinco minutos; "caramba, hombre, caramba!", está tan fresco y tan alegre como si acabara de nacer.

Por eso siempre lleva un tubo en el bolsillo, amén de dos o tres más que tiene en la casa por si alguno de sus dependientes sufre un dolor cualquiera "En mi 'rancho'—dice él—primero el pan y después la Cafiaspirina."

La CAFIASPIRINA es lo mejor que existe para los dolores de cabeza, muelas y oídos; las neuralgias; el reumatismo; las trasnochadas y los excesos alcohólicos. Alivia rápidamente, levanta las fuerzas y NO AFECTA EL CORAZÓN NI LOS RIÑONES.



La próxima presentación que hará la simpática PEPITA a nuestros lectores es un personaje interesantísimo. el "SR. GONZALEZ Y MAS, NOVIO DE SU HERMANA," político, literato, orador y tal. ¡No deje usted de conocerlo!

lujo del local la emborracharon. Sus ojos cabrilleaban de júbilo. Senar estaba reconcentrado, nerviosísimo; y se excitaba cada vez más porque ella no reparaba en su estado de ánimo.

Alguien se acercó, invitando a Saita a bailar. Ella aceptó. Los "tziganos" atacaron un aire español. Saita se adelantó a la roja alfombra. Sus ojos brillaban como en éxtasis. Sus pies y sus manos seguían el compás pero eran sus caderas las que en realidad bailaban. Los "tziganos" apuraron; los timbales resonaron salvajemente... El rostro de Saita se iluminó. La seda del vestido pronunció las formas de sus miembros gráciles... Sacudióse en un violento espasmo, y comenzó a bailar la danza sagrada de los árabes: la danza del vientre. Su cuerpo elástico se contraía y estiraba, sus labios se apretaban en una sonrisa promisoriosa, sus pupilas se dilataron espantosamente... Y poseída por un salvaje delirio cayó sobre la alfombra.

La cubrieron de flores, flores rosas y blancas entre las cuales se destacaba como una pequeña diosa.

Senar se sentía desfallecer. Aquello era un martirio. Una vez en el coche, de vuelta al hotel, ya no pudo contenerse. Se inclinó hacia ella, y le dijo con amargura y rencor:

—¡Te has portado como una cualquiera!

Ella lo miró asombrada, como si no entendiera, y no contestó.

Por la noche, Saita no pudo dormir. La dominaba una agitación febril. Ante ella se había abierto el espectáculo de una nueva vida hasta entonces desconocida. En los ramilletes de flores con que la habían obsequiado, descubrió tarjetas garabateadas escritas apuradamente. Eran testimonios de la admiración que despertaba. Ahora Senar le parecía viejo y feo. El la había descubierto y la había hecho célebre, era verdad; gracias a él los diarios hablaban de ella y las revistas publicaban su fotografía, pero todo eso no bastaba para hacerla feliz. Su corazón despertaba, y pedía amor, el amor de un hombre joven y hermoso. Y ese hombre no podía ser Senar.

Un mes antes hubiera accedido a compartir la vida con él, si Senar lo hubiera querido. Ahora era tarde. Toda su humildad ante la riqueza de él, toda su timidez había desaparecido. Pocas horas habían bastado para despertarla a una nueva vida. Y la vida que ella deseaba no tenía nada que ver con Senar; al contrario, éste era un obstáculo, un individuo que la privaba de libertad y la tiranizaba.

Senar, entretanto, sentíase devorado por los celos. A esto se agre-

gaba algo más alarmante: iba perdiendo la confianza en el dominio que siempre había ejercido sobre ella. Le parecía que ya ni siquiera podría realizar los experimentos de costumbre; se creía incapaz de volver a conseguir que Saita se mantuviera en pie en lo alto de la caña.

Este convencimiento lo hacía estremecer de angustia y desesperación. Al día siguiente debía realizar la prueba. Se sentía como impedido. Lo que mil veces había hecho con plena seguridad, le parecía ahora terriblemente difícil.

Quiso, al llegar el día, tranquilizarse, y fué a dar un paseo por los Campos Elíseos.

Cuando volvió, Saita no estaba en el hotel, a pesar de que acostumbra dormir hasta mediodía. La esperó largo rato, pero Saita no fué a almorzar. Senar almorzó sólo, y después fué al teatro a vigilar el arreglo del escenario para la función de la noche; dió instrucciones y conversó con los periodistas. Había recobrado la confianza perdida, y volvió al hotel de buen humor.

Saita lo esperaba en el "hall". Eran cerca de las cinco. Los "tziganos" tocaban ante un numeroso público que tomaba el té. Saita fumaba un cigarrillo turco, entreteníendose en la contemplación de los caprichosos dibujos de las volutas de humo. Senar se sentó enfrente. Ella le miró tranquila, un poco curiosa.

—Al mediodía te esperé largo rato—dijo por último Senar.

—Había salido—se limitó a contestar ella, como si no quisiera dar mayores explicaciones.

El permaneció mudo, fastidiado y ofendido. Veía que ella comenzaba a no ser franca.

—¿Está enojado?—preguntó Saita al rato, inclinándose hacia adelante la cabeza, como a la espera de respuesta. Senar pensaba en los hermosos dientes blancos de Saita, en sus labios gruesos y rojos; y le parecían que los celos terminarían por enloquecerlo. La mirada de Saita lo estremeció, había en sus ojos un fulgor desconocido.

De pronto Saita dijo en voz baja:

—Tengo que darle una noticia que le producirá un gran dolor.

El se sobresaltó; sintió que las rodillas le temblaban. Saita prosiguió:

—Pronto me separaré de usted. Trabajaremos juntos en París. Después todo habrá terminado.

Senar escuchaba taciturno, con la cabeza gacha.

—¿Por qué? — balbuceó.

—He encontrado a un hombre que me ama...—dijo con infantil inocencia Saita.

—¡Y eres su capricho!—exclamó

exasperado Senar. Y apretando los dientes masculló un insulto...

Ella lo miraba tranquila y pensativa. Parecía estar ya tan alejada de aquel hombre, que ni sus palabras ni él mismo tendrían ya nada que hacer en su vida. Entonces él comenzó a rogar, a disuadirla, en nombre de todo lo que por ella había hecho, de todo lo que el mundo esperaba de ella... Después fué insolente, cruel; injurió, habló con rabia, con odio, con desesperación... Ella seguía impasible. Entretanto los "tziganos" continuaban tocando, y todas las miradas convergían en la muchacha y el viejo Senar se levantó y salió. A las once debía estar en el escenario.

A las nueve estaba ya en el camarín. Saita canturreaba mientras se vestía. Senar la oyó larga rato. Al pasar ante un espejo se detuvo a mirarse y descubrió que su rostro estaba contraído y muy pálido.

Fuó hasta las bombalinas y se quedó mirando trabajar a los acróbatas y a las tonadilleras... Senar se sonreía pensando en el extraño espectáculo que esa noche iba a ofrecer al público. Pensaba en Saita, y adquiría cada vez más la seguridad de que ella lo abandonaría...

Encontrará un amante — pensaba —; cambiará de amigos como de toilette. Quizá se enferme, caiga en la miseria... Tal vez será una reina del mundo galante o una camarera de café cantante...

Una mano se posó en su hombro. Era el director de escena que venía a avisarle para que estuviera listo, pues el telón iba a levantarse.

Fuó al escenario. Saita ya estaba allí, vestida con su malla de seda. Senar le dijo despacio:

—¿Piensas en él?

Ella se dió vuelta. Senar agregó:

—Estará naturalmente en la sala.

—Sí, está en la sala—le contestó no sin orgullo.

Entonces Senar sonrió como un loco:

—Le ofrecerás un espectáculo original.

Saita se encogió de hombros y permaneció en medio del escenario sin dignarse mirarlo. Senar se había sentado. Tenía ganas de arrojarle a sus pies, de implorarlo; pero sabía que ella no lo comprendería, se burlaría.

Sonaron las tres palmadas. Se levantó el telón. Senar se adelantó a las candilejas, pronunciando un pequeño discurso para presentar sus experimentos.

Luego comenzó por hipnotizar a Saita. Una vez efectuado esto, la muchacha, con los ojos vendados,

bajó a la platea donde obedeció todas las órdenes que mentalmente le transmitía Senar después de consultar a los espectadores. Primero tomó un libro que se hallaba sobre una mesa y fué a entregarlo a una señorita que ocupaba una de las últimas butacas; después sacó el reloj del chaleco de un caballero y la entregó a otro sentado varias filas más atrás. Realizó diversas pruebas por el estilo y luego procedió a clavarse una serie de agujas en los brazos. Por último, en medio de la angustiosa expectativa de la sala, Saita saltó siempre con los ojos vendados, por sobre una hilera de cuchillo puesto de punta, mientras Senar cerraba los ojos para concentrar la voluntad y transmitir la orden.

Romperon los aplausos. El entusiasmo del público llegaba al delirio. Senar volvió a abrir los ojos y miró la sala... Había llegado el momento. Se trataba de un minuto, pero un minuto que esta vez le pareció un siglo...

Saita subía por la caña que cruzaba ligeramente...

Ya estaba en lo alto, apoyaba la rodilla en el estribo de cuero y se paraba en la punta de la caña. Permanecía allí como una estatua, con la seguridad de un sonámbulo. En la sala no se oía respirar... Saita descendió hasta la mitad de la caña, volvió a subir y a permanecer erguida e inmóvil allá arriba.

Senar, de pronto, abrió tamaños ojos. Delante suyo, un hombre se había puesto de pie, entre las butacas, y extendía los brazos hacia Saita, con un ademán que parecía implorar la terminación de aquel espectáculo. Senar tembló: "Es él..." Y su voluntad se distrajo... El otro abrió la boca para lanzar un grito y esperó la caída uno... dos... tres segundos. Pero Saita permanecía tranquila como antes.

"Hay entonces otra fuerza que la sostiene", pensó Senar.

El público comenzaba a moverse, a murmurar, como si ya no pudiese soportar más tiempo el espectáculo. Senar se sentía impotente... Lívido de angustia, sacudido por el esfuerzo, ordenaba: "Que se caiga, que se caiga de cabeza"...

Se oyó un ruido como de nuez que se parte.

De la sala brotó un alarido semejante al de una bestia herida. Senar corrió... Saita yacía en el suelo con la cabeza rota; el rostro estaba cubierto de sangre. Senar se arrodilló y llevándose las manos a la cara lloró larga y desconsoladamente. Su dolor impresionó de tal forma a los espectadores que ninguno dudó de la sinceridad de sus lágrimas. Nadie sospechó el crimen cometido.

Villavicencio

Preste a los líquidos que bebe
La atención que dá a los alimentos que come
La mejor Agua Mineral

U. T. 4603 y 6965 Avenida

Un estudio psicológico

Por Santiago Vinardell

¿Qué hará de eso?... ¿Cinco años?... Sí; unos cinco años. ¿Cómo pasa el tiempo?... ¡Y cómo el tiempo cambia los hombres!... El que yo digo está completamente cambiado. No en la figura. En el carácter. Lo está hasta tal punto, que parece otro hombre. Ha pasado de la timidez a la audacia. Casi me atrevería a decir que de abrir la mano a cerrar el puño. Era un pobre estático, y se ha convertido en un grandísimo dinámico. Estoy seguro de que si llega a enfocar en un sentimiento imperialista, su audacia mercantil, hoy se le conocería en todo el mundo de habla española por el Rey de los Cordones para los Zapatos.

Esto lo aseguro yo, que le he visto nacer a la vida comercial.

¡Ah!... ¿Qué quieren ustedes!... ¡Es así!... El alegre comercio tiene sus razones, que no todos los comerciantes conocen. No basta la audacia. Hay que completarla con la geografía, si uno quiere pasar de modesto tendero de barrio a domador y dominador del mundo de los negocios.

El vendedor, objeto de mis observaciones, no tiene trazas de geógrafo. No. Le tengo muy bien estudiado. Me lo sé de memoria.

¿Qué?... ¿No tengo derecho a tomar por sujeto de mis estudios psicológicos un vendedor callejero?...

¿Qué mal hay en ello?... Le observo en libertad. No se me ha ocurrido nunca tenderlo sobre una mesa de operaciones. Me limito a contemplarle. Unas veces desde la acera opuesta. Otras poniéndome a su lado. En este caso, finjo mirar un escaparate cualquiera. ¿Hay algún mal en eso?... No le anestésio, no le pongo inyecciones, no le corto nada. Mi estudio es un estudio a distancia.

He aquí el fruto de mis observaciones.

Cinco años atrás, un día, entre dos luces, hizo su medrosa aparición en la calle céntrica mi vendedor ambulante. Se ocultaba en un holgadísimo gabán verdinegro, lustroso y deshilachado. A no ser por los orejas, el hongo se la hubiera metido hasta la boca. Usaba a modo de antifaz, unas gafas negras. Llevaba—¿por qué?—mitones de un verde de persiana.

Lo mismo que un entomólogo al dar con su escarabajo desconocido, me dió un salto el corazón. Y me dije:—¡Vaya un sujeto para tus estudios psicológicos!...

El vendedor permanecía acurrucado en un recodo de la calle. Timido, azorado, tembloroso, como un gorrión en manos de chiquillos.

Si yo fuese un sentimental, en vez de un psicólogo sin corazón como soy en realidad, hubiese anotado en mi diario una cosa así: "Hoy he sorprendido a una vícti-

ma de la fatalidad en el momento heroico de salir a la calle en busca de pan para sus hijos. Tenía todo el aspecto de un fracasado que intenta rehacer su vida. Su timidez delataba el origen de su posición social. Esos dramas individuales, producidos por la sociedad implacable, me destrozan el alma".

Anoté esto: "Acabo de encontrar un sujeto de observación, maravilloso. Se trata de un tímido aspirante a vendedor callejero. Voy a

sablos. No es necesario que trasciendan al público.

Al público le basta saber que el aspirante a vendedor empezó acercándoseme para decirme al oído con voz lastimera:

—Caballero, cómpreme usted un par de cordones encerados. Se lo ruego, por caridad. Son a treinta el par. Le juro que me queda una comisión muy modesta.

Por lo visto, hacía lo mismo con los transeúntes que por su cara de

Más tarde los cristales negros de las gafas fueron substituidos por otros color de cerveza.

Un día el vendedor decidió bajarse el cuello del gabán. Y a los dos meses se puso el sombrero la-deado.

Desde aquel momento, empezó a ofrecer su mercancía a todos los transeúntes sin distinción, incluso a esos señores tan serios que usan bigote, bastón con puño de plata, dije de brillantes sobre el ombligo y cuello de pajarita.

—¿Qué les dirá?—pensaba yo.

Fuí a comprobarlo personalmente. ¡Diablo!... Decía:

—¡A treinta el par!... ¡No hay cordones mejores que los míos!... ¡Sólo los tontos dejan de comprarlos!...

¡Curiosa transformación en acto del pensamiento que ocupaba el espíritu del vendedor principiante!

Ha pasado el tiempo. Cinco años. ¿No dije cinco años?... Mi sujeto de observación se ha desatado. ¡Qué digo desatado!... Desbocado. Así como suena: desbocado. La calle de sus andanzas le parece estrecha. La recorre en todas direcciones. A las personas más respetables—como sacerdotes, militares, clases pasivas, señoras con bigote, etc.—no tiene reparo en meterles los cordones por las narices.

! Su lamentación de antaño se ha convertido en voz de mando. Sí, ordena a las gentes que le compren cordones para los zapatos. Llega a sugestionarlas. Y eso que ahora los cordones son de peor calidad y los vende mucho más caros. El otro día lo vi agredir a cordones—sí, ¿qué?... ¿no decimos latigazos?—a un señor de luengas barbas que se atrevió a regatearle en el precio.

Vamos, ¿no es una lástima que la evolución espiritual de mi sujeto tenga que encerrarse en el estrecho marco de una calle?... Con un concepto imperialista de los negocios y unos cuantos conocimientos geográficos, ese hombre podría llegar a millonario y con vertirse, como he dicho, en el Rey de los Cordones.

(Un catedrático, que no me perdonará nunca el éxito internacional de mi "Teoría evolucionista del tímido vendedor ambulante; ha lanzado la calumniosa especie de que esa evolución espiritual, se basa en la existencia de cierta taberna frecuentada por mi sujeto. ¡Lo que puede la envidia!... No le hagan ustedes caso).

Pensamientos

—El castigo de amar demasiado a las mujeres es que no puede uno amar otra cosa alguna.

—Hay dos edades en la vida en que no deben diferenciarse los sexos: el niño y el anciano deben ser tan pudorosos como las mujeres.

—Dirigios siempre a la gente joven, que lo sabe todo.

—Sentir como un joven y pensar como un viejo, hacen al hombre perfecto.

—La ancianidad del hombre sin dolores es deliciosa para el que la goza y para los que le rodean.

—No enseñes nunca el reverso de una medalla a los que no han visto su anverso, ni digas las faltas de un hombre honrado a los que no conozcan su cara, su vida ni sus méritos.

—No muestres nunca entusiasmo en donde no has de hallar respuesta alguna.

—Todo el que se ríe de un mal cualquiera muestra tener un sentido moral muy deficiente. Encontrar el vicio agradable es alegrarse de él.

—La cortesa es la flor de la humanidad.

—El que no es lo bastante cortés, no es lo suficiente humano.

—La gravedad es sólo la corteza de la sabiduría; pero la defiende mucho.

JOUBERT

estudiar las reacciones que se produzcan en su choque con la realidad hostil. Espero comprobar el constante desequilibrio que la incertidumbre de la vida moral llega a crear con sus violentas reacciones. Voy a ver cómo se las arregla el sujeto para eludir los desórdenes que dificultan el funcionamiento del organismo físico y psíquico".

Bueno. No pretendo exponer ahora la parte científica de este estudio psicológico que le ha valido a mi sistema la incorporación a las teorías de la escuela de Nancy. Estas cosas se dejan para nosotros los

buena persona le inspiraban confianza. Noté que todas sus preferencias eran para las señoras gordas, que, como es sabido, tienen fama de sentimentales.

A los pocos días volví a pasar por la acera que ocupaba el vendedor. Este se limitó a decirme:

—Son a treinta el par, caballero. Lo dijo con cierta corrección no exenta de desembarazo.

El subconsciente de mi sujeto empezaba a perder su timidez al ponerse en contacto con la realidad callejera.

Desaparecieron los mitones verdes.



Desde la puerta, María Luisa paseó por el salón la mirada inquieta de sus ojos oscuros. Llegaba un poco tarde. Se había tomado ya el té y empezaba a organizarse el baile. Pero la animación era escasa, como si faltase algo o alguien, y María Luisa sonrió al darse cuenta que era ella a quien se echaba de menos.

Al advertirse su presencia hubo un gran revuelo de pantalones anchos y un movimiento leve de faldas estrechas. Los hombres se precipitaban hacia la recién llegada para inclinarse con afectación. Las mujeres, contraídos los labios en un mohín de despecho, esperaban a que ella las fuese saludando al pasar.

En aquel salón amplio y confortable, que una hospitalaria dama de la alta burguesía, enamorada de la juventud y privada de hijos, ofrecía a los de sus amigas, María Luisa era el mayor atractivo. Entró triunfante y gallarda, sabiéndose la reina de la fiesta, consciente de su belleza, de su elegancia y de su simpatía, que hasta las mujeres se veían precisadas a reconocer. Y, como siempre, dispuesta a recibir los homenajes masculinos y a sentir la envidia femenina, a veces disimulada en elogios. A gozar, en fin.

Porque en los veinte años saludables y deslumbradores de María Luisa, pero perfectamente frívolos, a pesar de su inteligencia, el goce profundo, el placer intenso, estaba allí. La admiración de los hombres, que se exteriorizaba en miradas devotas o atrevidas, la acariciaba como una brisa sutil y la embriagaba como un vino generoso. Era coqueta, perfectamente coqueta. Poseía el arte maravilloso, casi sublime, de coquetear sin descoco. Pero a veces, no por gusto, por necesidad, era cruel. No tenía la culpa de que se enamorasen de ella en serio, y era incapaz de corresponder en serio a un amor.

La idea de un noviazgo la espantaba. El mismo hombre siempre al lado, la misma mirada, la misma voz, las mismas frases. Imposible. Era demasiado aburrido. Por eso las fiestas amables de aquella casa tenían para María Luisa su parte espinosa, bastante molesta.

Allí estaba siempre Mauricio Soler, siguiéndola con la mirada, unas veces triste y dura otras, de sus ojos profundos. Mauricio la quería. Había tenido, sin embargo, el acierto o desacierto de no decirle con claridad, y María Luisa no sabía si alegrarse de ella o lamentarlo. Hubiese preferido escuchar una declaración para contestarla con una negativa rotunda. De este modo Mauricio la habría dejado en paz.

Aquella, tarde por fortuna, Mauricio no estaba, y María Luisa suspiró satisfecha. Sin la persecución silenciosa de aquella mirada iba a divertirse de veras.

Después de un charleston, que había bailado con habilidad de profesional, en el centro de un corro entusiasta, María Luisa, un poco sofocada, buscó un rincón donde guarecerse. En la rotunda del piano había un sofá semiescondido. Fué hacia él. Al acercarse advirtió que ante el piano estaba sentado un hombre. Le extrañó; ninguno

de los muchachos que frecuentaban la casa sabía tocar. Pero recordó que las muchachas querían inhibirse del tecleo para bailar, y habían pedido que se llevase un pianista. Al parecer, aquel hombre era el pianista. María Luisa lo miró con indiferencia primero y con curiosidad después. Había algo extraño en él. Una fijeza de expresión y una inmovilidad que producía el efecto de que sólo en sus manos existía la vida. Y al mismo tiempo aquel rostro inanimado era dulce

María Luisa experimentó una tristeza profunda, algo como un vago remordimiento, y cerró los ojos como si ver fuese un delito. Al notar que alguien se sentaba a su lado alzó las pestañas húmedas.

—¿Lloras María Luisa?

Mauricio le hacía la pregunta, sorprendido y conmovido, como si sufriese por las penas de ella, aun sin conocerlas.

María Luisa sonrió entre dos lágrimas, que fueron a caer, rec-

do la capa de frivolidad. Parecía milagroso. Entonces pensó que quizá... tal vez... ahora lo comprendiese y habló.

Hablaron. Fué un diálogo profundo sobre el dolor humano, en el que María Luisa se sorprendía de sus propias ideas y de sus propias palabras.

El ciego, impasible, ajeno a lo que su presencia suscitada, recordaba el teclado con sus manos pálidas.

María Luisa concluyó:

—Es demasiado triste, demasiado amargo vivir...

—Pero hay que vivir...—suspiró Mauricio.

—¿Entonces?... suspiró María Luisa.

—Entonces cada uno de nosotros puede atenuar un poco de dolor y dar, en cambio, un poco de felicidad...; basta que nos desinterese algo de nosotros en beneficio de los demás; que seamos menos egoístas y más altruistas...

La voz de Mauricio sonaba trémula. María Luisa le miró. Vió su frente amplia bajo el pelo negrísimo, sus ojos dominadores, su perfil enérgico, su boca recia, y le pareció que miraba aquel rostro por primera vez después de mucho tiempo. Le pareció que Mauricio era como un hermano del que hubiese estado largos años separada. Y sintió la necesidad de no separarse más de él.

*

Y no se separaron; se habían encontrado asomándose al dolor.

Pero no volvieron a los tes amables de la dama burguesa.

—De todos modos — decía María Luisa —, mirarme en tus ojos cerca de aquellas pupilas sin luz me parecerá siempre algo... como un crimen de egoísmo.

Y Mauricio cerraba entonces sus ojos brillantes y apasionados, porque le entraba por ellos "demasiada" felicidad.

Tinieblas que dan luz

Por Sara Insúa

Corazón viajero

Sigue, corazón viajero,
caminando hacia el olvido,
que está fragante el sendero
por el acacio florido.
Sigue, corazón viajero!

No ama bien quien mal olvida
y busca en la primavera
la seca rama caída.
No hay eterna enredadera
en los huertos de la vida!

Sigue, corazón viajero,
que está aromando el sendero
el acacio del olvido
con perfume lastimero
de un amor desvanecido.
Sigue, corazón viajero
bajo el acacio florido!

CARLOS PRENDEZ SALDIAS

Santiago. (Chile).

simpático. María Luisa le miró ya con interés. Entonces vió que, bajo los párpados quietos, las pupilas eran dos manchas blancas.

María Luisa sintió un estremecimiento y una opresión, un dolor casi físico en el centro del pecho. Fué como si su alma se asomase de pronto al gran abismo del dolor.

Sentada en el sofá, mirando al ciego, cuyas manos pálidas se movían sobre el teclado, meditó quizás por primera vez, sobre las injusticias, o mejor dicho, sobre lo injustificable de la vida. ¿Por qué aquel hombre, privado del más puro, del más grandioso, del más útil de los sentidos: por qué aquel ser que no podría alegrar su corazón ni distraer su espíritu con la que han hecho la Naturaleza y los contemplación de todo lo hermoso hombres, condenado a eternas tinieblas, estaba allí arrancando unos sonidos que servían para proporcionar un placer más a los capacitados para conocerlos todos?

tas, sobre su regazo, y señalando al pianista dijo en voz muy baja para que éste no la oyera:

—Fíjate... Es ciego...

Y en sus ojos volvieron a brillar otras dos gotas de cristal.

Mauricio tuvo un momento de estupor. Luego su semblante se iluminó como si acabase de hacer un hallazgo maravilloso, y susurró a su vez:

—¿Y tú lloras cada vez que ves a un ciego?

María Luisa, siempre en voz baja, respondió:

—No, nunca se me ocurrió... Me daban pena; pero... Esto es otra cosa, ¿sabes?... No es sólo lástima lo que me inspira este hombre; es... indignación contra esas leyes misteriosas que reparten tan mal el dolor y la felicidad humanas...

Mauricio estaba cada vez más admirado y conmovido; María Luisa se le presentaba en un aspecto nuevo; era como si de pronto una ráfaga poderosa la hubiese arranca-

Divorcios en Birmania

En Birmania es sencillísimo el procedimiento que los matrimonios mal avenidos siguen para separarse. Cuando el marido y la mujer se convencen de que les es imposible vivir juntas, va la esposa a comprar dos bujías pequeñas, de tamaño exactamente igual, que se venden en el país expresamente para el uso de los candidatos al divorcio.

Ambas velas se encienden a un tiempo, señalando previamente cuál ha de representar al marido y cuál a la mujer, y los cónyuges observan con ansiedad cómo se consumen; porque, según la costumbre establecida, el propietario de la vela que se consume primero tiene que marcharse de la casa sin más equipaje que la ropa que lleva puesta en aquel momento. La casa y todo el patrimonio de la familia quedan de propiedad del cónyuge cuya vela tarda más en apagarse.

UNO Y OTRO

Por José Francés

Se encontraron súbitamente en aquel oscuro pasillo—como en un sendero de montaña,—en la mole vibrante del edificio para todos.

El uno se había extaviado, y el otro sabía demasiado adónde iba, con esa fatal sumisión que cambia al oficinista en bestia de noria.

Pero tardaron en reconocerse. Trozos verticales de tiempo habían caído entre ellos, ocultando sus rostros, asordando sus rúmore, alejándoles más que la distancia.

El uno tenía ese ímpetu insolente de los que se hicieron a sí mismos; ese corte enérgico de poa que rasga las turbulencias donde flota. Bajo el sombrero gris, el rostro cobrizo adelantaba la nariz y se enfoscaba el bigote de una fanfarronería ya envejecida.

No sólo el bigote, sino las ropas — buenas pero sin elegancia — decían el desden suyo por los figurines vivos que hallaría en las rutas y en los refugios universales de los navíos, los expresos, los grandes.

Olía a aventura; producía ese vago recelo de las audacias insatisfechas que saltan de pronto a nuestro paso lento.

El otro estaba chorreado, encostado, borroso de la lluvia invisible, del herpetismo consuntivo, del polvo pegadizo, que ya no se va nunca, de la burocracia. Su piel tenía sucia palidez de oficio amarillento entre la cruz desmañada del balduque. La ropa vieja no se estrechó al adelgazar él y le ondulaba sobre la osamenta. Detrás de los lentes caídos, flojos, turbios sobre la nariz — triste y elocuente de una abulia de can que ya ni siente la lata en el rabo, — y los ojos sin brillo contenían, como una madre ya olvidada de los hombres al cadáver del último hijo, todo el nuevo fracaso de cosas no logradas. Le caía el bigote sobre los labios exangues, y el hedor a pescado no fresco, que es el hálito de los viejos sin aseo; le caía la barba rala sobre la corbata hecha en la fábrica quince años antes; le caía el pelo sobre la nuca, en comas de su grises, mates, entre los canales de su flacura rígida, hacia el cuello orlado de mugre...

El uno preguntara por un negociado, una de las numéricas madigueras donde cada día se metían los otros asilados de la burocracia, los que se adivinan viéndoles de espalda en las rúas, andando encorvados, y con brillos en las mangas y en la culera del pantalón.

El otro le contestó sin mirarle, silbosa la voz en los dientes que se iban quedando solitarios, y que el humo de muchos años de tabaco pobre había patinado.

Luego, torpes ambos, en un mutuo deseo de evitarse, de no tropezarse, de seguir cada cual su camino, no se evitaron, se tropezaron y se pararon chocando torso contra torso.

—Usted perdone...

—No. Usted es quien ha de...

—¡Vaya! Otra vez.

—Lo lamento.

—Pase usted...

—No. Usted.

—Para siempre esto...

—Sí. Claro...

Y entonces se miraron por primera vez.

Un aire pretérito, tardo y casca-

do de viejo aristón, de humilde caja musical, la canción no oía desde décadas, pero agazapada en cada uno de ellos, pareció sonarles simultánea en la memoria débilmente alumbrada por lo que los ojos miopes y los ojos ávidos descubrieron a medias.

La casualidad, burlona entre aquellas frases de disculpa mecánica, volvía a devanar la madeja que se rompió en tarde remota.

—Un momento. ¿A ver?

—Sí. ¿No sería usted?...

—El mismo. ¿Y usted..., digo tú?

—Sí. ¿Es posible? ¡Tú Juan!

—Y tú Juan?

bre el pecho, como sobre el expedito más difícil de toda su carrera.

El uno irguió la cabeza y respiró fuerte.

—¡Uf! Se ahoga uno aquí... Te convido a algo...

—No puedo. Estoy a régimen... Pero ven; saldremos a esa rotonda. Hay un ventanal.

Fueron en silencio uno detrás de otro. Primero el Juan que tuvo la primacía; después el que hubo de resignarse a ser secundario.

En la rotonda abrieron el ventanal. La misma ciudad de entonces, pero con edificios nuevos, estaba en lo hondo y a lo ancho ba-

REFLEXIONES

De cuantas cosas adquiere la sabiduría para la felicidad de toda la vida, la mayor es la posesión de la amistad. Aun en medio de la cortedad de bienes, se ha de tener por cierto, que la amistad da seguridad.

Los apetitos que no inducen aflicción mientras no se consuman, no son necesarios; antes tienen un grado de deseo fácil de disolver, siempre que se tienen por arduos de conseguir o se juzgan productores de algún daño.

Si se tiene gran pasión por los apetitos que no traen aflicción, sino se consuman, esto ciertamente dimana de vana opinión y de su propia naturaleza (no por alguna utilidad, sino para la vana opinión del hombre).

Lo justo por naturaleza es símbolo de lo conveniente, v. gr., "no dañar a otros, ni ser dañado".

Los animales que no pudieron convenirse con pacto alguno de no dañar ni ser dañados, no reciben justicia, ni padecen injusticia. Lo mismo es de las gentes que no pueden o no quieren tales pactos, por los cuales no dañen ni reciban daño.

Epicuro.

Instintivamente se apartaron, se examinaban, sin darse todavía la mano, ni menos aún abrazarse, sin otros sentimientos que el de la sorpresa desagradable.

"Es Juan segundo", pensó el otro.

"Es Juan primero", pensó el uno.

Y despañosamente venían recuerdos y sentimientos distintos. Se dieron la mano y se enseñaron los dientes en una mueca que quería ser una sonrisa. Perdidos, ignorados en la galería oscura del edificio público, tuvieron, sin embargo, la misma idea de no ser vistos frente a frente después de aquello que les separó.

El otro suplicó:

—No te rías Juan.

—Si no me río yo, Juan.

—Entonces ¿quién?

—El otro, el que ayer era segundo. Cuando tu fuistes el primero.

—El otro inclinó la cabeza so-

jo sus miradas. Y en medio de los dos Juanes, la mujer que hubo de ser sólo de uno de ellos.

Sin verla la sentían. Y callaban para repetirse cada uno el relato. Los dos la querían con un amor que habría podido pensarse y obtener el balanceo rítmico, y en seguida la quietud de la aguja indicadora en el fiel. Y ella deseaba a los dos.

Al futuro oficinista le llamaba Juan primero porque era arrogante, decididor, fuerte, impetuoso y lírico. Al futuro aventurero le llamaba Juan segundo porque era tímido, silencioso, débil, tardo y prosaico.

Un día, delante de Ella, se pegaron. Juan primero logró pisotear la cara a Juan segundo, y luego, ayudándole a levantarse, le dió un puntapié que le lanzó más allá de la ciudad, de la llanura, de los montes, del mar. Más allá, sobre te-

do, de la risa de la mujer que reunió los deseos por los dos hombres en uno solo.

El uno, que fué dos, tendió la mano hacia la urbe renacida.

—¡Cómo ha cambiado todo, Juan!

—Nosotros más que nada—añadió el otro, que fué primero.

Y estornudó arrebuñándose entre sus ropas, que sentaron bien a una gordura de ayer y que el viento inflaba. El uno se quitó el sombrero, y respiró a pleno pulmón.

—Hoy no me vencerías, mi buen Juan.

El oficinista hizo espiritualmente un ademán de galápago que esconde la cabeza entre sus conchas.

—¡Oh! ¡Quién piensa en aquello!...

Y miraba alrededor con miedo de estar solos.

El aventurero le puso la mano en el hombro. Una mano enojada y musculosa.

—Pensamos tú y yo. Pero, sin rencor. Palabra. Me hicisteis un bien enorme, Juan primero.

Y luego de una pausa, preguntó:

—¿Tenéis hijos?

—No.

—¿Sois felices?

—¡Oh! ¡Eso sí!

Y el gastrálgico, el oficinista, el misero mesócrata, de la carne enflaquecida, las ropas humildes y la existencia cobarde, se transfiguró de tal forma que el aventurero le miró estupefacto.

—¿Felices de verdad?

—De verdad, Juan segundo.

El uno le tendió lealmente las manos...

—Mi enhorabuena. De corazón. Y ahora, un favor. Quisiera felicitarla también a ella. Después de tanto tiempo, de tantas cosas como nos separan, de ser tan tuya y de haberme acostumbrado yo gustosamente a no ser de nadie, supongo no tendrás inconveniente.

El otro retiró las manos para no delatar su temblor enorme. Temblaba todo en él: la piel, los músculos, los huesos, los pelos, los lentes, las ropas, las ideas, la voz, los recuerdos...

Bien... Sí... Otro día... O mejor, mira; no; mejor será que no.

¿Para qué?

Más misero, más debilitado, más asustado que nunca, levantaba hacia el uno sus ojos miopes y suplicantes.

—¿Por qué? ¡A nuestra edad, Juan primero!...

—No me llames así...

Y muy cerca del rostro fuerte, curtido por los vientos y las costas y las cumbres diversas, expulso su hálito enfermo del estómago, de envenenado por el tabaco y saturado de senilidad prematura:

—...ahora eres tú Juan primero... Y ella está como tú, henchida de salud y de fortaleza. ¿Comprendes?

Y sin esperar la contestación de él, escapó al pasillo oscuro, y de allí a otros pasillos oscuros o claros, camino de su madriguera oficial.

El uno permaneció algún tiempo más acodado en el ventanal. Luego abandonó el edificio y se mezcló a la turbulencia de la ciudad.

Y los dos hombres no han vuelto a encontrarse.

Una noche, en París, Leo Montancier y yo, que nos habíamos vuelto a reunir después de seis años de separación y que teníamos por lo mismo mil confidencias que hacernos, acabábamos de comer en el Restaurant Brébant, establecido en la primera plataforma de la torre Eiffel.

Era noche de fiestas en el palacio de la Exposición; las "fuentes luminosas" fulguraban con bellísimos cambiantes; allá abajo de nosotros, la galería de las Máquinas, las cúpulas del palacio de las Artes Liberales y del de Bellas Artes nos aparecían ceñidas con largas ghiraldas de focos luminosos. Leo, entre otros muchos episodios de su vida, me refirió el siguiente que no he podido olvidar:

Cuatro años duró apenas la vida tranquila y sosegada que con tanto anhelo había buscado después de mi matrimonio.

Mi esposa misma, luego que vió —y las mujeres tienen ojos de lince para ver esas cosas— que la vida de provincia no cuadraba a mi carácter inquieto y vehemente, me aconsejó que volviésemos a París, y que me entregara a mis antiguas ocupaciones.

Vuelve a ser periodista, me dijo; aunque soy celosa por naturaleza, procuraré dominarme, y acabaré por dormir bien aunque sepa que tú pasas la noche entre los bastidores de los teatros, ofreciendo ramilletes a las divas y tuteando a las coristas.

Y volví a París, volví a reanudar aquella vida de eslabones de fuego que todo lo calcina, lo mismo en lo físico, en los párpados y el cabello, que en la moral las ilusiones y las virtudes.

Fué, precisamente, en los primeros meses de mi reentrada en el periodismo, y ya mi nombre había vuelto a adquirir cierta notoriedad, cuando pasó lo que voy a relatarte.

Una noche, una de esas noches que habíamos pasado yo y otra media docena de cronistas teatrales, "tuteando a las coristas", como dijera mi mujer, las intimidades del "tuteo", entre los bastidores de uno de los teatros del Boulevard Montmartre, nos llevaron a beber una copa de champagne más de las necesarias. Habían dado ya las dos de la mañana cuando Paul Rondell y yo, nos encontramos al fin solos, presa de la excitación producida por las pesadas libaciones, sobre el "macadam" del Boulevard, ya completamente desierto.

Sentíamos naturalmente una sed horrible, "como si mascáramos lana", según la feliz expresión de Juan Richepin, y como todos los grandes cafés y "brasseries" estaban ya cerrados, Rondell y yo, tomamos por una de las callejuelas adyacentes al Boulevard y entramos en un figón de esos que toda la noche permanecen abiertos. Ahí, frente a un par de copas de vulgar aguardiente, entre el humo de cien pipas, y en medio de los juramentos de cien bocas, nos pusimos a charlar, a hacernos esas confidencias que con tanto gusto como facilidad se hacen los ebrios.

Yo no tenía por Rondell una gran simpatía ni una gran estimación. Su oficio de "écrivain" me repugnaba, porque en mis presunciones de literato y de poeta, encontraba inferiores a mí a todos aquellos a quienes a pesar de llamarles colegas, creía exclusivamente periodistas; y Rondell entraba, según mi opinión, en el número de

esos. Sin embargo, esa noche, o el alcohol me dió a mí benevolencia, o a él le dió talento. El hecho es que me pareció como otro hombre. Su conversación era fácil, chispeante y tenía ciertos rasgos de ingenuidad que me conmovían. Recitome versos, versos suyos, sino correctos, sí inspirados, que se sentían brotados del corazón, como flores en un campo de cardos. Su voz, al recitarlos, tenía inflexiones hondamente tiernas, le manifesté sorpresa de que hubiera cultivado género de literatura tan contrario a su carácter y reputación.

—¡Mi reputación!, dijo, ¿acaso se hace uno la que desea? ¡Mi carácter!! ¿acaso conoce usted ni na-

siento que aun queda en ella jugo suficiente. Lo que me duele, lo que... se lo diré a usted con sinceridad... lo que me avergüenza, es que he exprimido también mi corazón, y en ese sí no queda ya nada; está agotado, vacío como una uva oprimida entre los dedos.

Rondell parecía sumamente agitado. Procuré calmarlo.

—¡Oh! Usted no me conoce bien, siguió diciendo, no conoce ciertas poridades de mi vida íntima, ni puede suponerlas. Porque usted no conoce de las luchas periodísticas, más que las violencias de los partidos o de los círculos políticos, en las polémicas leales en que, si se ataca a los hombres, se les ataca

UNO DE TANTOS

Por Manuel Puga y Acaí

H A M L E T

No soy sombra que se esfuma,
soy acicate en la fiebre.
No hay olvido que me quiebre
ni dolor que me consuma.

Vivo rompiendo el capuz
de mi tristeza inmortal.
Y soy como el pedernal:
¡Si me golpean, doy luz!

Atado a mi loco anhelo
con la adversidad combato:
¡Siempre tocando arrebató!
¡Brava vida sin consuelo!

Marcho luciendo colores
que combinó mi amargura.
¡Y emerjo de mi locura
Hecho un haz de resplandores!

ALBERTO GHIRALDO.

die el carácter verdadero de sus semejantes? Yo me he hecho, como todos, la reputación que he podido, y en cuanto a mi carácter, lo he amoldado a las circunstancias de mi vida. Amigo mío, yo no sé si siempre se ha vivido como ahora, pero lo que sí, se decir a usted, es que desde que fué importada de allende la Mancha esa horrible frase: "struggle for life", cuya primera palabra, "struggle", parece un ladrillo, y cuya última "life", semeja un silbido, para vivir hay que morder como can, o que arrastrarse como víbora, ¿cree usted que yo he adquirido mi reputación por gusto, gozoso de obtenerla? Oh, no; las circunstancias me han hecho lo que soy. Obligado desde los últimos años de mi cuarto lustro, a mantener una familia numerosa, casado a los ventidos años, padre de tres hijos a los veinticinco, he buscado en el periodismo una manera de vivir segura, sino muy productiva. He exprimido mi cerebro día a día, sobre las mesas de redacción. Pero el uso indebido y excesivo que he hecho de esa víscera, no es lo que me preocupa;

por un acto administrativo, por las ideas en un artículo, o en un discurso expresadas. Pero los combates de encrucijada, cuerpo a cuerpo, en que yo he adquirido "mi reputación", esa reputación de que usted me habla, le són desconocidos. Y todavía si los que provocamos esa refriega y en ella sobresalimos, lo hiciéramos espontáneamente, por instinto, por gusto, pase; pero no lo crea usted: somos los instrumentos de ajenos odios, de las ruines pasiones de otros. Yo, al menos, así he procedido casi siempre. Cuando el editor que me paga ha tenido alguna venganza infame que satisfacer, ha echado mano al arma prohibida que lleva oculta, es decir, a mí, el procax, el "bravo", el "écrivain"; a mí, que soy en puridad algo así como una navaja catalana que esgrime un majo incapaz de tomar en el terreno del honor la espada o la pistola del caballero. ¡Y así he herido a quién sabe cuántas personas honorables, a quién sabe cuántos compañeros míos; sí, porque hasta en contra de mis propios camaradas, de aquellos que viven en mi

misma vida, he sido esgrimido! No ha mucho que acusé a uno, por sus excesos, alcohólicos, y ya ve usted si tengo derecho para ello... (Rondell, al decirme esto, tartamudeaba ya por efecto del alcohol); antes había denunciado a otro porque frecuentaba las mujeres de mal vivir, ¡yo, que soy peor hasta que esas mismas mujeres, porque no mi cuerpo, sino mi inteligencia, ha sido lo que he prostituido, lo que he vendido al mejor postor!

Alguna vez he querido salir para siempre de este fango, escaparme de este infierno; pero no he podido, por largo tiempo, lograrlo. He pasado hasta quince días buscando otro trabajo más honesto; pero, cansado de encontrar cada noche, al tornar a mi casa, que no había con que amanecer, y que mis hijos no tenían zapatos, he acabado por volver a mi antiguo oficio.

Rondell no podía ya hablar. Las numerosas libaciones de aguardiente, habían producido su resultado. En el fondo, su relato me había conmovido. Aunque al oír sus confidencias había comenzado por tenerle horror, pensando en la familia de aquel infeliz, acabé por sentir la suprema piedad que inspiró a Víctor Hugo sus versos a la hortiga y a los animales ponzoñosos, y que hizo decir a ese grande y bondadoso genio que en el Calvario las llagas de Cristo imploran piedad para los clavos; y tomé del brazo al ebrio periodista y lo llevé a su casa.

Quince días de una crisis política me arrojó a una polémica periodística. Varios diarios tomaron los unos el pro y los otros el contra de mis opiniones.

Una noche al pasar por el Boulevard, ví que en los kioscos el público se arrebataba los ejemplares de "L'Eclat", que era un periódico de escándalo, enemigo de las ideas que yo defendía. Al comprar un ejemplar oí a un individuo que decía: "On éreinte M. Montancier" (Derrengan al señor Montancier). Me dirigí a un café y hojeé rápidamente el periódico. Pronto encontré el artículo. Busqué la firma; ¡Paul Rondell!

¡Oh! el amigo Rondell me ponía como no digan dueñas. De su artículo salía yo hecho un monstruo de vicios.

Mi primera impresión fué de cólera; arrojé el periódico con asco; pero al dirigirme a mi casa, a través del Boulevard lleno de transeúntes, mi cólera se fué calmando. "La plaie dit: grace pour les clous", cantaba a mi oído la generosa voz de Víctor Hugo, y recordé lo que Rondell me decía quince días antes, la noche aquella: "en mi casa no había con qué amanecer y mis hijos no tenían zapatos."

Al llegar a la mía, mi mujer, me esperaba como siempre, cariñosa e impacientemente. Se echó en mis brazos, y después de las primeras ternezas, me dijo:

—¿Sabes? Juanito no pudo salir porque no tiene zapatos.

—Pues ni yo tengo con qué comprármelos—contesté sonriendo, pero con una sonrisa júbilosísima, como mo la que hubiera tenido al dar la noticia de haberme tocado la lotería.

Mi mujer pareció admirada de que el no tener dinero me causara tanta satisfacción.

Y, sin embargo, querido amigo, gracias a Rondell, la satisfacción que sentí esa vez ha sido una de las más grandes y sinceras de mi vida.

"No hay muchos, pero hay algunos" — nos había contestado un viejo poblador de estos lugares, cuando por primera vez le preguntamos si había leones (pumas) en la región, hace de esto muchos años.

Venido de Buenos Aires, de las llanuras "como billar", nuestro trasplante a la montaña, nos obligó a comenzar de nuevo el aprendizaje campero. Detrás de cada cerro había un misterio para nosotros; nos asombrábamos de ver pastar al ganado en las empinadas laderas, donde nos parecía que sólo por milagro podían andar las bestias; las quebradas nos dejaban suspensos, no atinando por dónde salvarlas; ante cualquier arroyo quedábamos perplejos, ignorantes de "las señas" que denunciaban los vados; mirábamos el campo sin atinar a individualizar los pastos aptos para la alimentación de las haciendas; y en la selva milenaria que se alzaba arriba de los mil trescientos metros, sobrecogidos por su misterio, nos sentíamos rematadamente inútiles.

De ahí que en el afán de acriollarnos en la región, de penetrar todos los secretos de la nueva vida que nos tocaba vivir, no dejáramos pregunta por hacer, rincón que no registráramos, privación que no sufriéramos rigor climatérico que no experimentáramos. Así adquirimos con el tiempo, la voluntad, la aptitud que nos ha permitido señorear la montaña.

Como el viejo criollo nos informara, si no abundan, hay leones en estas serranías. Viven en el bosque, en las cumbres poco frecuentadas, de dónde sólo bajan a los valles en invierno, cuando la nieve les hace imposible la permanencia en las alturas. Mientras residen en ellas, se alimentan de alimañas silvestres, siendo una de sus presas favoritas el "huemul", siervo andino que mora en las cumbres boscosas de la región. Pero cuando los rigores del invierno los obligan a buscar el refugio de las quebradas próximas a los valles donde viven los rebaños domésticos, conviértense en un temible azote de la ganadería comarcana. El león no caza sólo para saciar su hambre, sino que parece encontrara placer en matar reses, que luego deja abandonadas como un desafío al celo de los pastores. Y si es una leona parida la que "entra a la majada", aquello conviértese en una hecatombe. Treinta, cuarenta, cincuenta y más ovejas amanecen destrozadas en el rodeo. Y entonces hay que perseguir a la fiera a todo trance, pues en cebándose, terminaría por producir un desastre en las majadas. Se dice, y nosotros lo creemos, porque a ello nos obliga la experiencia, que la leona, en esos casos, hace tanto destrozo, porque enseña a sus cachorros a cazar. Esto mismo puede verse en el gato doméstico, cuando la madre, rodeada de su cría, consigue atrapar una laucha. La suelta luego entre su prole y queda ella vigilante para saltar sobre el mísero roedor en cuanto éste escapa de las garras inexpertas de los gatitos, a quienes, solicita y siempre alerta, les devuelve la presa una y cien veces. Y así la leona parida, en medio de una majada, mata y hace matar ovejas a sus cachorros, hasta que la fatiga o la luz del día la lleva a su guarida, generalmente oculta en riscos poco menos que inaccesibles, en las cumbres nevadas.

Cacería accidentada

Por Félix San Martín

Estábamos en pleno invierno. La nieve cubría totalmente las montañas, quedando descubiertos únicamente los valles y los faldeos abajo de los mil doscientos metros sobre el nivel del mar.

Se rumoreaba en los "puestos de las andanzas de una leona parida por las cercanías. "Que Fulano vió el rastro en paso tal; que Zutano dice que ha bajao el león porque la tropilla llegó disparando,

cuanto le "pisaran el rastro" a la invasora. Nos preparábamos para el hermoso espectáculo de una cacería en la montaña nevada, en la que el músculo y lo demás suelen ponerse a prueba.

En un día de esos, en circunstancias que montábamos a caballo para dar un vistazo a cierto rodeo, llega un muchacho, peoncito de uno de los "puestos" más distantes, con la noticia de que Ramón Alar-



asustada, a las casas, y la madrina buyaba, divisando pa el alto; que Perengano vió algo en la meseta, entre el firantal, que le pareció león, pero la fiebla no le dejó ver bien, pero dice que los rastros son de león, uno grandazo y dos como de cachorros".

Y de los "puestos" el rumor llegó a la cocina de la estancia, y de allí a nosotros. Recomendamos especial vigilancia a los peones de campo, con cargo de avisarnos en

cón, uno de nuestros "puesteros", en compañía de otros vecinos, había muerto a la leona y los dos cachorros, allá lejos, en las nacientes del Llamuco.

A los dos alas, se nos presentó el hombre en la estancia, trayéndonos de regalo los tres cueros. Nos hicimos relatar la cacería.

La leona había bajado en la noche y muértole quince ovejas. Cnvidó a tres vecinos y la rastrearon. Siguieron a caballo, hasta donde les

fué posible, pues a lo abrupto de las laderas se unía el grave inconveniente de la nieve, que en partes, amontonada en "bardones" por el viento, alcanzaba a más de tres metros de espesor. Dejaron seguros los caballos y siguieron a pie, ora por entre la selva de las faldas, ya por entre riscos, o bien por la ribera del arroyo, aguas arriba, según la leona, con su instintiva malicia, o en el simple vagar de fiera repleta, había ganado su cubil. Siempre sobre el rastro, treparon al altiplano, pasado ya más de medio día de caminar embarazados por la nieve. En un acantilado que caía sobre la quebrada, se perdían los rastros. Era seguro que en ese lugar, la leona tenía su guarida, y comenzaron a registrar todas las grietas y resquebrajaduras de las peñas que allí se amontonaban en la ordenación desconcertante de las formaciones basálticas. En una caverna formada por una enorme alata de piedra, al reparo de los vientos, estaba la fiera. Les recibió con el sordo rugido de sus terribles enojos, madre, al fin, que se prepara a la defensa de su cría. Ramón llevaba un revólver cualquiera, de esos que los pulperos venden como "de los buenos", y que si una de su balas le acierta a uno en un ojo, todo lo más que causan es una nube. Los otros compañeros llevaban cuchillo y boleadoras. Ramón toma posición cómoda frente a la entrada de la caverna, apunto al pecho y hace fuego. Un rugido terrible llenó el espacio, y simultáneamente la leona se arrojó, en salto formidable, sobre su atacante. Una "cuerpeada" a tiempo salvó a éste del zarpazo; pero en la violencia del movimiento perdió el revólver. Rápido, echó mano al cuchillo y atropelló a la leona que en ese instante, arrollada sobre sus cuatro patas en el veril del acantilado, se disponía a saltar al abismo. Ramón llegó a ella en el preciso momento en que la fiera daba el brinco, y enardecido por la lucha brava y violentísima, sin reparar en lo que hacía, perdida ya la noción del peligro, se aferró a la cola con la mano izquierda. Y la fiera lo arrastró en su salto hacia el vacío. Felizmente, a cuatro metros del borde del acantilado, sobresalía una pestaña de la enorme pared basáltica, y en ella la nieve tendría como un metro de espesor. Leona y hombre cayeron juntos, ambos de pie, el gaucha siempre sujeto a la larga y poderosa cola de la bestia y ésta debatiéndose por alcanzarle con sus garras. La nieve había amortiguado el golpe de la caída y los dos adversarios estaban en plena posesión de sus medios. Ramón, sereno y ágil, no perdió un instante, y al arquiarse la fiera para atacarle, "le buscó el lao contrario" y le partió el corazón de una puñalada.

Y el gaucha, al finalizar su relato, temblándole la voz por la emoción, agregó por todo comentario: "¡Viera, patrón, qué paisaje!".

Belló debió ser, sin duda, en su sencillez salvaje, ese cuadro, viva representación del valor y de la fuerza en aquel escenario grandioso de la montaña nevada y solitaria. Tan bello, que hirió el fondo del alma ruda del montañés, arrancándole esa exclamación, que si incorrecta en la forma, acusa la fina sensibilidad del alma gaucha ante la belleza pura.

Anécdota

Hace más de medio siglo, Abraham Lincoln, yendo con algunos otros candidatos en una gira política por el occidente de los Estados Unidos, vió en el bosque, al anochecer, unos pajaritos sacados por el viento fuera de su nido. Pidiendo que se le permitiera bajar del carruaje — que siguió por lo demás su camino — Lincoln cogió las minúsculas criaturas y las colocó de nuevo en la casita. Al llegar a la posada, sus compañeros le preguntaron la causa de su demora, y él los dejó asombrados contándoles la acción humanitaria que había realizado, y les declaró que si él no hubiera puesto de nuevo los pajaritos bajo la protección de su madre, no podría dormir en la noche.

Curiosidades

El primer submarino fué probado en el puerto de Plymouth (Inglaterra, en el año 1774.

Los anales de China, refieren que el Emperador Yenti, que reinó dos mil ochocientos treinta y ocho años antes de Jesucristo, enseñó a sembrar trigo.

Antiguamente el mercurio se empleaba en una amalgama con estaño que se aplicaba a un cristal, haciéndose así un espejo. Ahora se emplea plata metálica obtenida químicamente de sus compuestos.

Irlanda ostenta como emblema, un trébol. Según la tradición, San Patricio, el patrón de los irlandeses, se valía de esa simpática hojita para explicar el misterio de la Trinidad. Cuéntase que el trébol, jamás es tocado por la serpiente.

Entre los hotentotes, la viuda que quiere casarse de nuevo, debe cortarse la falange de un dedo y presentarla al nuevo esposo el día de la boda.

Un cálculo reciente, ha permitido establecer, que las estaciones telegráficas con hilos y sin hilos, transmiten en conjunto, a través del Atlántico, la enorme cifra de diez millones de palabras por semana.

Cuando el papel se expone al aire, los compuestos de hierro que contiene, se oxidan y se hace más oscuro.

Casi todas las semillas de las frutas, contienen ácido prúsico.

El mineral que más radio contiene, es la carnotita, que tiene un brillante color amarillo.

Las estrellas, cerca del horizonte son difíciles de ver, porque la atmósfera entre el observador y las estrellas es más espesa que hacia el cenit, y es absorbida la luz.

Entre los "riesgos" contra los cuales uno puede tomar seguro en la Compañía Lloyd, de Inglaterra, figuran la calvicie, los mellizos, los terremotos y las revoluciones.

Las primeras lámparas de aceite para alumbrado público, fueron implantadas en Londres, el año de 1683. Y el primer alumbrado de gas fué implantado en 1807.

En las fábricas de botellas, los obreros sopladores de vidrio fundido, suelen beber hasta veinte litros de agua por día durante las horas de ese trabajo, que es uno de los más penosos que existen.

Las papas puestas en ácido sulfúrico al ocho por ciento durante treinta y seis horas y luego sujetas a una fuerte presión, pueden ser utilizadas para hacer bolas de billar.

La ciudad belga de Gante se levanta sobre veintiseis islas unidas entre sí, por ochenta puentes.

Se ha observado recientemente, que las flores manifiestan una tendencia a apartarse de los focos de sonidos. Junto a una jazz-band se colocaron, como adorno, diversas flores. A poco de comenzar a tocar la música, todas ellas volvían las corolas hacia el lado contrario de la orquesta. Se les dió vuelta; pero de nuevo se inclinaron como apartándose de la música. Los ciclámenes y los lirios fueron las flores más afectadas.

El sol no produce pecas. Estas aparecen a veces en los niños de menos de seis u ocho años, hayan estado o no expuestos al sol.

Los perros de Alaska, llamados "malennitas", son una mezcla de perro y lobo, y se emplean en arrastrar pequeños vehículos. Tienen el pelo largo y pueden dormir al aire libre con una temperatura de sesenta grados bajo cero. Se alimentan de pescado, y comen una sola vez por día.

Los esquimales de Alaska utilizan la piel del salmón para hacer camisas, botas y otros efectos impermeables.

Los persas se ríen poco, porque consideran la hilaridad como una muestra de afeminamiento.

Los agrimensores del Canadá, explorando los territorios del noroeste, el último verano, hallaron un largo desconocido de sesenta y cinco

millas de largo y cincuenta millas de ancho.

Se hacen tapices y alfombras con la piel curtida de los elefantes; estos tapices son, según se asegura, de suma duración.

En 1895 había en el mundo, solamente 3.000 automóviles. Actualmente hay más de 18 millones.

El agua en los fiordos de Noruega es tan clara, que se pueden ver objetos de media pulgada de diámetro, a una profundidad de 50 pies.

Se ha comprobado en las sepulturas halladas en las orillas del Nilo, que las piernas y brazos artificiales eran conocidos setecientos años antes de Jesucristo. En el museo de Londres existen ejemplares curiosos de esta antigua ortopedia.



Dientes blancos y limpios

El cuidado de los dientes, ha tomado gran importancia en nuestra época; antaño cuidarse los dientes era algo más bien reservado al sexo débil, pero hoy, como es una medida higiénica tan saludable, se pueden contar con los dedos los que no se limpian diariamente la dentadura, tanto hombres como mujeres, pues no sólo es cuestión de higiene sino también de coquetería. ¿Hay acaso algo más feo que dientes sucios y negros? Ahora bien, ¿con qué limpiarlos?

LAS AGUAS DENTIFRICAS tienen un pequeño poder anti-séptico, pero no limpian.

LAS PASTAS DENTIFRICAS dan la ilusión de que limpian; las que contienen jabón disuelven las grasas, pero lo que está pegado a los dientes, el sarro, sale en muy pequeña cantidad y sólo por la acción del cepillo.

Para limpiar verdaderamente, sólo existen los **POLVOS DENTIFRICOS** y solamente algunos, pues hay muchos que son nocivos. Los buenos que compre Vd. en cajitas le cuestan muy caro, pues una caja que contiene de 20 a 30 gramos vale arriba de \$ 1.— Nosotros fabricamos un rico

POLVO DENTIFRICO ROSADO

según una fórmula que venimos perfeccionando desde hace años. Es lo mejor que hemos encontrado para limpiar los dientes sin estropearlos; son sumamente agradables al gusto y los vendemos sin lujo en bolsas de papel

de 1/4 kilo \$ 2.50—de 1/8 kilo \$ 1.40

Con cada paquete regalamos una cajita para usarlos. Con muy poco gasto puede pues Vd. tener los dientes blancos con el Polvo dentífrico de la

FARMACIA FRANCO-INGLESA

LA MAYOR DEL MUNDO

Florida y Sarmlento

Buenos Aires

EL VUELO HEROICO

Con un soberbio triunfo de valor y de pericia, el intrépido aviador, coronel De Pinedo, acaba de agregar un nuevo gajo de inmarcesible laurel a los muchos que ya orlan las magníficas glorias de Italia.

Producto genuino de esa gran estirpe latina, en cuyos hijos fermenta la sagrada levadura que eternamente vela por la inmortalidad de la raza, De Pinedo, al realizar su maravilloso vuelo de Italia a la Argentina, como primer brillante capítulo de una de

las más atrevidas hazañas de aviación mundial, no ha hecho otra cosa que continuar jalonando, triunfalmente, esa ruta fantástica, que tan habitual le es, y por donde ya hace tiempo le conduce la fama.

Estamos seguros de que el arrojado aviador culminará, con un éxito definitivo, su estupendo "raid", porque es sabido que la gloria nunca fué esquivada a los que como él, encarnan, en alto grado, valor, audacia y voluntad.



El ministro de Marina, almirante Domecq García, y el prefecto general de puertos, estrechando la mano del coronel Francisco De Pinedo, al llegar a bordo del "Almirante Brown", momentos después del acuatizaje del "Santa María" en la dársena norte.



El héroe con la sonrisa del triunfo.



El "Santa María", bajel glorioso que produjo el milagro, instantes después de posarse en nuestras aguas.



Los bravos tripulantes del "Santa María", en el momento de descender del avión para trasladarse a bordo del "Almirante Brown".



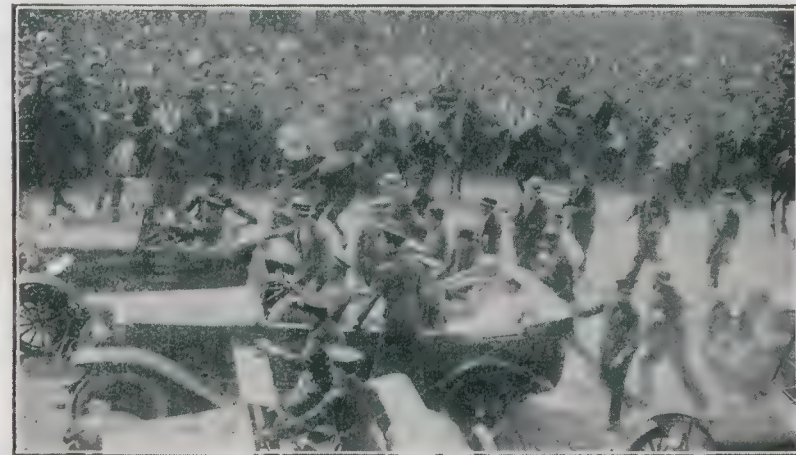
De Pinedo, a bordo de una lancha de la prefectura marítima, se dirige al "Almirante Brown".



De izquierda a derecha: capitán Del Prette, oficial de ruta; coronel De Pinedo, piloto del "Santa María" y mecánico Zachetti, poco después de su llegada.



De Pinedo, acompañado por el ministro de Marina, abandona la zona militar de la dársena norte, rumbo a la casa de gobierno.



El intrépido aviador llegando a la casa de gobierno, donde le esperaba una enorme masa de público; a duras penas contenida por la policía.



De Pinedo, acompañado del presidente de la República, de varios ministros del P. E. y otras personalidades, saluda desde un balcón de la casa de gobierno, al pueblo que lo aclama.



Un detalle de la gran cantidad de público aglomerado en la plaza de Mayo, cuando, frenético de entusiasmo, vítorca al coronel De Pinedo al aparecer éste en el balcón del palacio de gobierno.



De Pinedo, retirándose de su visita al presidente de la República, acompañado por el intendente municipal doctor Carlos M. Noel.



Durante la brillante recepción de gala que el Círculo Italiano organizó en honor del coronel De Pinedo.



El ministro de Italia, conde Alberto Martín Franklin, el coronel De Pinedo, el capitán Del Prette y otros caballeros, en la visita al local del Fascio.



El piloto del "Santa María" acompañado del ministro de Marina y del presidente del Círculo Militar, durante la recepción que se le hiciera en este centro.



Otra instantánea obtenida en el Círculo Militar mientras se efectuaba la recepción del coronel De Pinedo.



Un aspecto del gran banquete ofrecido por el ministro de Italia, en honor del coronel De Pinedo, y servido en el Plaza Hotel.



De Pinedo, momentos después de haber depositado una corona de flores en la tumba del general San Martín, situada en la catedral.



El coronel De Pinedo acompañado del ministro de Italia, durante el gran banquete popular que fué organizado en su honor por la dirección de la Cervceria Quilmes.



MARPLATENSES



Doctor Enrique González Patiño y señor Martín G. Goicoa.



Señora Ana M. de Figueroa, su hija Ana Victoria y señora María Teresa Gruneisen.



Señoritas Ruperta Aguirre y Rosita Borthry.



Señorita Tita Fullana.



Niños de Medina, Rodríguez, Goicoa, Gaspio y Pereyra.



Señorita Dolores Prieto Suárez



Un baño de sol.



EN EL TIRO A LA PALOMA.—Grupo de socios, durante una reunión.



Señor José Devoto.



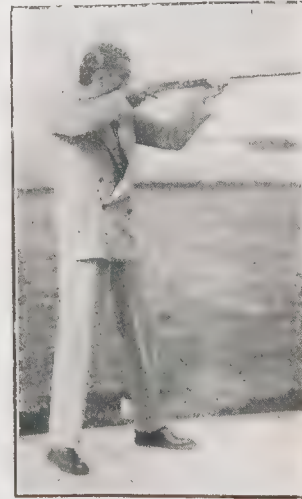
Señor Diego Bosch Alvear.



Señor Carlos Raybaud.



Señor Antonio Leloir.



Señor Pedro Fernando Christophersen.



Actualidades cinematográficas



Ronald Colman y Vilma Banky en una escena de "Su noche de amor", notable película que, con carácter de estreno extraordinario, presentará Artistas Unidos próximamente, abriendo su temporada.



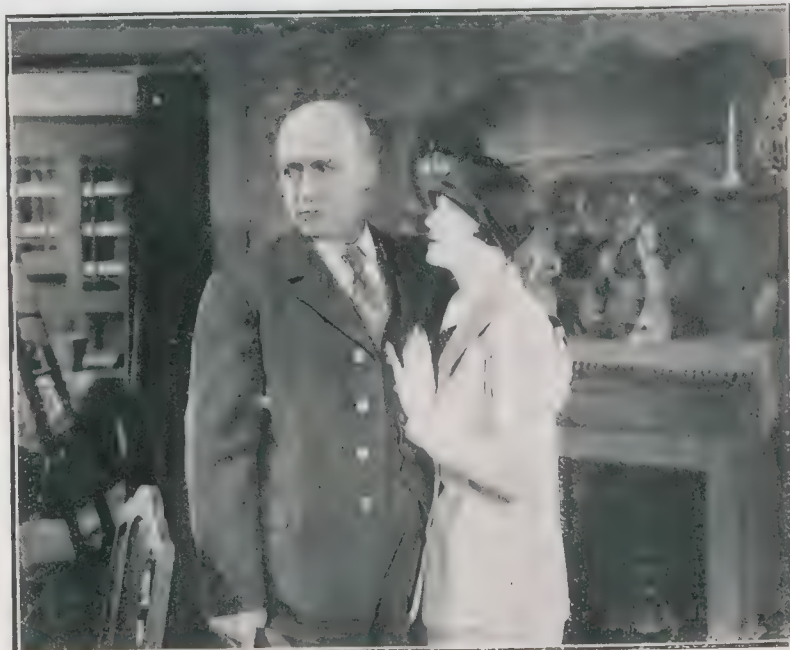
Escena de "Respetad la ley", cinedrama interpretado por Bert Lytell, Eda Hopper, Eugenia Gilbert, etc., que Glücksmann comenzará a distribuir el viernes de esta semana.



Bebe Daniels, tal como aparece en "Los millones de Paulina", cinta Paramount de la cual es estrella y que será estrenada el sábado 26.



Escena de "El novelista novelero", cinedrama interpretado por Earle Douglas, Maurice Costello, León Holmes, etc. y que la Corporación estrena hoy.



J. Farrel Mac Donald y Virginia Valli en "Los del segundo piso", cinedrama que la Fox estrenará pasado mañana.



Marion Nixon en "Lentejuelas", cinedrama Jewel que interpreta con Pat O'Malley y Hobart Bosworth y que la Universal estrenará pasado mañana.



Ernest Torrence y Clara Bow en "El eterno femenino", cinedrama que la Paramount comenzará a exhibir mañana.

SOCIALES



ENLACES.—Señorita Laura Helena Manger, con el señor Pedro O. Piñeyro.



Señorita María Esther Antelo, cuyo compromiso matrimonial con el señor Enrique G. Méndez, acaba de formalizarse.



Señorita Nilda Fusetti con el doctor César Bus-triasso.



Señorita Julieta Labat con el señor Horacio Trejo.



Señorita Truco Ots con el señor Ortiz.



Francisco Meirdiandou.

Gente menuda



Juan Carlos Santiñaque Villegas.



Beatriz V. Muñoz.



Betty Barris.



Guillermina Inés Orezoli.

El baile de las "midinettes"



Un grupo de "midinettes", durante el baile de disfráz efectuado, con gran lucimiento en el teatro San Martín.



La señorita Mercedes Martínez, proclamada reina de las "midinettes", en la fiesta del San Martín.

VIDA TEATRAL



Elementos que integran el elenco artístico del director empresario, señor P. E. Car-cavallo que actuará en el teatro Nacional durante la temporada de 1927.

En el Centro de Clases de la Armada



Acto de la entrega de dos espadas a los señores Lucio Espósito y Felipe Barandalla, por su reciente ascenso a suboficiales maquinistas de la Armada.

Notas de aviación



Capitán Tydeo Larre Borges director del vuelo y piloto del hidroavión "Uruguay"; su hermano, capitán Glaucio Larre Torres, segundo piloto; teniente Luis A. Ibarra, jefe de ruta y mecánico José Rigoli; los cuatro valientes aviadores uruguayos que felizmente escaparon ilesos del accidente que les ocurrió en la etapa Casablanca-Cañarias, del raid Marina di Pisa-Montevideo. Esta grata circunstancia llenó de júbilo a todas las Repúblicas Sudamericanas, donde dominó una intensa ansiedad por la suerte cabida a los mencionados aviadores.



Los aviadores Jorge Sarrion y Héctor Peirano, al pie del Breguet 14, motor Renault de 300 H. P., aparato en el cual acaban de iniciar el raid Buenos Aires-Nueva York - Buenos Aires, despertando general expectativa.



DE CARHUÉ



Señora de Pagliaga e hijos.



Señoras de Pérez y de Pellicioni y señoritas de Torre, Rodríguez, Pellicioni y Mavales.



Nuestro corresponsal, señor Carretero, muy bien acompañado.



Señoritas Angela y Panchita Morales.



Señorita Raquel Subotosky.



Señor Joaquín Pérez y señora.



Señoritas Haydée Noemi, Celina y Zulema Acuña.



Familia de Arabety, Insúa, Beninza y García Barreiro.



Señores Luis Molteni, Antonio Costa y Ernesto Malbec



Señorita Haydée L. Córdoba
Fots. Carretero.



Familias de Morel, Jacomelli, Molteni Costa y señorita Soto.

Una tarde de invierno, mientras tomábamos el té alrededor de un buen fuego, en casa de uno de nuestros amigos, el varón Xavier de la V... (un joven pálido al que las excesivas fatigas militares sufridas, siendo aún muy joven, en África habían hecho débil de temperamento y muy austero de costumbres, la conversación recayó sobre uno de los asuntos más sombríos: la naturaleza de esas coincidencias extraordinarias, sorprendentes, misteriosas, que sobrevienen en la existencia de algunas personas.

—Hé aquí una historia — nos dijo — que no acompañaré de ningún comentario. Es verídica. Tal vez la encontraréis impresionante.

Encendimos nuestros cigarros y escuchamos el relato siguiente:

“En 1876, en el otoño, siempre en ese momento en que el número, siempre creciente de inhumaciones realizadas a la ligera, muchas demasiado precipitadas, comienza a molestar a la burguesía Parísien y a excitar su alarma, un anochecer, sobre las ocho, a la salida de una sesión de espiritismo, de las curiosas, me sentí, al entrar en casa, bajo la influencia de ese spleen hereditario contra cuya negra obsesión no pueden nada los esfuerzos de la medicina.

“En vano que a instigación médica me haya muchas veces embriagado con el breva de Avicena; en vano que me asimilara, bajo todas las fórmulas, quintaes de hierro, y hollando con los pies todos los placeres, haya hecho descender, nuevo Roberto de Abrisel, la viveza de mis ardientes pasiones a la temperatura de los Samoyedos; nada he conseguido! — ¡Vamos! — ¡Parece que soy decididamente un personaje taciturno y triste! Pero es preciso también que, bajo esa apariencia nerviosa, esté, como se suele decir, construido a cal y canto para encontrarme todavía, después de tantos cuidados, en condiciones de contemplar las estrellas.

“Esta tarde, pues, una vez en mi alcoba, encendiendo mi cigarro en las velas que alumbraban mi espejo, me di cuenta de que estaba mortalmente pálido. Me sepulté en un amplio sillón, viejo mueble de terciopelo granate, en el que el vuelo de las horas, bajo mis largos en sueños, me parece menos pesado. ¡El acceso de spleen haciase penoso hasta el malestar, hasta el decaimiento. Y juzgando imposible disipar las sombras con ninguna distracción mundana — sobre todo, en medio de la atroz alarma que reinaba en la capital —, resolví, como ensayo, alejarme de París, bañarme en la naturaleza, entregarme a ejercicios saludables como las partidas de caza.

“Apenas tuve este pensamiento, en el mismo instante acudí a mi memoria el nombre de un viejo amigo, olvidado desde hacía algunos años, el abate Maucombe.

“¡El abate Maucombe!... — murmuré en voz baja.

—Mi última entrevista con el sabio sacerdote databa del momento en que emprendí una larga peregrinación a Palestina. La noticia de su vuelta había llegado a mi hacia poco. Habituado el humilde presbiterio de un pueblo de la Baja Bretaña.

“Maucombe, ¿dispondría de un aposento cualquiera en qué dormir? ¿Había traído de sus viajes algunos viejos volúmenes? ¿Curiosidades del Líbano? ¿En los lagos cercanos se podría cazar el pato silvestre?... ¡Nada más oportuno!... ¡Pero si quería gozar antes de los primeros fríos, de la primera quincena mágica de octubre en las rocas rojas; si yo quería ver resplandecer aún las largas tardes de otoño sobre las alturas selváticas, debía apresurarme!

“En el reloj sonaron las nueve. Me levanté; sacudí la ceniza de mi cigarro. Luego, como hombre decidido, me puse el sombrero, la hopalanda, los guantes; tomé mi

a fin de poder tomar mi fusil desde el día siguiente, al despuntar el alba (toda siesta después de almazar me parece influir mal sobre el sueño de la noche), consagré mi día para estar despierto, a pesar de la fatiga, a varias visitas a antiguos compañeros de estudios.

“A las cinco de la tarde, cumplidos estos deberes, hice ensillar un caballo en el Sol de Oro, donde paré, y a los resplandores del poniente me encontré a la vista de un caserío.

“Caminando recordaba al sacer-

los lugareños que cuidaban sus bestias, acabé de convencirme que este párroco era perfecto confesor de un Dios de misericordia, pues tenía profundamente conquistado el afecto de sus ovejas, y cuando conseguí orientarme hacia el presbiterio, bastante alejado del grupo de casas y chimeneas que constituían la villa de Saint-Mur, me dirigí en su busca.

“Llegué.

“El aspecto campestre de esta casa; sus cruceros y celosías verdes, los tres escalones de ingreso, las lianas clemátidas y rosas de té que serpentaban por los muros hasta el techo, del que escapaba por un tubo con veleta una nubecita de humo, me inspiraron ideas de recogimiento, de santidad y de paz profunda. Los árboles de un vergel vecino mostraban al través de un emparrado espacioso sus hojas rizadas por la enervante estación. En los dos balcones del único piso brillaban los fuegos del occidente; una hornacina con la imagen de un bienaventurado se veía entre los dos. Descabalgué silenciosamente: até a la reja el caballo y levanté el llamador de la puerta, echando un vistazo de viajero al horizonte que se abría detrás de mí.

“Pero el horizonte brillaba tanto sobre los bosques de la, lejanas encinas y pinos salvajes, donde los últimos pájaros volaban en la tarde; las aguas de un estanque, cubiertas de cañas, en lo distante, reflejaban tan solemnemente el cielo; la naturaleza era tan bella, en medio de este aire sereno, en esta campiña desierta, en el momento en que cae el silencio, que me quedé suspenso, sin soltar el llamador levantado.

“Oh, tú pensé, que no tienes el asilo de tus sueños y para quien la tierra de Canaán, con sus palmeras y aguas vivas, no aparece en medio de las auroras, después de haber andado bajo duras estrellas, viajero tan alegre a la partida y ahora ensombrecido — corazón hecho para otros lugares que aquello en que me compartes la amargura con malos hermanos — mira, ¡aquí te puedes sentar sobre la piedra de la melancolía! ¡Aquí los sueños muertos resucitan adelantando el momento de la tumba! Si quieres tener el verdadero deseo de morir, aproxímate: aquí la vista del cielo exalta hasta el olvido.

“Estaba en ese estado de laxitud en que los nervios, sensibilizados, vibran a las menores excitaciones. Una hoja cayó cerca de mí; su ruido fugitivo me hizo temblar. Y el mágico horizonte de este rincón penetró en mis ojos. Me senté ante la puerta, solitaria.

“Después de unos instantes, como la tarde empezó a refrescar, volví al sentimiento de la realidad. Me levanté de prisa y cogí nuevamente el llamador de la puerta, mirando a la casa isueña.

“Pero apenas hube arrojado otra vez sobre ella una mirada distraída, me vi forzado a detenerme todavía preguntándome si no era juguete de una alucinación.

“Era la misma casa que acababa de ver hacia un instante. ¿Qué vejez me denunciaban ahora las largas grietas, entre las amarillentas hojas?—Esta edificación tenía un aire extraño; los cristales, iluminados por los rayos de agonía de la tarde, brillaban con fulgor interno; el portal hospitalario me

EL INTERSIGNO

Por Villiers de L'Isle Adam

Pidan

“QUILMES
CRISTAL”

La mejor cerveza

maleta y mi fusil: apagué los candlabros y salí cerrando cuidadosamente y con triple vuelta la cerradura secreta que era el orgullo de mi puerta.

“Tres cuartos de hora después el tren de la línea de Bretaña me llevaba hacia el pueblo de Saint-Mur, en donde era párroco el abate Maucombe; tuve tiempo en la estación de escribir con lápiz una carta en la cual prevenía a mi padre de mi marcha.

A la mañana siguiente estaba en R..., estación de la que Saint-Mur no dista más que dos leguas. Desoso de pasar una buena noche,

dote en cuya casa tenía pensado habitar algunos días. El lapso de tiempo transcurrido desde nuestro último encuentro; sus excursiones, todos los acontecimientos de su misión y los hábitos de aislamiento debían haber modificado su carácter y su persona. Habría de encontrarle envejecido. Pero conocía la conversación vivaz del docto párroco, y me ilusionaba pensando en las veladas que pasaríamos juntos.

“¡El abate Maucombe!... — no cesaba de repetir bajo: — ¡Excelente idea!

“Interrogando sobre sus señas a

invitaba con sus tres gradas; pero concentrando mi atención sobre estas losas grises, vi que acababan de ser pulidas aunque conservaban aún algunas trazas de letras, comprendiéndose por ello que provenían del cementerio vecino, cuyas negras cruces aparecían a un centenar de pasos.

"La casa parecía cambiar hasta dar escalofríos, y los ecos del lágrimo golpe del llamador, que hice retumbar en mi pánico, resonaban en el interior de esta morada como las vibraciones de un toque de agonía.

"Esta clase de visiones, siendo quizá más morales que físicas, desaparecen con rapidez. Si, yo era, a no dudarlo un segundo, víctima de ese abatimiento intelectual que es señalado. Con prisa de ver un semblante que me ayudara con su humanidad a disipar mi desazón, abrí el picaporte sin esperar a más. Entré.

"La puerta, movida por un fuerte muelle, se cerró sola detrás de mí.

"Me encontré en un largo pasadizo, al extremo del cual, Nanón, el ama de llaves, vieja y alegre, descendía la escalera, con una vela en la mano.

"Señor Xavier!... —gritó toda gozosa, reconociéndome.

"¡Buenas tardes, mi buena Nanón! — la respondí, confiándola apresuradamente mi maleta y mi fusil.

"(Había olvidado mi hopalanda en el cuarto de la posada).

"Subí. Un minuto después estrechaba en los brazos a mi viejo amigo.

"La afectuosa emoción de las primeras palabras y el sentimiento de la melancolía del pasado, nos oprimieron algún tiempo el abate y a mí. Nanón vino a traernos la lámpara y a anunciarnos la comida.

"Querido Maucombe — le dije, pasando mi brazo bajo el suyo para descender —; no hay cosa tan eterna como la amistad intelectual y veo que compartimos este sentimiento.

"Es de cristianos espíritus que tienen un parentesco divino muy próximo — me respondió —; sí. El mundo profesa creencias menos razonables, por las que sus partidarios sacrifican su sangre, su dicha, su deber. ¡Son los fanáticos! — concluyó sonriendo: — Escogeremos la más útil para nuestra fe, puesto que somos libres y formamos nuestras creencias.

"El hecho es — le dije — que ya es muy misterioso que dos y dos hagan cuatro.

"Pasamos al comedor. Durante la comida, el abate habiéndome reprochado dulcemente el olvido en que le tuve tan largo tiempo, me puso al corriente del espíritu de la villa de su feligresía.

"Me habló del país, me contó dos o tres anécdotas conmovedoras de los castillos de alrededor.

"Me contó sus aventuras personales de caza y sus triunfos en la pesca; se portó con una afabilidad y una animación encantadoras.

"Nanón, mensajera rápida, se apresuraba, se multiplicaba alrededor nuestro y su ancha cofia tenía un batir de alas.

"Cuando yo arrollé un cigarro, mientras tomaba el café, Maucombe, que era un viejo oficial de dragones, me imitó; el silencio de las primeras bocanadas nos sorprendió en nuestros pensamientos, y me

puse a mirar a mi huésped con atención.

"Este sacerdote era un hombre de cuarenta y cinco años, poco más o menos, y de talla elevada. Largos cabellos grises, ensortijados, rodeaban su delgado y fuerte rostro. Los ojos brillaban con inteligencia mística. Sus rasgos eran regulares y austeros; el cuerpo esbelto resistía el peso de los años; sabía llevar su larga sotana; sus palabras impregnadas de ciencia y dulzura, eran sostenidas por una voz bien timbrada que salía de unos

—Esto no obstante — le dije —, tenemos el honor de vivir nosotros, los hijos corrompidos de esta Naturaleza) en un siglo de luces.

—Prefiramos la luz de los siglos — respondió sonriendo.

"Nos encontrábamos sobre la meseta de la escalera, con las palmatarias en la mano.

"Un largo corredor, paralelo al de abajo, separaba de la de mi hospedero la habitación que me estaba destinada. Insistió en instalarme él mismo. Entramos, miró si me faltaba algo, y como nos



EL PADRE. — Después del baño me siento diez años más joven.
EL HIJO (de cinco años). — A mí me pasa lo mismo.

excelentes pulmones. Me parecía de una salud vigorosa; los años le habían cambiado poco.

"Me hizo ir a su sala-biblioteca.

"La falta de sueño en viaje predispone al escalofrío; la noche era de un frío vivo, diríase de invierno. Así, cuando una brazada de sarmientos flameó delante de mis rodillas, entre dos o tres troncos, experimenté algún alivio.

Los pies sobre los morillos y acodados en nuestros sillones de cuero bruñido, hablamos naturalmente de Dios.

"Yo estaba fatigado; escuchaba sin responder.

"Para concluir — me dijo Maucombe levantándose —, estamos aquí para testimoniar — por nuestras palabras y nuestra lucha con la naturaleza — que somos dignos del premio.

"Terminó con una cita de José de Maistre: "Entre el hombre y Dios no hay más que el orgullo".

aproximamos para darnos la mano y las buenas noches, un vivo reflejo de mi bujía cayó sobre su rostro. ¡Me estremecí esta vez!

"¿Era un agonizante el que estaba de pie cerca del lecho? ¡El rostro que había cerca de mí no podía ser el mismo de antes! O al menos, si lo reconocía vagamente, me parecía que no lo había visto en realidad hasta este momento. Una sola reflexión me haría ser comprendido. El abate me daba, humanamente, la segunda sensación que, por una obscura correspondencia, su casa me había hecho experimentar.

"La cabeza que contemplaba era grave, muy pálida, de una palidez de muerte y las pupilas estaban cerradas. ¿Había olvidado mi presencia? ¿Rezaba? ¿Qué tenía, pues, para estar así? Su persona se revistió de solemnidad tan repentina que cerré los ojos. Cuando los abrí, después de un segundo, el buen

abate seguía allí, pero le reconocía ahora. ¡Ahora sí, ahora era él! Su sonrisa amistosa disipó en mí toda inquietud. La impresión no duró sino lo preciso para que quedase esta duda. ¿Fue un delirio mío, una especie de alucinación?

"Maucombe me deseaba, por segunda vez una buena noche, y se retiró. Una vez solo, pensé:

—¡Un profundo sueño, e aquí lo que me hacía falta!

"Incontinenti medité en la muerte: elevé mi alma a Dios y me metí en el lecho.

"Una de las singularidades de una extrema fatiga es la imposibilidad del sueño inmediato. Todos los cazadores lo han notado; es notorio.

"Esperaba dormir pronto y profundamente. Había fundado grandes esperanzas en una buena noche. Pero al cabo de diez minutos reconocí que el malestar nervioso no se dejaba dominar. Oí los tic-tac, los breves chasquidos de la madera y los muros, sin duda relojes de muerte. A cada uno de los ruidos imperceptibles de la noche respondía todo mi ser con una conmoción eléctrica.

"Las ramas negras del jardín eran movidas por un fuerte viento. A cada instante, las hojas de hiedra golpeaban mi balcón. Tenía, sobre todo, el sentido del oído de una sensibilidad semejante al de las personas que mueren de hambre.

"¡He tomado dos tazas de café puro. Esa es la causa!

"Y acordándome sobre la almohada, me puse a mirar obstinadamente la luz de la vela que había dejado sobre la mesilla. La miré con fijeza, entre las pestañas, con esa atención intensa que da a la mirada la absoluta distracción del pensamiento.

"Una pilita de porcelana coloreada, con su ramito de olivo, estaba suspendida cerca de mi cabecera. Moqué en seguida mis párpados con agua bendita, para refrescarlos; después apagué la luz y cerré los ojos. El sueño se aproximaba: la fiebre se calmaba.

"Iba a dormirme.

"Tres golpecitos secos, imperativos, sonaron en mi puerta.

—¿Eh? — me dije sobresaltado.

"Entonces me di cuenta de que mi primer sueño había ya comenzado. Ignoraba dónde estaba. Me creía en París. En sueños se padecen estos olvidos cómicos. Habiendo casi enseguida perdido de vista el objeto principal de mi despertar, me estiré voluptuosamente en una completa inconsciencia de mi situación.

—A propósito — me dije repentinamente —: ¿han llamado? ¿Qué visita puede ser?...

"En este punto de mi frase, una noción oscura y confusa de que ya no estaba en París, sino en un prebisterio de Bretaña, en casa del abate Maucombe, penetró en mi espíritu.

"En un abrir y cerrar de ojos me planté en medio de la habitación.

"Mi primera impresión, al mismo tiempo que la del frío en los pies, fué la de una luz muy viva. La luna llena brillaba al balcón, por encima de la iglesia y al través de las cortinas blancas, vertiendo su luz gélida y pálida sobre el suelo.

La Parietaria y el Tomillo

Yo leí, no sé dónde, que en lengua herbolaria
Saludando al Tomillo la hierba Parietaria,
Con socarronería le dijo de esta suerte:
Dios te guarde, Tomillo, lástima me da verte;
Que aunque más oloroso que todas estas plantas,
Apenas medio palmo del suelo te levantas.
El responde: Querida, chico soy, pero crezco
Sin ayuda de nadie. Yo sí te compadezco;
Pues, por más que presumas, ni medio palmo puedes
Medrar si no te arrimas a una de esas paredes.

Cuando yo veo alguno que de otros escritores
A la sombra se arriman, y piensan ser autores
Con poner cuatro notas, o hacer un prologoillo,
Estoy por aplicarles lo que dijo el Tomillo.

Tomás de Iriarte.

"Era media noche.

"Mis ideas eran lunáticas. ¿Qué sucedía? La sombra era extraordinaria.

"Al aproximarme a la puerta, una mancha de luz que partía del agujero de la cerradura, vino a errar sobre mi mano y sobre mi camisa.

"Algún estaba detrás de la puerta; realmente acababan de llamar.

"Sin embargo, a dos pasos del umbral, me paré en seco.

"Una cosa que me parecía sorprendente: la naturaleza de la mancha de luz que corría por mi mano. Era un fulgor helado, sangrante que no alumbraba. ¿De dónde provenía? ¿Qué pasaba que no veía ninguna línea de luz, bajo la puerta en el corredor? ¡Aquel tachón de luz que salía del agujero de la cerradura me causaba la impresión de la mirada fosfórica de un buho!

"En este momento la hora sonó, fuera, en la iglesia, en el viento nocturno.

—¿Quién está ahí? — pregunté en voz baja.

"El fulgor se extinguió. Iba a aproximarse.

"Pero la puerta se abrió largamente, lentamente, silenciosamente.

"Frente a mí, en el corredor, estaba de pie una forma alta y negra, un sacerdote con el bonete puesto. La luna lo iluminaba todo, a excepción de su rostro; no veía más que el fuego de sus dos pupilas que miraban con una solemne fijeza.

"El hábito del otro mundo envolvía a este visitante; su aspecto me oprimía el alma. Paralizado por un terror que se inflamaba por instantes, hasta el paroxismo, contemplaba al personaje desolador en silencio.

De pronto el sacerdote elevó el brazo con lentitud hacia mí. Me presentó una cosa pesada y vaga: un manto de cura. Un gran manto negro, un manto de viaje. ¡Me lo tendía como para ofrecérmelo!

"Cerré los ojos para no verlo. ¡Oh, no quería verlo! pero es pájaro nocturno con un grito horrible pasó ante nosotros, y el viento de sus alas, rozándome los párpados, me hizo abrirlos. Sentí que revoloteaba por la habitación.

—¿Entonces — y con un estertor de angustia porque las fuerzas me traicionaban para gritar — empujé la puerta con mis dos manos crispadas y extendidas y di una violenta vuelta a la llave, frenético y con los cabellos erizados!

"Cosa singular: me pareció que todo esto no hacía ningún ruido.

Lo que sucedía era de una violencia que mi organismo no podía soportar. Me desperté. Estaba sentado sobre mi cama, los brazos tendidos hacia delante, helado, la frente cubierta de sudor, mi corazón golpeando contra las paredes del pecho, en grandes latidos acerbos.

"¡Ah, sueño horrible!

"Mi indomable ansiedad seguía. Necesité más de un minuto para osar mover el brazo; buscando los fósforos me pareció sentir en la oscuridad que una mano cogía la mía y la estrechaba amigablemente.

"Tuve un movimiento nervioso al oír los fósforos frotados por mis dedos contra el candelero. Encendí la vela. Instantáneamente me sentí

mejor. La luz, vibración divina, transforma en ambiente fúnebre y consuelos de los terrores malignos.

"Resolví beber un vaso de agua fría para reponerme del todo y salté de la cama.

"Pasando ante el balcón, noté una cosa. La luna era exactamente igual a la de mi sueño, y no a la que yo había visto antes de acortarme; yendo con la palmatoria en la mano a examinar la cerradura de la puerta, comprobé que desde dentro se había dado una vuelta a la llave y yo no había sido.

"Después de estos descubrimientos, lancé una mirada alrededor. Comencé a encontrar todo revestido de un carácter insólito. Me volví a acostar, algo incorporado, empecé a razonar y a probarme que todo esto no había sido más que un acceso de sonambulismo muy lúcido; pero esto me tranquilizaba cada vez menos. Sin embargo, la fatiga me cogió como una ola, meció mis negros pensamientos y me dormí bruscamente en medio de mi angustia.

"Cuando me desperté un sol hermoso jugaba en la habitación.

"Era una mañana espléndida. Mi reloj, colocado a la cabecera del lecho, marcaba la diez. Habrá nada que nos conforte mejor que el día

y el sol radiante? ¡Sobre todo cuando se aspira el aire embalsamado y el campo llano de un viento fresco, entre los árboles, los matorrales y los prados cubiertos de flores húmedas aún de rocío!

"Me vestí de prisa, muy olvidado del sombrío comienzo de mi noche.

"Completamente reanimado por repetidas abluciones de agua fría, bajé al comedor.

"El abate Maucombe estaba ya en él. Sentado delante del mantel recién puesto, leía un periódico, esperándome.

"Nos estrechamos las manos.

—¿Ha pasado bien la noche, querido Xavier? — me preguntó.

—¡Excelente! — respondí con distracción (por costumbre) y sin poner la menor atención en lo que decía)

"La verdad es que sentía buen apetito, esto era todo.

"Nanón sobrevino, trayéndome el desayuno.

"Durante él nuestra conversación fué a la vez mesurada y alegre; el hombre que vive santamente conoce sólo la alegría y sabe comunicarla.

"De pronto me acordé de mi sueño.

—A propósito — exclamé —, querido abate; recuerdo que he tenido

Prudencia mundana

Cierto individuo había llegado a ser profesor consumado en el arte de la lucha; sabía trescientas sesenta estratagemas de su arte, y cada día presentaba algo nuevo, y como sintiese una especial inclinación hacia un gallardo joven discípulo suyo, enseñó trescientas cincuenta y nueve estratagemas, reservándose, sin embargo, una para sí. Adelantó tanto el joven en p[er] y fuerza, que nadie podía competir con él. Por fin se envaneció un día ante el sultán que la superioridad que concebía a su maestro sólo era de bida a sus años y a haber sido su profesor; pues que por otra parte, él no le era inferior en fuerza y le igualaba en pericia. Al rey no le agradó esta irrespetuosa conducta, y ordenó que probarán su destreza. Eligióse para el acto un espacioso campo en el que se congregaron todos los ministros del Estado y los grandes de la corte. El joven entró en la palestra como un elefante en celo, dando tales golpes y acometiendo con tal ímpetu, que hubiese removido en su base una montaña de hierro. El maestro, conociendo que el discípulo le era superior en fuerza, le atacó con la única estratagema que se había reservado. Como el joven no pudo repelerle, tomóle el maestro con ambas manos, levantóle sobre su cabeza y lo arrojó en tierra. La multitud aplaudió. El rey dispuso que se diese al maestro, un premio, un vestido y una cantidad en metálico, y se burló e hizo befa del joven por haber pretendido competir con su bienhechor y por haber quedado vencido en la contienda.

—¡Oh, rey! — dijo el joven — mi maestro no ha ganado la victoria ni por la fuerza ni por la pericia; es que no me enseñó una parte de su arte y con esta treta me venció.

A lo que repuso el maestro:

—Me la reservé para una ocasión como la presente; los sabios han dicho:

"No te entregues demasiado en poder de tu amigo para que si llega a convertirse en enemigo, no pueda conseguir su propósito". ¿No has oído contar lo que dijo una persona por otra a la cual había educado? "O nunca hubo gratitud en el mundo, o en este tiempo nadie la practica. A nadie he enseñado a manejar el arco que después no haya hecho blanco en mí"

SA DI.

Fotografados Tricromías Bicromías

Confección de clisés para re-
vistas, catálogos, folletos,
y otras publicaciones

Precios sin competencia
Trabajo garantizado
— Entrega inmediata —

Pujol & Cía.

B. Mitre 1259

Buenos Aires

UNION TELEF. 30, MAYO 2500

esta noche un sueño singular — y tan extraño —; ¿cómo ha podido suceder lo que ha sucedido? Se lo contaré y me dirá si no ha sido algo asombroso y quizás espantoso.

"Y mientras mondaba una manzana, comencé a narrarle con todos sus detalles la alucinación sombría que había turbado mi primer sueño.

"En el momento en que llegué al gesto del sacerdote ofreciéndome el manto, y antes que hubiese concluido esta frase, la puerta del comedor se abrió. Nanón, con esa familiaridad particular de las almas miliaridad particular de las amas de cura, entró y me tendió un papel.

—¡Es una carta "muy urgente" que un aldeano acaba de traer en este instante para el señor — dijo.

—¡Una carta! ¡Ah, sí! — exclamé olvidando mi historia. — Es de mi padre. ¿Cómo es esto? ¿querido abate? ¿me da su permiso para que la lea?

—¡Usted lo tiene! — dijo el abate, olvidándose también de la historia, y sufriendo magnéticamente el interés con que cogí la carta.

"Rompi el sobre.

—He aquí — dije — una gran contrariedad: recién llegado y me veo obligado a partir.

—¿Cómo? — preguntó el abate Maucombe dejando su taza sin beber.

—Me escribe que vuelva enseguida con motivo de un asunto, de un pleito muy grave que yo esperaba que no se viera hasta diciembre. Esta carta me anuncia que se verá en la quincena, como sólo yo estoy en condiciones de poner en orden ciertas pruebas que deben darnos el triunfo es preciso que me vaya.... ¡Qué fastidio!

¡Positivamente es enojoso! —dijo el abate, — ¡muy enojoso! Al menos prometí que tan pronto quede terminado... La salud es el negocio más importante; espereba influir algo en la vuestra, y he aquí que huís de mí. Yo que pensaba que el buen Dios os había enviado!...

—Querido abate, os dejo mi fu-

— ¡Ah! ¡Es que se trata de casi toda mi fortuna! — murmuré.

— ¡Id en paz — dijo el abate Maucombe.

— ¡Ah! ¡Es que se trata de casi toda mi fortuna! — murmuré.

— ¡La fortuna es Dios! — dijo sencillamente Maucombe.

— Y mañana, ¿como viviría yo si...?

— Mañana no se vive ya — respondió.

— A poco nos levantamos de la mesa, un poco consolados del contratiempo por esta promesa formal de volver.

— Fuimos a pasearnos por el jardín, a visitar las dependencias del presbiterio.

— Durante el resto del día el abate me enseñó con gusto sus pobres tesoros campestres. Luego, mientras leía su breviario, recorrí solitario los alrededores respirando con delicia el aire vivo y puro. Maucombe, al volver me habló algo de su viaje por Tierra Santa, y en todo esto se consumió la tarde. — Vino la noche. Después de una frugal comida, dije al abate Maucombe:

— Amigo mío, el express parte a las nueve en punto. De aquí a R** hay hora y media de camino. Necesito media hora para llegarme a la posada y devolver el caballo; total, dos horas. Son las siete; os tengo que dejar ahora mismo.

— Os acompañaré un poco — dijo el sacerdote; — este paseo me será saludable.

— A propósito — le respondí preocupado — he aquí la dirección de mi padre, en cuya casa habito en París. Consérvela por si nos tenemos que escribir.

— Nanón tomó la tarjeta y la colocó en la juntura del espejo.

— Tres minutos después el abate y yo dejamos el presbiterio y avanzamos por la carretera. Yo llevaba el caballo de la brida.

— Eramos ya dos sombras.

— Cinco minutos después de nuestra partida una niebla penetrante y una lluvia menuda, precipitadas por un terrible golpe de viento, azotaron nuestros rostros.

— Me detuve con decisión.

— Mi viejo amigo — dije al abate. — ¡no! Decididamente, no puedo sufrir que se moleste por mí. Su existencia es preciosa y estas oleadas glaciales son muy malsanas. Vuélvase usted; vuélvase, se lo ruego.

— El abate, al cabo de un instante, pensando quizás en sus fieles más que en él mismo, se rindió a mis razones.

— Pero me llevó su promesa de volver, querido amigo? — me dijo.

— Y mientras le estrechaba la mano, añadió:

— ¡Un instante! Pienso en el camino que tiene que hacer y que esta niebla es un efecto muy penetrante...

— Tuve un escalofrío. Estábamos el uno cerca del otro, mirándonos fijamente como dos viajeros con prisa.

— En este momento, la luna se elevó sobre los pinos, detrás de

las colinas, esclareciendo las laderas y los bosques en el horizonte. Nos bañaba espontáneamente con luz sombría y pálida, con su llama desierta y blanca. Nuestras siluetas y la del caballo se dibujaban enor-

mes sobre el camino. Y del lado de las antiguas cruces de piedra—allá abajo—del lado de las antiguas cruces en ruina, levantadas en ese rincón de Bretaña en las escabrosidades, donde anidan los funestos pá-

jaros escapados del bosque de los Agonizantes, oí a lo lejos un grito horrible: el agrio y alarmante graznido del cuervo. Un mochuelo de ojos fosfóricos, cuyo fulgor temblaba sobre la rama de un carrasco, voló y pasó sobre nosotros prolongando ese grito.

— ¡Vamos! — continuó el abate Maucombe, — esteré en mi casa dentro de un minuto; así que tome, tome mi manto! Tengo muchos!... muchos! — añadió con un tono inolvidable. — Me lo enviará por el muchacho de la posada que viene al pueblo todos los días... Se lo ruego, acéptelo.

— El abate, pronunciando estas palabras, me tendió su negro manto. Yo veía su cara a causa de la sombra que proyectaba su amplio sombrero de teja, pero distinguía sus ojos, que me miraban con una solemne fijeza.

— Me eché el manto sobre los hombros, me lo prendió con un aire tierno e inquieto, mientras que yo, sin fuerzas, cerraba los ojos. Después, aprovechando mi silencio y mi turbación, volvió apresuradamente hacia su casa, desapareciendo en seguida en una vuelta del camino.

— Con cierta presencia de ánimo — y un poco también maquinalmente — salté sobre el caballo. Luego me quedé inmóvil.

— Ahora estaba solo en la carretera. Oía los mil ruidos del campo. Elevé los ojos y miré al cielo livido, por el que desfilaban numerosas nubes, ocultando la luna. Muy impresionado por lo sucedido y por la naturaleza solitaria y adusta, me tenía, sin embargo, derecho y firme, aunque debía estar blanco como un papel.

— ¡Vamos! — me dije. — ¡calma! Tengo fiebre y estoy sonámbulo. Esto es todo.

— Me esforcé en alzar los hombros: un peso secreto me lo impedía.

— Y he aquí, que venida del fondo del horizonte, del fondo de estos bosques abandonados, una bandada de cigüeñas, con gran ruido de alas, pasó gritando horribles sílabas desconocidas por encima de mi cabeza. Fueron a abatirse sobre el techo del presbiterio y sobre el campanario lejano, y el viento me trajo tristes. Tuve miedo, a fe mía. ¿Por qué? ¿Quién me lo precisará jamás?

— He visto el fuego en la guerra; he esgrimido mi espada en varios duelos; mis nervios están mejor templados, quizás, que los de los más flemáticos y de los más serenos; pero afirmo humildemente que esta vez tuve miedo, y gran miedo...

— En silencio, ensangrenté los flancos del pobre caballo, y con los ojos cerrados, los riñones deshechos, los dedos crispados sobre las crines, el manto flotando detrás de mí en línea recta, sentí que el galope de mi caballo era vertiginoso, hasta rozar la tierra con su vientre. De vez en cuando el ruido de mi jadeo le comunicaba, segura e instintivamente, el horror supersticioso de que yo temblaba, aun siendo un valiente, y eso lo hacía correr más, llegando así al pueblo de R** en media hora. ¡Cuando

Tres sonetos del camino

(Del libro "El Grial de la Angustia", próximo a aparecer)

PEGASO

Va marchando mi corcel
por el sendero adelante
hacia la meta distante
de la soñada Babel.

Se muestra a mi anhelo fiel;
y lleva, altivo y pujante,
a la Esperanza inquietante
que va cabalgando en él.

Corcel de mi Ensueño: Apura
tu paso en la noche oscura
para llegar con la aurora.

Mira que es largo el camino
y puede trancar tu sino
la tragedia de la hora.

CAMINO DEL IDEAL

Va por el mar de la Vida
mi barca, sin rumbo cierto,
buscando el lejano puerto
de una Ciudad presentida.

En mi alma la fe se anida;
y una rayo de luz, incierto,
sobre el piélago desierto
es una estrella encendida.

No sé si será mi suerte
llegar, o hallaré la muerte
por la ruta del Ideal.

Lleno de dolor y tedio
voy en busca de un remedio
para mi lírico mal.

SIMIL

Todo mi afán se concreta
en ser bueno y ser sencillo,
por cantar sentirme grillo,
y, por sentir, ser poeta.

En mi soledad de asceta
desprecio el mundano brillo
porque en ser bueno y sencillo
todo mi afán se concreta.

Y si al ofrecer mi canto,
que hace que olvide mi llanto,
hago un simil con el grillo:

mi hondo dolor se aquieta,
y sabiéndome poeta
desprecio el mundano brillo.

Arturo Lescano.

sentí el ruido del empedrado de las calles, erguí la cabeza y respiré!

¡Al fin! ¡Vea las casas y las tiendas iluminadas. ¡Observaba rostros humanos detrás de los cristales! ¡Vea los transeúntes!...

¡Había salido del país de las pesadillas!

“En la posada me instalé ante un buen fuego. La conversación de unos carreteros me llevó a un estado vecino al éxtasis. ¡Salía de la Muerte! Miraba los juegos de las llamas. Tomé un vaso de ron. Recobré el uso de mis facultades.

“Me sentí de nuevo dentro de la vida real.

“Estaba aún—hay que decirlo—un poco avergonzado de mi pánico.

“Así que me sentí tranquilo, cumplí la comisión del abate Maucombe. ¡Con qué sonrisa mundana examiné el negro manto al entregárselo al posadero! La alucinación se había disipado.

“El manto no me pareció ofrecer nada extraordinario ni aun de particular—si es que era muy viejo y estaba remendado, recosido, dobladillo con una especie de ternura enseñada. Una caridad profunda, sin duda, llevaba al abate Maucombe a dar en limosnas el precio de un manto nuevo: así me expliqué aquella pobreza.

—¡Está bien!—dijo el posadero: —el muchacho debe ir al pueblo dentro de un momento: llevará el manto a casa de M. Maucombe y lo dejará allí dentro de dos horas.

“Una hora después, en mi vagón, los pies sobre el calentador, envuelto en mi hopalanda reconquistada, me decía encendiendo un buen cigarro y escuchando el ruido del silbido de la locomotora:

—Decididamente, prefiero mejor este graznido a aquel de los cuervos.

“Lamentaba un poco, debo confesarlo, haber prometido volver.

“Más allá me dormí, al fin, con un buen sueño, olvidando completamente lo que recordaría en lo sucesivo por una insignificante coincidencia.

Los dos comerciantes

Un pobre comerciante, preparándose para emprender un viaje, dejó todo cuanto poseía depositado, para que se lo guardara, en casa de un colega rico.

Cuando volvió fué donde el depositario con la intención de recoger su mercancía.

Pero el rico todo lo había vendido, y para salir de apuros, le dijo:

—Tu mercancía se ha estropeado.

—¡Cómo!

—Habíala amontonado en el desván, donde hay muchos ratones, y éstos han roído todo el hierro. Yo los ví: si no quieres creerme, ven a juzgar tú mismo.

El comerciante pobre no discutió: sencillamente dijo:

—No hace falta mirar; lo creo. Para lo sucesivo sé que los ratones comen hierro... ¡Adiós!

Y se marchó.

En la calle vió a un muchacho que jugaba; era el hijo del comerciante rico; le acarició, cogiólo en sus brazos y se le llevó a su casa.

Al siguiente día, el comerciante pobre supo de labios del rico la desgracia que a éste le ocurría; oyó cómo le explicaba que le habían robado su hijo, y como le preguntara si algo había oído respecto al caso, el pobre respondió:

—En efecto, cuando ayer salía de tu casa, ví que un gavilán apoderábase de tu hijo y se lo llevaba.

El rico se enfadó y le dijo:

—¿No te da vergüenza burlarte de mí? ¿Alguien vió jamás a un gavilán llevarse a un niño?

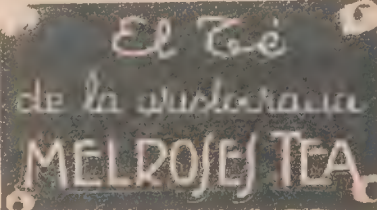
—No, no me burlo. Poco puede sorprender que un gavilán se lleve a un niño, en estos tiempos que los ratones comen hierro... ¡Todo puede ocurrir!

Comprendió entonces el rico.

—No, — dijo al pobre. — Los ratones no se comieron tu hierro. Le vendí yo, y hoy te volveré el doble de su valor.

—En ese caso, el gavilán no se llevó a tu hijo, y voy a devolvértelo.

LEON TOLSTOY



“Debía detenerme seis días en Chartres para recoger algunos documentos que llevaría a una conclusión favorable nuestro proceso.

“Al fin, el espíritu obsesionado por el pleito—y bajo el abatimiento de mi maligno hastío,—volví a París la noche justa del séptimo día de mi salida del presbiterio.

“Llegué directamente a mi casa, sobre las nueve. Subí. Encontré a mi padre en el salón. Estaba sentado por un lámpara. Tenía una carta do cerca de un velador iluminado abierta en la mano.

“Después de las primeras palabras de bienvenida me dijo:

—¡Tú no sabes, estoy seguro, qué noticia me dan en esta carta! Nuestro viejo amigo el abate Maucombe, ha muerto después de tu partida.

Al oír estas palabras me poseyó una extraña conmoción.

—Pero, ¿es posible?—respondí.

—Sí, muerto anteayer a media noche. Tres días después de tu salida del presbiterio. Cogió frío en la carretera. Esta carta es de la vieja Nanón. La pobre mujer parece tener la cabeza tan perdida, que repite dos veces una frase... singular... a propósito de cierto manto... ¡Léela tú mismo!

“Y me tendió la carta en que la muerte del santo sacerdote nos era anunciada, y donde lei estas sencillas líneas:

“Se sintió feliz—eran las últimas palabras de la carta—porque estaba envuelto, al dar el postrer suspiro, por el manto que había traído de su peregrinación a Tierra santa, y que había tocado la tumba”.

Durante mil años, la historia de Kohinoor constituye una novela trágica. La posesión de esta maravillosa piedra ha sido acompañada casi infaliblemente de desgracias para su dueño; más a pesar de ello, siempre fué codiciada. La mala sombra que la acompaña le fué dada, sin duda, por Krishna cuando el audaz jefe del Delhi se la arrebató al Dios que era su dueño primitivo según afirma la leyenda.

Por robo y jamás por herencia, pasó de mano en mano hasta que en 1526 empezó a figurar en las crónicas del imperio del Gran Mogol y en la historia.

Después de la tragedia, ha sido casi siempre compañera inseparable del célebre diamante.

Baber, el fundador del imperio, encargó a su hijo Humayun que se apoderase de las ciudades de Agra y Delhi, donde estaban los tesoros en que figuraba el Kohinoor ya fa-

Las tragedias del diamante

Kohinoor

moso por haber pertenecido al célebre sultán Alá-ed-Din, el Aladino de los cuentos de las “Mil y Una Noches”, el de la Lámpara Maravillosa. Tanto excitó la concupiscencia de Humayun que decidió robárselo a su padre y así lo verificó dos años después; pero descubierto, se vió obligado a devolverlo. Su padre le castigó severamente y le tuvo alejado de su favor hasta que, habiendo enfermado gravemente el joven, los sabios de su reino le aconsejaron que hiciera sacrificio del “gran diamante” como entonces se le llamaba, para salvar la vida de su hijo.

El emperador se negó a ello, y entonces ocurrió una cosa extraordinaria: el joven sanó rápidamente como por milagro y el emperador enfermó de fiebre y murió a los pocos días.

La primera noticia que se tuvo en Europa del valor de esta piedra, fué cuando la visita del embajador, inglés a la corte del emperador Yehangir.

El nieto de Yehangir por apoderarse de la célebre joya arrebató el reino de su padre y le tuvo metido en un calabozo con su hija favorita durante siete años.

Sucedíole Alum, el cual murió asesinado. Su sucesor perdió el trono y murió también violentamente a los pocos meses.

Feruk, que ciñó después la corona sufrió igual suerte.

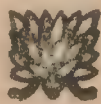
Nadir fué uno de los hombres más notables del Oriente.

Por aquel tiempo, Tampas, el rey de Persia, cuyo padre había sido destronado por los afganes, andaba en lucha con ellos. Nadir le ofreció su apoyo y tan grandes ser-

vicios le prestó, que llegó a ser el personaje más importante de la corte; poco después destronaba al débil Tampas y subía al trono, apoderándose del diamante que le llevó mala sombra también, pues Nadir fué asesinado.

Después de varias vicisitudes, el diamante cayó en manos del Sha Roman, el cual fué destronado, dejado ciego y robado de sus tesoros por su hermano. Más tarde, los ingleses obligaron al Sha reinante a convertirse en súbdito inglés y a entregar todos sus tesoros, incluso el famoso diamante.

Algunos años después, decidióse tallarlo para darle forma moderna. Encargóse material especial; fué de Amsterdam a Londres el tallista más famoso de su tiempo y las primeras vueltas del torno fueron dadas por el príncipe consorte y por el duque de Wellington.



Fué el padre de Doria quien inventó el número de "Guillermo Tell" en el circo de su propiedad. Se le ocurrió viendo a Doria, que entonces tenía diez y seis años, disparar con un rifle de juguete en el centro de un viejo blanco.

—Dora tiene buena puntería—dijo Papá Bryan pensativo.

Todos le llamaban "Papá Bryan", no como un apodo carifoso, sino como señal de respeto, un respeto basado en el miedo. Todo el circo temblaba ante él, y Doria, su hija, huérfana de madre, más que nadie. Porque Papá Bryan no tenía escrúpulos. No vacilaba ante nada y exigía de sus empleados la mayor suma de trabajos, vigilando que se hiciera. En la pared de madera de su carretón había colgado un látigo de cafre y Papá Bryan no era lero para usarlo. ¿Qué importaba? Era el mejor sistema de enseñanza. Dos años antes, cuando Papá se estrujaba el cerebro pensando en una atracción para su circo, fué que reparó en la habilidad de Doria, como tiradora.

El circo atravesaba una mala época. El cinematógrafo le hacía una competencia ruinosa, y las diversiones rivales eran muchas y buenas. Papá comprendía la necesidad de algo nuevo, algo más que el clown, los acróbatas y la ecuyere. Papá frunció las cejas y, desde los escalones de la carreta, llamó a Doria:

—¡Ven aquí! — le dijo.

Ella acudió intimada. Le tenía miedo intuitivamente, porque la carne blanca y firme de sus brazos llevaba las marcas azuladas de sus dedos. El le indicó el rifle que estaba sobre la tarima y le señaló la última hoja, marchita por el otoño, que temblaba en un fresno a pocos metros.

—¡Tira. — le ordenó.

La muchacha alzó el arma apoyando su rubia cabeza en la culata, tomó puntería... Se oyó una brusca detonación, y la hoja amarilla quedó reducida a polvo, mientras el tallo que la sostenía permanecía intacto.

—¡Ah! — dijo Papá Bryan, y se golpeó el pecho con satisfacción.

La sometió a una prueba final, con un naipe; y luego, esa misma semana, su debut fué anunciado con grandes letras rojas.

En el centro de la pista, que había conocido desde que era un bebé, tenía que tirar a una manzana, colocada sobre la cabeza de Salvador, uno de los acróbatas más jóvenes. La manzana saltó en mil fragmentos, pero ni un solo cabello del muchacho fué tocado. El público estalló en estrepitosos aplausos. Papá Bryan, como director del circo, de pie con su brillante galea de felpa y armado de un gran látigo, achicaba sus oblicuos ojos y miraba astutamente en torno suyo. Su idea había tenido éxito completo.

Tres meses después se les unió Gustavo. Poseía este osos amaestrados, pobres y pacientes brutos, obligados a llevar sombreros ridículos y a bailar y luchar según el antojo de Gustavo. Los infelices animales habían sido enseñados a fuerza de crueldad y trabajaban, en medio de clamorosos aplausos, con los hocicos levantados en una especie de muda súplica. Sabían que era mejor que rebelarse. Al principio habían tratado de escapar; pero Gustavo y su látigo no conocían piedad. Doria vió por vez primera al nuevo titiritero, como

VENGANZA RÁPIDA

Por Ursula Bloom

una brillante figura, vestido de verde y lentejuelas, recostado en la jaula de sus osos. Sus ojos, al fijarse en Doria y en su dulce belleza, se volvieron codiciosos.

Pero la niña tuvo miedo.

Trató de esconderse detrás de la carreta; pero Gustavo la siguió.

—¿Eres la hija del patrón? — le preguntó:

—Sí.

Los ojos asustados de la muchacha se fijaron en los oscuros de él.

—Y una hija de la que puede estar orgulloso.

Con un dedo acarició uno de los rubios bucles de la niña, que habiéndose soltado de la corona de rosas que los ceñían, caían sobre su blanca frente.

Rápidamente él la besó. Pero Doria se escapó de sus brazos y corrió a los de Salvador. Hasta en-

tonces no se había dado cuenta de lo que el acróbata era para ella. Sólo conocía su bondad, su tierno afecto y tranquila admiración. Ahora reclinó su enojado rostro en su pecho.

—¡Me ha besado! — exclamó jadeante.

El sintió un temblor de resentimiento y la estrechó, con ademán protector, entre sus brazos, al acercarse Gustavo, que venía persiguiéndola, furioso.

—¡Bruto! — dijo Salvador entre dientes.

—No es cuenta tuya — dijo Gustavo, cuyos ojos relampagueaban. — Tú... tú eres un miserable comparsa, en tanto que yo soy un as de la compañía. ¡Dame la muchacha!

—¡Nunca! — contestó Salvador.

—Entonces te la quitaré.

En aquel instante Salvador extendió su brazo, y su puño cayó formidable sobre la mandíbula del otro. Gustavo cayó contra las chilonas ruedas del carretón, murmurando y frotándose con la mano la parte dolorida. Cuando se recobró dijo que iba a contárselo enseguida a Papá Bryan.

Mientras se dirigía a cumplir su amenaza a la gran tienda donde rezonaban ya los acordes de la banda anunciando que iba a empezar la función, la pequeña Colombina rubia se acurrucó en los escalones, a los pies de Salvador.

—¡Papá me matará! — murmuró.

—¡Bruto! ¡Y no puedo hacer nada para salvarte!

—Nadie puede salvarme.

—Excepto tu marido. ¡Oh, Doria, si pudiéramos casarnos! No soy más que un pobre acróbata, indigno de tí; demasiado pobre. Nada puedo ofrecerte.

Ella le rodeó carifosamente el cuello con los brazos.

—Amor... — murmuró. — ¿Y no es esto lo más grande que hay en la vida?

Levantó su rostro ansioso hasta el de Salvador; y éste, tomándola entre sus manos, como si fuera algo sagrado, bajó su boca, hasta la de ella y le dió un suave y tierno beso.

—¡Te amo, Doria! — contestó. Y te amaré siempre. Aunque los hombres puedan separarnos, yo seré tuyo hasta el fin de mi vida.

—Yo también te amo — le dijo ella.

Así empeñaron su fe, entre los brillantes oropeles que los rodeaban, a los discordantes sonos de la banda que llegaba desde la carpa, que a veces vibraba con los aplausos y gritos entusiastas del público. Era aquello un sueño, un hermoso sueño, del que fueron despertados por la aproximación de Papá Bryan y de Gustavo.

—¡Lo amo! — dijo Doria, muy pálida pero resuelta.

Estaba en la carreta, frente a su padre, detrás del cual veía a Gustavo contemplándola con sus malvados ojos y su burlona sonrisa.

Salvador había rodado de un golpe contra las telas harapientas que envolvían los cubos amarillos de las ruedas.

—¿Qué es lo que dices?

—Que lo amo. Que deseo casarme con él.

Su padre rió, con risa fea y siniestra, enseñándole el puño.

—¡Oye, niña! No puedes amar

Las manos de las madres

Del libro en preparación "Felicidad" (versos a mi hijo Rubén Amado y otros poemas)

I

Una bendición
toda corazón,
temblando en los labios, flotando en la vida,
como la caricia que jamás se olvida;

debemos decir,
debemos sentir
devotos poetas, mis nobles hermanos,
por las maternales manos, milagrosas manos!

Una bendición
llena de emoción,
para que los hombres que su amor dividen,
una vez sentida, ya nunca la olviden!

II

Himno superior,
música mayor
sonando en la lira de los ideales
en honor de todas las manos triunfales,

que supieron ser
como un florecer
de tiernas caricias, de ricas venturas,
en los cuerpos blancos de las criaturas!

III

Decir: ¡Oh señor,
derrocha tu amor
en flores de besos, por todas las manos,
maternas que brindan mimos soberanos!

¡Oh virtud triunfal
de la madre ideal,
cuyas santas manos son las iniciales
de un amor eterno sobre los pañales!

Manos del amor
que enjoyó el dolor
superior a todos los hondos dolores!
Manos de las madres, manos superiores!

Una bendición
toda corazón
para las supremas manos hacendosas
de las buenas madres, las únicas diosas!

RICARDO M. LLANES.

y casarte con quien quieras. ¡Un acróbata sin un céntimo, que se pasa la vida balanceándose en un trapecio por un salario de quince chelines por semana! Aquí tienes a Gustavo, chiquilla: un artista, con cuatro osos y carro propio, que quiere casarse contigo.

—Pero yo no quiero casarme con él.

Los miró tranquila, pálida hasta los labios.

—No soy un pedazo de palo — continuó — a quien puedes colocar como te plazca. Soy una mujer, y me casaré con el que elija. He elegido a Salvador y no quiero a ningún otro.

Su padre cerró los ojos como si no pudiera creer que Doria osara desafiarlo. Gustavo avanzó, mirándola fijamente; pero ella no se acobardó.

—Tengo mucho que ofrecerte — dijo.

Los ojos de Doria lo miraron indignados.

—¿Mucho que ofrecerte? — se burló —. ¿Su negro corazón y su feo rostro? ¿Cuatro osos gordos, que usted maneja con el látigo y el terror, y una carreta para apresar mi alma? ¿Cree usted que iré a su prisión? No... ni por cien Gustavos, ni por cuarenta osos. ¡Nunca! Lo juro: ¡nunca!

Ambos hombres comprendieron que lo haría como pensaba. Moriría antes de ceder.

Entonces empezó la lucha, una lucha horrible, mortal. No se les permitía hablarse a ella y a Salvador. Representaban el número de "Guillermo Tell"; pero sólo en ese corto espacio de tiempo se veían. Sin embargo, sus corazones permanecían fieles.

Salvador economizaba moneda sobre moneda. Y finalmente la suerte le ofreció una oportunidad. El viejo clown murió repentinamente, y su mujer vendía por poco dinero la carreta. Salvador, que había economizado una regular suma pasando hasta hambre, la compró. Era la casa para ella. Un día las ruedas chillonas seguirían el camino del romance. El camino del amor y de la felicidad.

El resto de la compañía se burlaba de él. Que se rieran. Un día, si la suerte lo acompañaba, se casaría con Doria. Y entonces no reirían: se pondrían verdes de envidia.

Pasaron las semanas. El tiempo parecía una eternidad a Salvador y a Doria, y también a Gustavo. Estaba preparado para casarse con ella en cualquier momento, y no concebía que una muchacha pudiera rechazarlo, especialmente porque poseía un lindo carro y cuatro osos gordos. Empezó a odiar a Salvador, que tenía aquellos tiernos ojos oscuros y la piel dorada por los besos del sol. Le asaltaban horribles pensamientos cuando soñaba con su rival por la noche. Tenía ideas siniestras. ¿Si el rifle de Doria, en vez de ser cargado con una sola bala, lo fuese con munición? Al principio rechazó la idea, comprendiendo que aquello sería un asesinato. Pero luego volvió a ella insistentemente. Sería un simple accidente lamentable; nadie lo sabría. Salvador que daría apartado de su camino para siempre. Doria, con toda probabilidad se volvería a Gustavo, como acostumbraban las mujeres cuyo amado muere. Se volvería a él en busca de consuelo y simpatía. Después lo demás sería muy sencillo.

Gustavo empezaba a encontrar la vida demasiado complicada. Papá Bryan era de un humor insufrible. No podía obligar a Doria a pensar como él y ni las amenazas ni los castigos surtían efecto. Para consolarse de su derrota empezó a beber, mucho y muy frecuentemente. Y cuando estaba ebrio ya no sólo reñía con los dos objetos de su cólera, Doria y Salvador, sino con Gustavo. Le había prometido al dueño de los osos obligar a su hija, obedecerle, y no po-

ra no vaciló. En un momento quitó la única bala de la recámara y reemplazó por un cartucho, con su devastadora carga de munición.

Gustavo se escurrió en la sombra, contento. Su momentánea vergüenza había sido reemplazada por una súbita sensación de victoria inminente. Era su "vendetta", una rápida "vendetta". El tenía el as en aquel juego del amor en que los cuatro estaban comprometidos.

Su número venía primero. Lo desempeñó con más maestría que

ro. ¡Maldito sea! No puede bajar esta noche.

Papá Bryan contempla fijamente a Gustavo.

—Tú tendrás que tomar su lugar.

—¿El qué?... ¿Yo?...

—Sí, naturalmente. Es bastante simple romper una manzana sobre tu cabeza. — Los labios de Papá se fruncieron con enojo.

—No temas, hombre que no te harán daño.

El cobarde corazón de Gustavo desfalleció. La escopeta estaba cargada con muchos balines en lugar de uno solo. Eso significaba la muerte. Retrocedió como un perrito azotado.

—¡No quiero hacer eso!

Un juramento se escapó de los labios de Papá Bryan.

—¿No quieres? — repitió con desdenosa burla. — ¿Tienes miedo de tu feo pellejo? ¿Miedo de una chiquilla con una escopeta? Pues yo te obligaré.

—La escopeta está cargada con un cartucho, le dijo.

—La cargué yo mismo — dijo Papá áspicamente. Pronto verás si está cargada con cartucho cuando estés al otro extremo de ella.

No había más remedio que la muerte o la confesión. Gustavo eligió la menos peligrosa de las dos. No le importó que Doria, una visión de tul rosado y cabellos de oro, estuviera junto a ellos; fué bastante para él ver que tomaba en sus pequeñas manos el arma destructora.

—¡Ya lo sé! — gritó. — Pensé en Salvador... Creí que se atribuiría un accidente. Yo cambié la carga...

Señalaba con tembloroso dedo la escopeta.

Con otro juramento. Papá Bryan arrebató la escopeta de las manos de Doria. Estaba demasiado borracho para pensar. Sea que la manejara descuidadamente, o lo que fuere, nadie lo supo nunca. Se vió un fogonazo y se oyó una terrible detonación. Cuando el humo se disipó y mientras el acre olor de la pólvora estaba aún en las narices de los espectadores, vieron a Gustavo en el suelo.

Lo que cabe en un grano de arroz

El señor Cheik Nassib Makarim, de Beirut, ha enviado a la exposición de Valencia un grano de arroz, en el cual ha escrito las primeras sesenta y nueve palabras del primer capítulo del "Quijote" en castellano — idioma que no conoce. — dibujando, además, en tan reducido espacio, el mapa de España y Portugal.

Esta labor admirable de paciencia la ha realizado dicho señor sin valerse de ningún instrumento de óptica, y si algún lector de la clase de incrédulos abrigase alguna duda, está dispuesto a trazar en otro grano de arroz del mismo tamaño las inscripciones o figuras que se le indiquen... por el precio de diez mil francos.

Los "aparte" en el teatro

Nuestros dramaturgos estarán convencidos de que la supresión de los "aparte" en las obras dramáticas, es una innovación moderna. Nada más errónea, como se verá leyendo la siguiente anécdota, que traducimos de la vida de Jean de la Fontaine, escrita por el miembro del Instituto de Francia, señor Walckenaer, y que encabeza la hermosa edición de las fábulas de aquel, hecha por Nepveu en 1821, es decir, hace poco más de un siglo.

Sabido es que el insigne fabulista nació en Chateau-Thierry, en 1621 habiendo sido su educación primaria bastante descuidada.

Y ahora al grano:

"Cuando La Fontaine — dice el señor Walckenaer — se hallaba en tren de discusión, era tan difícil interrumpir la ilación de sus ideas como el sacarlo de su letargo aparente, cuando estaba sumido en sus meditaciones.

En uno y otro caso quedaba insensible al ruido de los discursos que se hacían en torno suyo. Durante una comida en que tomó parte con Moliere y Boileau-Déspréaux, se entabló una discusión sobre el género dramático. La Fontaine condenó los "aparte". "Nada, dijo él, es tan contrario al buen sentido ¡Cómo la platea oirá aquello que no oye un actor, por más que esté al lado del que habla!"

Como fuera exaltándose para sostener su opinión, siendo imposible interrumpirle ni hacer la menor objeción. Boileau se puso a decir en alta voz, mientras seguía hablando La Fontaine: "Es preciso que La Fontaine sea un gran pillo, un gran pelafustan... y repetía "un pelafustán..." sin que La Fontaine cesara de disertar sobre el tema. Por fin, todos largaron una carcajada, preguntando entonces el fabulista: "¿de qué se ríen ustedes?"

—¡Cómo, replicó Déspréaux, sin poder contener la hilaridad, hace rato que me canso injuriándole a gritos y usted no me oye, por más que yo me halle a su lado, casi tocándolo, y usted se muestra sorprendido porque un actor, en las tablas, no oiga un "aparte" que otro actor dice al lado de él!..."

Ya ve el lector que la cuestión ha sido tratada hace un buen rato poco menos de tres siglos.

¡No hay nada nuevo bajo el sol!

día cumplir su palabra. Gustavo se reía de él, y por esa razón Papá Bryan lo odiaba secretamente.

¿Y si la escopeta de Doria fuera cargada con un cartucho? Nuevamente volvía la idea. Era la manera más simple, porque la violencia no obligaría nunca a la niña a casarse con él.

La oportunidad se ofreció a Gustavo. Asaltóle la tentación en un instante de debilidad. Un momento antes de empezar la función de la noche encontró la escopeta y la manzana sobre un cofre, a la entrada de la carpa. No era más que cosa de un segundo, porque Gustavo había comprado cartuchos unas semanas antes, cediendo a una repentina tentación y diciéndose que no iría más adelante. Pero aho-

de costumbre. Los cuatro osos gordos bailaron y lucharon, dieron torpes volteretas a su voz de mando. Usaba menos el látigo y el cruel agitación. Se sentía menos irritado contra la vida. Podía ser bondadoso con ellos. ¿Acaso no estaba cercano su triunfo? Ensayaba dentro de sí el pequeño discurso de simpatía que dirigiría a Doria. Encerró los osos en su jaula y volvió a la pista. La sonrisa de sus labios era siniestra. Papá Bryan fué a su encuentro, y fácilmente donóció Gustavo que el director estaba ebrio.

—Ese estúpido de Salvador se ha caído y se ha lastimado — dijo Bryan.

—¿Cómo?

—Rodó de la escalera de su ca-

Tendría yo, el tradicionalista, de trece a catorce años, y era alumno en un colegio de instrucción preparatoria.

Entre mis condiscípulos había un niño de la misma edad, hijo único de don Juan Weniger, propietario de dos valiosos almacenes de calzado en la calle de Plateros de San Agustín. Alejandro, que así se llamaba mi colega, excelente muchacho, que, corriendo los tiempos, murió en la clase de capitán en una de nuestras desastrosas batallas civiles, simpatizaba mucho conmigo, y en los días festivos acostumbrábamos "mataperrear" juntos.

Alejandro era alumno interno y pasaba los domingos en casa de su padre, alemán, huraño de carácter, y en cuyo domicilio, al que yo iba con frecuencia en busca de mi compañero, nunca vi ni sombra de faldas. En mi concepto, Alejandro era huérfano de madre.

Como en ningún colegio faltan espíritus precoces para la malidicencia, en una de esas frecuentes contiendas escolares trabóse Alejandro de palabras con otro chico; y éste, con aire de quien lanza abrumadora injuria, le gritó:—¡Cállate, "¡protector!" Alejandro, que era algo vigoroso, selló la boca de su adversario con tan rudo puñetazo, que le rompió un diente.

Confieso, que en mi frivolidad semi-infantil no paré mientes en la palabra, ni la estimé injuriosa. Verdad, también, que yo ignoraba su significación y alcance, y aun sospecho que a la mayoría de mis compañeros les pasó lo mismo.

¡Protector! ¡Protector!—murmurábamos.—¿Por qué se habrá "afrolado" tanto este muchacho?

La verdad era, que por tal palabra, ninguno de nosotros habría hecho escupir sangre a un colega. En fin, cada cual tiene el genio que Dios le ha dado.

Una tarde dijo Alejandro:

—Ven, quiero presentarte a mi madre.

Y, en efecto, me condujo a los altos del edificio en que está situada la Biblioteca Nacional, y cuyo director, que lo era por entonces el ilustre Vigil, concedía habitación gratuita a tres o cuatro familias que había venido a menos.

En un departamento compuesto de dos cuartos vivía la madre de mi amigo. Era ella, una señora que frisaba en los cincuenta, de muy simpática fisonomía, delgada, de mediana estatura, color casi alabastrino, ojos azules y expresivos, boca pequeña y manos delicadas. Veinte años atrás, debió haber sido mujer seductora por su belleza y gracia, y trabucado el seso a muchos varones en ejercicio de su varinía.

Se apoyaba para andar en una muleta con pretensiones de bastón. Rengueaba ligeramente.

Su conversación era entretenida y no escasa de chistes limeños, si bien, a veces me parecía presuntuosa por lo de rebuscar palabras cultas.

Tal era en 1846 ó 47, años en que la conocí, la mujer que en la crónica casera de la época de la independencia fué bautizada con el apodo de "la Protectora", y cuya monografía voy a hacer a la ligera.

Rosita Campusano nació en Guayaquil en 1798. Aunque hija de familia que ocupaba modesta posición, sus padres se esmeraron en educarla, y a los quince años bai-

La protectora y la libertadora

Por Ricardo Palma

laba como una almea de Oriente, cantaba como una sirena y tocaba en el clavecín y en la vihuela todas las canciones del repertorio musical a la moda. Con estos atractivos, unidos a la de su personal belleza y juventud, es claro

la amase con todo el amor del alma, ser la querida de un hombre opulento que, por vanidad, la estimase como valiosa joya. No quiso lucir percal y una flor en el peinado, sino vestir seda y terciopelo y deslumbrar con diadema de



—¿Era usted muy amigo del difunto?
—Ni lo conocí! Pero se conceden indulgencias a los que venimos, y algo se pesca.

que el número de sus enamorados tenía que ser como el de las estrellas, infinito.

La niña ambiciosa y soñadora, con lo que está dicho que después de cumplidas las diez y ocho primavera prefirió a ser la esposa de un hombre pobre de fortuna que

perlas y brillantes.

En 1817 llegó a Lima la Rosita en compañía de su amante, acaudalado español que barbeaba medio siglo, y cuyo goce era rodear a su querida de todos los esplendores del lujo, y satisfacer sus caprichos y fantasías.

El ajedrez

Como es un juego noble y señorial apropiado a tu ingénita altivez jugamos gravemente al ajedrez en el salón severo y ancestral.

Ordenas, como experto general, las figuras chinescas, que, tal vez, al marfil comparable al de tu tez labró un paciente artífice oriental.

Y si acaso me miras con fijeza cuando hacen avanzar alguna pieza tus dedos enjorjados y sutiles

ponen, con la rudeza de su ataque, a mi rendido corazón en jaque tus negros ojos como dos alfiles.

ENRIQUE DIEZ CANEDO

En breve, los elegantes salones de la Campusano, en la calle de San Marcelo, fueron el centro de la juventud dorada. Los condes de la Vega, del Ren y de San Juan de Luringancho, el marqués de Villafuerte, el vizconde de San Donás y otros títulos partidarios de la revolución; Boqui, el caraqueño Cortínez, Sánchez Carrión, Mariátegui y muchos caracterizados conspiradores en favor de la causa de la independencia, formaban la tertulia de Rosita, que con el entusiasmo febril con que las mujeres se apasionan de toda idea grandiosa, se hizo ardiente partidaria de "la patria".

Desde que San Martín desembarcó en Pisco, doña Rosa, que a la sazón tenía por amante oficial al general D. Domingo Tristán, entabló activa correspondencia con el agregado argentino. Tristán y La Mar, que era otro de los apasionados por la gentil dama, servían aun bajo la bandera del rey, y acaso tuvieron en presencia de la joven expansiones políticas que ella explotara en provecho de la causa de sus simpatías. Decíase también que el virrey La-Serna quemaba el incienso del galanteo ante la linda guayaquileña, y que no pocos secretos planes de los realistas pasaron así desde la casa de doña Rosa hasta el campamento de los patriotas en Huaura.

Don Tomás Heres, prestigioso capitán del batallón Numancia, instado por dos de sus amigos, sacerdotes oratorianos, para afiliarse en la buena causa, se manifestaba irresoluto. Los encantos de doña Rosa acabaron de decirlo, y el Numancia fuente de 900 plazas, pasó a incorporarse entre las tropas republicanas. La causa de España en el Perú quedó desde ese momento herida de muerte.

En una revolución que, a principios del año 1821, debió encabezar en la fortaleza del Callao, el comandante del batallón Cantabria, don Juan Santalla, fué doña Rosa la encargada de poner a este jefe en relación con los patriotas. Pero Santalla, que era un barbarote de tan hercúleo vigor que con solo tres dedos doblaba un peso fuerte, arrepintió en el momento preciso, y rompió con sus amigos, poniendo la trama en conocimiento del virrey, si bien tuvo la hidalguía de no denunciar a ninguno de los complicados.

San Martín, antagónico en esto a su ministro Monteagudo y al libertador Bolívar, no dió en Lima motivo de escándalo por aventuras mujeriegas. Sus relaciones con la Campusano fueron de tapadillo. Jamás se le vió en público con su querida; pero como nada hay oculto bajo el sol, algo debió traslucirse, y la heroína quedó bautizada con el sobre nombre de "La Protectora".

Organizada ya la Orden del Sol San Martín, por decreto del 11 de Enero de 1822, creó ciento doce "caballeresas" seglares y treinta y dos "caballeresas" monjas, escogidas entre las más notables de los trece monasterio de Lima. Entre las primeras se encontraron las condesas de San Isidro y de la Vega, y las marquesas de Torre-Tagle, Casa Boza, Castellón y Casa Muñoz.

El viajero Estevenson, que fué secretario de lord Cochrane, y que como tal participaba del escono de su jefe contra San Martín, cri-

tica en el tomo III de su curiosa y entretenida obra impresa en Londres en 1829, "Historical and descriptive narrative of twenty years residence in South America", que el Protector hubiera investido a su "favorita" la Campusano con la banda bicolor (blanco y rojo), distintivo de las caballerías. Esta banda llevaba en letras de oro la inscripción siguiente: "Al patriotismo de las más sensibles". Párese que, en los albores de la independencia, la "sensibilidad" estuvo muy a la moda.

Sin discurrir sobre la conveniencia o inconveniencia de la creación de una orden inmemorial, y atendiendo únicamente al hecho, encuentro injusta la crítica de Stevenson. Es seguro que a ninguna de las caballerías debió la causa libertadora servicios de tanta magnitud como los prestados por doña Rosa. En la hora de la recompensa de los honores, no era lícito agravarla con ingrato olvido.

Con el alejamiento de San Martín de la vida pública se eclipsa también la estrella de doña Rosa Campusano. Con Bolívar debía lucir otro astro femenino.

Posteriormente, y cuando los años, y acaso las decepciones habían marchitado a la mujer y traído a condición estrecha de recursos para la vida, el Congreso del Perú asignó a la caballera de la Orden del Sol una modesta pensión.

La "Protectora" murió en Lima por los años de 1858 a 1860.

II

DOÑA MANUELA SAENZ

El puerto de Paíta, por los años de 1856, en que era yo contador a bordo de la corbeta de guerra "Lca" no era, con toda la mansedumbre de su bahía y excelentes condiciones sanitarias, muy alagüeña estación naval para los oficiales de marina. La sociedad de familias con quienes relacionarse decorosamente era reducidísima. En cambio, para el burdo marinerío Paíta, con su barrio de "Maintope", habitado una puerta sí y otra también por proveedoras de hospitalidad (barata por el momento, pero carísimas después por las consecuencias), era otro paraíso de Mahoma, complementando con los nauseabundos guisotes de la fonda o cocinera de don José Chepito, personaje de inmortal renombre de Paíta.

De mí sé decir que rara vez desembarcaba, prefiriendo permanecer a bordo entretenido con un libro o con la charla jovial de mis camaradas de nave.

Una tarde, en unión de un joven francés dependiente de comercio, paseaba por calles que eran verdaderos arenales. Mi compañero se detuvo a inmediaciones de la iglesia, y me dijo:

—¿Quiere usted, D. Ricardo, conocer lo mejorcito que hay en Paíta? me encargo de presentarlo, y le aseguro que será bien recibido.

Ocurrióme que se trataba de hacerme conocer alguna linda muchacha; y como a los venticinco años el alma se retona y el cuerpo pide jarana, contesté sin vacilar:

—Pues, "en route, mon cher".

Avanzamos media cuadra de camino, y mi "cicerone" y yo nos detuvimos a la puerta de una casita de hombre a la arriencia. Los muebles de la sala no desdecían en

pobreza. Un ancho sillón de cuero con rodaje y manizuela, y vecino a este un escaño de roble con cojines forrados en lienzo; gran mesa cuadrada, en el centro; una docena de sillas de estera, de las que algunas pedían inmediato reemplazo; en un extremo, tosco armario con platos y útiles de comedor, y en opuesto una cómoda hamaca de Guayaquil.

En el sillón de ruedas, y con la majestad de una reina sobre su trono, estaba una anciana que me me pareció representar sesenta años a lo sumo. Vestía pobremente, pero con aseo; y bien se adivinaba que ese cuerpo había usado, en mejores tiempos, gro, raso, y terciopelo.

Era una señora abundante de carne, ojos negros y animadísimo en los que parecía reconcentrado el resto de fuego vital que aún le quedaba, cara redonda y mano aristocrática.

—Mi señora doña Manuela—dijo mi acompañante—presento a usted a este joven marino y poeta, porque sé que tendrá usted gusto en hablar con él de versos.

—Sea usted, señor poeta, bien venido a esta su pobre casa—contestó la anciana, dirigiéndose a mí con un tono tal de distinción, que me hizo sentir a la dama que había vivido en alta esfera social.

Y con ademán llena de cortesana naturalidad, me brindó asiento.

Nuestra conversación, en esa tarde, fué estrictamente ceremoniosa. En el acento de la señora había algo de la mujer superior acostumbrada al mando y a hacer su voluntad. Era un perfecto tipo de la mujer altiva. Su palabra era fácil correcta y nada presuntuosa, dominando en ella la ironía.

Desde aquella tarde encontré en Paíta un atractivo, y nunca fui a tierra sin pasar una horita de sa-

brosa plática con doña Manuela Sáenz. Recuerdo también que casi siempre agasajaba con dulces hechos por ella misma en un braserito de hierro que se hacía colocar cerca del sillón.

La pobre señora hacía muchos años que se encontraba tullida. Una fiel criada la vestía y desnudaba, la sentaba en el sillón de ruedas y la conducía a la salita.

Cuando yo llevaba la conversación al terreno de las reminiscencias históricas, cuando pretendía obtener de doña Manuela confidencias sobre Bolívar y Sucre, San Martín y Monteagudo, u otros personajes a quien ella había conocido y tratado con llaneza, rehuía hábilmente la respuesta. No eran de su agrado las miradas retrospectivas, y aun sospecho que obedecía a calculado propósito al evitar toda charla sobre el pasado.

Desde que doña Manuela se estableció en Paíta, lo que fué en



No. 1) AROS A RESORTE

Oro 18 K. y Platino, 2 Brill. finos, 8 Diamantes 6 Perlas finas, Perlas "Nacarfine", \$ 150 — 125 — 95 — 85, con piedra imt. oro 18 K. \$ 35.

No. 2) AROS A RESORTE

Oro 18 K. y Platino, 2 Brillantes finos 4 Diamantes finos \$ 125 — 95 — 75 — 50, con piedra imt. oro 18 K. \$ 25.

No. 3) A SISTEMA O TORNILLO

Oro 18 K. y Platino, con Perlas "Nacarfine", 6

Diamantes finos, \$ 95 — 85 — 75 — 65, Piedra imt. oro 18 K. \$ 25.

No. 4) A SISTEMA O TORNILLO

Oro 18 K. y Platino, 4 Diamantes grandes, 10 diamantes chicos, Perla "Nacarfine" \$ 115 — 95 — 75 — 65, Piedras imt. oro 18 K. \$ 30.

No. 5) COLLAR PERLAS "NACARFINE", con rico

Broche plata fina, piedra fantasía \$ 50 — 40 — 30 — 25. Con Broche oro 18 K. y platino, diamantes finos desde \$ 200 hasta \$ 75.

Pidan Collarito para Nena \$ 10 son los más chic.

Las perlas "Nacarfine" son las que usan las damas más elegantes que saben comprar. Las perlas "Nacarfine" son las únicas que se confunden con las perlas finas, por su oriente perfecto y duración. Pídalas únicamente a la

Casa "Scarinci" - Florida 142

Privda. RELOJERIA LONGINES — Buenos Aires

Al efectuar su pedido cite Fray Mocho y tendrá el 10 o/o de Descuento. Los pedidos del Interior, sea por carta o por telegrama, son atendidos en el día. A los clientes del Interior concedemos el derecho de cambiar, si el artículo no fuera a satisfacción.

1850, si la memoria no me es ingrata, cuanto viajero de alguna ilustración o importancia pasaba en los vapores, bien con rumbo a Europa o con procedencia de ella, desembarcaba atraído por el deseo de conocer a la dama que logró encadenar a Bolívar. Al principio, doña Manuela recibió con agrado las visitas; pero comprendiendo en breve que era objeto de curiosidades impertinentes, resolvió admitir únicamente a personas que le fueran presentadas por sus amigos íntimos del vecindario.

Esbozemos ahora la biografía de nuestra amiga.

Doña Manuela Sáenz, perteneciente de familia de holgada posición, nació en Quito, en las postrimerías del pasado siglo, y se educó en un colegio de monjas de su ciudad natal. Era, en dos o tres años, mayor que su compatriota la guayaquileña Campusano. En 1817, contrajo matrimonio con D. Jaime Thorne, médico inglés, que pocos años más tarde vino a recaer en Lima, acompañado de su esposa.

No podré precisar la fecha en que, rota la armonía del matrimonio, por motivos que no me he empeñado en averiguar, regresó doña Manuela a Quito; pero debió ser a fines de 1822; pues entre las ciento doce caballerías de la Orden del Sol, figuraba la señora Sáenz de Thorne, que, indudablemente, fué una de las más exaltadas patriotas.

Después de la victoria de Pichincha, alcanzada por Sucre en Mayo del 22, llegó el Libertador a Quito, y en esa época principiaron sus relaciones con la bella Manuela, única mujer que, después de poseída, logró ejercer imperio sobre el sensual y voluble Bolívar.

Durante el primer año de permanencia del Libertador en el Perú, la Sáenz quedó en el Ecuador entregada por completo a la política. Fué entonces cuando, lanzada en riestre y a la cabeza de un escuadrón de caballería, sofocó un motín en la plaza y calles de Quito.

Poco antes de la batalla de Ayacucho se reunió doña Manuela con el Libertador, que se encontraba en Huaura.

Todos los generales del ejército, sin excluir a Sucre, y los hombres más prominentes de la época, tributaron a la Sáenz las mismas atenciones que habrían acordado a la esposa legítima del Libertador. Las señoras solamente eran esquivas para con la favorita; y ésta, por su parte, nada hacía para conquistarse simpática benevolencia entre los seres de su sexo.

Al regresar Bolívar a Colombia, quedó en Lima doña Manuela; pero cuando estalló en la división colombiana la revolución encabezada por Bustamante contra la vitalicia de Bolívar, revolución que halló eco en el Perú entero, la Sáenz penetró disfrazada de hombre, en uno de los cuarteles, con el propósito de reaccionar un batallón. Frustrado su intento, el nuevo Gobierno la intimó que se alejase del país y doña Manuela se puso en viaje hasta justarse con Bolívar en Bogotá. Allí Bolívar y su favorita llevaron vida íntima, vida enteramente conyugal; y la socie-

dad bogotana tuvo que hacerse de la vista gorda ante tamaño escándalo. La dama quiteña habitaba en el palacio de Gobierno con su amante.

La providencia reservaba a la Sáenz en papel de salvadora de la vida del Libertador, pues la noche en que los septembristas invadieron el palacio doña Manuela obligó a Bolívar a descolgarse por un balcón, y viéndolo ya salvo en la calle se encaró con los asesinos, deteniéndolos y extraviándolos en sus pesquisas, para ganar tiempo y que su amante se alejase del lugar del conflicto.

Corazón altamente generoso, obtuvo doña Manuela que Bolívar conmutase en destierro la pena de muerte que el consejo de guerra había impuesto entre otros de los revolucionarios, a dos que fueron los que más ultrajes la prodigaron. Bolívar se resistía a complacerla; pero su amada insistió enérgica-

mente, y de mala manera. Thorne, asociado con un señor Escobar, trabajaba en la hacienda de Huayto, sobre cuya propiedad mantuvo ruidoso litigio con el coronel D. Justo Herculles, que alegaba también derechos al fondo, como parte de su herencia materna. Una tarde de 1840 o 1841, en que Thorne, de bracete con una buena moza que lo consolaba probablemente de las ya rancias infidelidades de doña Manuela, paseaba por uno de los callejones de la hacienda, se echaron sobre él tres enmascarados y le dieron muerte a puñaladas. La voz pública (que con frecuencia se equivoca) acusó a Herculles de haber armado el brazo de los incógnitos asesinos. También Herculles concluyó trágicamente, uno o dos años más tarde; fué caudillo de una revolución contra el Gobierno del presidente general Vidal, y murió fusilado en Huaraz.

gullecía de ser mujer. Esta se preocupaba de la moda en el traje, y la otra vestía al gusto de la costurera. Doña Manuela usó siempre dos anillos de oro o de coral por pendiente, y la Campusano deslumbraba por la profusión de pedrería fina.

La primera, educada por monjas y en la austeridad de un claustro, era libre pensadora. La segunda, que pasó su infancia en medio de agitación social, era devota creyente.

Aquella dominaba sus nervios, conservándose serena y enérgica en medio de las balas y al frente de lanzas y espadas tintas en sangre o del afilado puñal de los asesinos. Esta sabía desmayarse o "dizforzarse", como todos esos seres preciosos y engeñados, que estilan vestirse por la cabeza, ante el graznar fatídico del buho o la carrera de asustadísimo ratoncillo.

La Campusano perfumaba su pañuelo con los más exquisitos extractos ingleses. La otra usaba la humbruna agua de verbena.

Hasta en sus gustos literarios había completa oposición.

Cuando se restableció el absolutismo y con él la Inquisición, porque turbas estúpidas y embriagadas rodeaban en Madrid la carroza en que se pavoneaba Fernando VII, y a los gritos de "¡viva el rey! ¡vivan las cadenas!", y el monarca con aire socarrón les contestaba: "¿queréis cadenas, hijitos?, pues tranquilizaos, que se os complacerá a pedir de boca", el nombre de Rosa Campusano figuró en el registro secreto del Santo Oficio de Lima, por lectora de "Eloísa y Abelardo" y de libritos pornográficos. Lluvia de librejos tales hubo en Lima por aquel año, y precisamente la persecución que los padres de familia emprendieron para que aquellos no se introdujesen en el hogar, hizo que hasta las mojigatas se diesen un buen atracón de lectura, para tener algo que contarle al fraile confesor en la cuaresma.

El galante Arriaza y el dulcísimo Meléndez eran los poetas de Rosita. ¡Que contraste con las aficiones de doña Manuela! Esta leía a Tácito y a Pultarco; estudiaba la historia de la península en el padre Mariana, y la América en Solís y Garcilaso; era apasionada de Cervantes; y para ella no había poeta más allá de Cienfuegos, Quintana y Olmedo. Se sabía de coro el "Canto a Junín", y parlamentos enteros de "Pelayo", y sus ojos un tanto abotargados ya por el peso de los años, chispeaban de entusiasmo al declamar los versos de sus vates predilectos. En la época en que la conocí, una de sus lecturas favoritas era la hermosa traducción poética de los "Salmas", por el Peruano Valdés. Doña Manuela empezaba a tener ráfagas de ascetismo, y sus antiguos humos de racionalista iban evaporándose.

Decididamente, Rosa Campusano era toda una mujer, y sin escrúpulo, a haber sido yo joven en sus días de gentileza, me habría inscrito en la lista de sus enamorados... platónicos. La Sáenz, aun en los tiempos en que era una hermosura, no me habría inspirado sino el respetuoso sentimiento de amistad que le profesé en su vejez.

La Campusano fué la mujer-mujer. La Sáenz fué la mujer-hombre.

Máximas

Acuérdate que no te ofende el que te injuria ni el que te golpea, sino la opinión que has concebido. Cuando alguno, pues, sea causa de que hayas encolerizado, sabe que no es él, sino tu opinión, la que te irrita; por lo cual conviene estar atento a no dejarte llevar de tu pasión, porque cuanto más presto lo hicieses, tanto más fácilmente la domarás.

De ignorante y brutal, es el culpar a otros de las propias miserias. Aquel que a sí mismo se culpa de su infortunio, comienza a entrar en el camino de la sabiduría; pero el que ni se acusa a sí, ni a los demás, es perfectamente sabio.

Epicteto.

III

LA PROTECTORA Y LA LIBERTADORA

Yo, que tuve la buena suerte de conocer y tratar a la favorita de San Martín y a la favorita de Bolívar, puedo establecer cardinales diferentes entre ambas. Física y moralmente eran tipos contrapuestos.

En la Campusano, vi a la mujer con toda la delicadeza de sentimientos y debilidades propias del sexo. En el corazón de Rosa había un depósito de lágrimas y de afectos tiernos, y Dios le concedió hasta el goce de la maternidad, que negó a la Sáenz.

Doña Manuela era una equivocación de la Naturaleza, que en formas esculturalmente femeninas, en carnó espíritu y aspiraciones varoniles. No sabía llorar, sino encolerizarse como los hombres de carácter duro.

"La Protectora" amaba el hogar y la vida muelle de la ciudad; y "La Libertadora" se encontraba como en su centro en medio de la turbulencia de los cuarteles y del campamento. La primera nunca pasó sino en caleza. A la otra se la vió en las calles de Quito y en las de Lima, cabalgando a manera de hombre en brioso corcel, escoltada por dos lanceros de Colombia y vistiendo dolmán rojo con brandeburgos de oro y pantalón bombacha de cotónfina blanca.

La Sáenz renunciaba a su sexo, mientras la Campusano se enor-

mente, y dos existencias fueron perdonadas. ¡Nunca una favorita pudo emplear mejor su influencia para practicar acción más noble!

Mucho después de la muerte de Bolívar, acaecida en Diciembre de 1830 el Congreso del Perú (y entiendo que también uno de los tres Gobiernos de la antigua Colombia) asignó pensión vitalicia a la "Libertadora", apodo con que, hasta en la historia contemporánea, es conocida doña Manuela. Algo más. En su vejez no se ofendía de que así la llamasen, y en diversas ocasiones vi llegar a su casa personas que, como quien hace la más natural y sencilla de las preguntas dijeron: "¿Vive aquí la "Libertadora?" Doña Manuela sonreía ligeramente y contestaba: "Pase usted. ¿Qué quiere con la "Libertadora?"

¿Qué motivos tuvo la amada de Bolívar para venir a establecerse y a morir a uno de los, por entonces, más tristes lugares del Perú? La pobre baldada me dijo: un día en que aventuré la pregunta, que había elegido Paíta por consejo de un médico, quien juzgaba que con "baños de arena", recobrarían los nervios de la enferma la flexibilidad perdida. Alguién ha escrito que por orgullo no quiso doña Manuela volver a habitar en las grandes ciudades, donde había sido admirada como astro esplendoroso; temía exponerse a negativos desdenes.

Cuando vino doña Manuela a recaer en Paíta, ya su esposo, el doctor D. Jaime Thorne, había

**"Su noche de amor"
ha sido la consagra-
ción definitiva de las
estrellas de Artistas
Unidos Vilma Banky
y Ronald Colman.**

La consagración de los artistas de cine, es difícil y la mayoría de las veces imposible. Llegar al pínaculo de la gloria en el arte mundial, es necesario poseer temperamento innato por ello. Cuando un intérprete cree haber conseguido el ascenso anhelado, pronto cae en el olvido más aterrador.

Por esto hay que cantar loas a quienes han sabido imponerse escalando peldaño tras peldaño, la cúspide anhelada.

VILMA BANKY Y RONALD COLMAN, son los nuevos consagrados por la crítica estadounidense. Ambos pertenecen al elenco de Artistas Unidos y en distintas ocasiones ocuparon la atención de nuestro público a raíz de los estrenos de las extraordinarias producciones, donde ellos intervenían, presentadas por Artistas Unidos la temporada pasada.

Ahora en Nueva York, a raíz del estreno de SU NOCHE DE AMOR, donde VILMA BANKY Y RONALD COLMAN realizan la mejor labor de su intensa carrera artística, el triunfo más amplio los consagró como ídolos.

SU NOCHE DE AMOR, será estrenada por Artistas Unidos en la temporada que se avecina.

**Llegó a bordo del
"Vandil" Mr. Max
Ehrenreich, director
general, de Artistas
Unidos en América
del Sud**

A bordo del Vandil ha llegado a Buenos Aires, precedente de Estados Unidos, el director general para la América del Sud, de la United Artist Corporation, don Max Ehrenreich, acompañado de su esposa.

La United Artist Cop., que tiene su filial en la alquiladora Artistas Unidos de esta capital, es una famosa editora yanqui, cuyos componentes son los cinco astros más relictos de la constelación yanqui: Mary Pickford, Gloria Swanson, Charles Chaplin, Douglas Fairbanks y David Wark Griffith.

Esperaban en el puerto, a los viajeros, el gerente en la Argentina, D. Arturo Cairo, el de Chile, Sr. Lautaret, el de la agencia en Rosario, Sr. Juan Salas y un grupo numeroso de amigos.

Inmediatamente de desembarcar interrogamos a Mr. Ehrenreich:

—Estoy encantado de hallarme nuevamente en Buenos Aires. Después de unos años de residencia en este país, sólo se aprecia lo que vale, en toda su magnitud, cuando la nostalgia de la patria y los intereses comerciales lo obligan a alejarse.

—¿Cómo halló la producción cinematográfica norteamericana?

—En un progreso creciente de admirables contornos.

Noticias cinematográficas

—¿Cuál fué la película que le causó más impresión de estos últimos meses en los cines de Broadway?

—El triunfo definitivo fué SU NOCHE DE AMOR. Es una superproducción de Artistas Unidos que tiene como intérpretes a la belleza húnga Vilma Banky y a Ronald Colman, actual ídolo de la pantalla. SU NOCHE DE AMOR es una obra de vigor excepcional, pretórica de emoción y digna, en todos conceptos del séptimo arte.

He visto casi toda la producción que Artistas Unidos estrenará este año: "Stella Dallas" por Alice Joyce, Belle Bennet y Ronald Colman; "El general" por Buster Keaton; "Aves sin nido" por Mary Pickford; "El triunfo de Bárbara Werth" por Vilma Banky y Ronald Colman; "Resurrección", la novela de León Tolstov por Dolores del Río y Rod La Roque; "El Circo" por Charles Chaplin; "El vagabun-

GLUCKSMANN, será LOS MISERABLES versión de la ya inmortal obra de Victor Hugo. Esta magna obra se dará a conocer el 22 de marzo próximo.

Esta nueva versión no mutila ni traiciona el original, sino que es una realización cinematográfica grandiosa que hace sentir la atmósfera de esa creación del genio humano que es LOS MISERABLES, hace vivir al espectador el drama profundo de sus inolvidables personajes a fuerza de verdad, de sinceridad y de maestría técnica.

LOS MISERABLES ha sido estrenada, después de París, donde constituyó su "pénitencia" un acontecimiento en Londres primero y luego en Nueva York, alcanzando en esas capitales un éxito espantoso. Todos los críticos han coincidido en proclamar LOS MISERABLES la obra más humana, más sinceramente humana que haya realizado la pantalla.

La inconsciente crueldad del campesino ruso

Cuenta Máximo Gorki en su interesante ensayo sobre la psicología del campesino ruso:

"A los miembros de la misión científica que trabajó en el Ural, planteaba un campesino el siguiente caso:

"Vosotros que sois sabios me diréis lo que debo hacer. Un bachkir me había degollado la vaca; yo, por supuesto, maté al bachkir; después me llevé otra vaca que pertenecía a su familia... ¿Me castigarán, tal vez por lo de la vaca?"

Y cuando le preguntaron si no temía ser castigado por haber asesinado a un hombre, el mujik, imperturbable, respondió con estas palabras atrozmente reveladoras: "No; eso no es nada; ahora el hombre es barato".

do de amor" por John Barrymore y Conrad Veid; "El amor de Senia" por Gloria Swanson; "La casa de Marney"; "El murciélago" por Jack Pickford y Louise Fazenda etc., a más, están terminándose otras producciones de Mary Pickford, Douglas Fairbanks, Gloria Swanson, Buster Beaton, Norma y Constance Talmadge, las bailarinas Sinisters, Lillian Oldland y posiblemente se inicie la filmación de una producción de Corinne Griffith para Artistas Unidos.

Terminó nuestro reportaje con una salutación de afecto para los dos valientes pilotos de la escuadrilla norteamericana, capitán Woolsey y teniente Benton muertos heroicamente en el accidente del Palomar.

**El primer estreno
extraordinario de
Max Glucksmann,
será la nueva y com-
pleta versión de
"Los Miserables"**

El primer estreno extraordinario de la temporada de 1927 del programa cinematográfico de MAX

LOS MISERABLES en efecto, es una obra clásica por su contenido profundo, concentrado, en resumen, por su trabajo técnico tan perfecto que borra todas las trazas de preparación, de alarde técnico. En LOS MISERABLES, es la vida lo que triunfa no los efectos de sorpresa, las artimañas del oficio.

Ha puesto en escena esta película, Henry Fescourt, con la colaboración artística de Luis Nalpas.

La interpretación de LOS MISERABLES, lo decimos sin temor de exagerar, es una de las más bellas, más grandes, más perfectas que haya ofrecido el cinematógrafo.

Desde el principal actor hasta el más modesto, todos "viven" su papel en forma admirable; es decir cada cual en su papel, es un gran actor.

Gabriel Gabrio en el personaje tan difícil de Jean Valjean hace una creación que no se olvida nunca, lo mismo Paul Jorge en el bueno de Monseñor Myriel, Jen Toulout en el implacable Javert, Sandra Milowanoff en el de Fantina, en fin repetimos que cada actor en su papel, hasta el más humilde, es un gran actor.

LOS MISERABLES ha sido filmado en los lugares mismos que Victor Hugo situa la acción. Así, las primeras escenas transcurren en la maravillosa región mediterránea que se extiende de Grasse a Niza, luego en el París de la época extraordinariamente pintoresco, lo cual concurre a crear la atmósfera en forma insuperable.

**La Fantina de "Los
Miserables" la sacó
Victor Hugo de su
propia emoción.**

La noche del 9 de marzo de 1841 Victor Hugo que salía de una velada íntima, se encontró en la calle bajo el chaparrón blanco y callado de la nieve. Molestando por el frío agudísimo, decidió tomar un coche para dirigirse a su casa y con este fin se encaminó hacia una cercana estación de "cabriolots", la que encontró desierta.

Victor Hugo tuvo que aguardar la llegada del primero. Durante su espera distrajo su atención en los escasos transeúntes que en aquella hora se escaraban por París presurosamente y observo en una esquina de la calle, a una joven pobremente vestida. Victor Hugo con el interés piadoso y penetrante que anima a todos los artistas contemplaba con compasión a la muchacha, cuando un caballero que venía detrás de ella, recogió un pelotón de nieve y lo arrojó sobre la desnuda espalda de la pobre mujer. Esta gritando aterroradamente se revolvió contra el grosero bromista; que se defendió lo mejor que pudo contra el inesperado ataque. Pero muy pronto acudieron los policías que detuvieron a la chica sin preocuparse del "dandy", escapado en la confusión de la gente.

Victor Hugo siguió a los guardias y a la joven hasta la comisaría, donde ella trató de conlover al rígido comisario. Pero el impasible comisario cortó las lamentaciones de la infortunada, con el anuncio de una probable condena.

Indignado contra la injusticia del acto, Victor Hugo penetró en la comisaría, y relató el suceso con toda su verdad, lo que valió a la infeliz mujer, la devolución de su libertad.

Aquella noche, Victor Hugo realizó una acción noblemente caballeresca y halló un nuevo y emocionante personaje para su novela LOS MISERABLES; Fantina... Quizá como un penitente a la generosidad de su intervención en defensa de la pobre cortesana del arroyo.

La nueva versión de la formidable epopeya humana que es LOS MISERABLES, realizada por Henry Fescourt, para Cinéromans, la única completa y realizada por los herederos de Victor Hugo la estrenará el 22 de marzo el programa Super Extraordinario de MAX GLUCKSMANN.

Hace pocas semanas, dos individuos se propusieron contar el número de autos que pasaban por una determinada calle de Nueva York, y no pasó un vehículo que no fuese registrado.

Los dos individuos se valieron, para hacer el recuento, de rayos luminosos en combinación con un nuevo ojo eléctrico llamado celda fotoeléctrica, que se encargaba de contar los autos que pasaban.

No hace muchos años que el general Ferrié descubrió que podía enviarse un rayo de luz invisible desde un barco a otro, o desde una estación en la costa a una embarcación cualquiera, con lo que se pueden emitir señales como quien lo hace con un reflector. El enemigo no puede leer estas señales puesto que ni siquiera puede verlas.

Al producirse esta nueva maravilla, Ferrié se basó en que la luz puede ser invisible, y, en efecto, las diferentes clases de luz invisible son más numerosas que las visibles.

El profesor R. W. Wood entretenía a varios amigos en su laboratorio, hace poco tiempo, en una habitación débilmente iluminada por ligero resplandor purpúreo producido por una lámpara de su invención. Uno de los presentes abrió la boca para hacer una pregunta y todos los presentes, menos el profesor, quedaron asombrados al ver que los dientes de su compañero brillaban con fuerte luz verde, como si estuvieran ardiendo.

No era un juego de prestidigitación, sino simplemente una nueva maravilla de la luz.

La lámpara del profesor emitía una luz invisible de diferente forma que la luz negra o infarroja del general Ferrié, que al dar sobre los dientes del preguntón los hacía brillar con fuerte luz verde. El mismo efecto produce este rayo luminoso sobre el nácar, sobre las uñas de los dedos, sobre la quina y otras sustancias químicas.

Estos son efectos de otra forma de rayos invisibles, llamados ultravioleta.

El aparato empleado para contar los automóviles, de que hemos hablado, sirve para cambiar la luz en electricidad. Desde la lámpara salía un rayo de luz que atravesaba la calle y penetraba en el ojo fotoeléctrico, donde se trocaba en corriente eléctrica.

Cada vez que pasaba un vehículo cerraba el paso a la luz invisible, se interrumpía la corriente y el contador automático contaba uno.

Estas celdas fotoeléctricas tienen muchísimas aplicaciones. Sirven para medir la densidad del humo de las chimeneas de las fábricas, para hacer sonar timbres de alarma in-

NUEVAS Y EXTRAÑAS MARAVILLAS DE LA LUZ

dicando que se inicia un incendio, para hallar el tiempo automáticamente por las estrellas cuando la imagen de éstas, cruza la tela de araña de los telescopios; determinan la exacta cantidad de luz que necesitan las plantas para desarrollarse debidamente en los invernaderos, y prestan otra infinidad de servicios cada vez mayores en número e importancia.

El profesor Michelson ha querido medir de nuevo la velocidad de la luz. Para ello estableció dos espejos en la cima de dos montañas separadas una de otra, en línea recta, 35 kilómetros. En una de las montañas puso un potente arco vol-

suelto dentro del cilindro actúan sobre los gases de la gasolina que son necesarios para poner en movimiento el vehículo.

El gran químico alemán Hertz, que descubrió las ondas de radio hace cincuenta años, construyó unos espejos de cobre y unos lentes de alambre de cobre con los cuales llegó a manejar los rayos de luz de radio.

La mejor prueba de la identidad de las ondas hertzianas y de la luz no se ha llevado a cabo, sin embargo, hasta hace tres años, por los doctores Nichols y Tear.

Las ondas de radio se diferencian de las ondas de luz visible en

de sus extremos está el rojo, y más allá la invisible luz negra o rayos de calor. En el extremo opuesto se encuentra el violeta, y más allá, el color invisible, llamado ultravioleta.

Estos rayos se emplean en medicina para tratar ciertas enfermedades, y son los que producen las quemaduras de la piel, en verano, cuando se prolonga mucho nuestra estancia al sol.

Un joven parisién, Santiago Risler, tiene en su laboratorio una estatua, al parecer de mármol, que se ilumina ella sola en un cuarto oscuro. Se coge la estatua, se la examina, no tiene alambre que la ponga en contacto con nada, y, sin embargo, emite luz; y es que la estatua está fabricada con un material que brilla al herirle los rayos ultravioleta, invisibles que le enfoca un generador escondido en la habitación.

A este fenómeno se le llama fluorescencia. Es luz fría, jamás acompañada de calor alguno; es parecida a la que emiten las luciérnagas y otros animales luminosos, como los cocuyos americanos y varias especies de peces.

Si pudiéramos inventar una escafandra con la que pudiéramos bajar a grandes profundidades en el mar y soportar la enorme presión en aquellas regiones, veríamos espectáculos maravillosos. Aquí, un pez con una linterna delante de la boca; allá, un camarón que pasa veloz, dejando tras sí una estela luminosa; allá, una especie de anguila con puntos a lo largo del cuerpo, que parecen ventanillas, por donde sale la luz; seres que, al asustarse, producen fosforescencia; y veríamos luces verdes, rojas, violetas, azuladas.

Mucho más cortas en longitud que las de los rayos ultravioletas, son las ondas de los maravillosos rayos X, que la medicina emplea para estudiar el cuerpo humano, y más cortas son aún las ondas de los rayos del radio, y, finalmente, las más cortas de todas son las de los asombrosos rayos cósmicos, recientemente descubiertos por el profesor Millikan, del Instituto Tecnológico de California.

Para descubrir estos rayos, el citado profesor tuvo que subir a la montaña más alta de California, y echarse a nadar en un lago que hay en la cima, pues en la orilla era imposible determinar los rayos cósmicos, por estar mezclados con otra gran variedad de rayos y el agua helada del lago se encontraba libre de rayos molestos para el experimento. Metiendo en el agua helada sus aparatos, a una profundidad de cerca de veinte metros, pudo el profesor medir las ondas cósmicas.

El cuervo enfermo

Próximo a la muerte y sin remedio humano, decía un cuervo a su madre:

—No llores, madre mía, sino pide a los dioses por mi salud.

—¿A los dioses, me dices?—replicó la madre acongojada.—¿Cuál de ellos crees que se apiadará de ti? ¿No has pasado la vida picoteándoles la carne después del sacrificio?

El que durante la prosperidad no hace más que dañarnos, ¿qué amistades espera en la desgracia?

táico y un espejo octogonal giratorio, y en la otra montaña colocó otro espejo fijo herido por un rayo de luz emitido por el espejo giratorio, rayo que a su vez era reflejado de nuevo sobre el espejo emisor. Midiendo lo que el espejo giratorio se había movido mientras el rayo de luz iba y venía y conociendo la rapidez giratoria del espejo octogonal, calculó la fracción de segundo invertida por el rayo de luz en recorrer los 70 kilómetros de ida y vuelta.

Precisamente a la enorme velocidad de la luz se debe su gran utilidad.

Si algún malévolo y prodigioso mágico tuviese la facultad de suprimir repentinamente la luz, todos crearíamos habernos quedado ciegos súbitamente, pues nos rodearía la obscuridad absoluta, el negro absoluto. Aun hay más: los automóviles no podrían andar; la gasolina no explotaría en los cilindros, pues ciertos rayos de luz

la misma forma que las olas del océano se diferencian de las ondas de una copa de agua. Las ondas hertzianas son largas; los ondas luminosas son cortas. Las ondas hertzianas más cortas medidas por los citados físicos eran de una fracción de centímetros de largas; mucho más cortas que las empleadas en radio telefonía pero muchísimo más largas que las ondas de luz visible.

Estas últimas son tan cortas que hacen falta cerca de veinte mil para medir un centímetro. Entre éstas y las más cortas de las ondas de radio se encuentran las de calor y la luz negra del general Ferrié.

La luz emitida por la lámpara del doctor Wood y que daba luminosidad verde a los dientes de los espectadores, se encuentra en el otro extremo del espectro opuesto a la luz negra o infrarroja.

El espectro, como todos saben, tiene siete colores visibles. En uno

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: BOLIVAR, 879

Buenos Aires

De 9 a 12 y de 14 a 18

U. T. 428, B. Orden

Sábados: de 9 a 12

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital	En el Interior	En el exterior
Trimestre . . . \$ 2.50	Trimestre . . . \$ 3.00	Trimestre \$ oro 2.00
Semestre . . . 5.00	Semestre . . . 6.00	Semestre . . . 4.00
Año . . . 9.00	Año . . . 11.00	Año . . . 8.00
N.º suelto . . . 20 cts.	N.º suelto . . . 25 cts.	
N.º atrasado . 40 .	N.º atrasado . 50 .	

se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.

Encuadernación de ejemplares

	En cuero	En tela
Encuadernación en formato grande	cada tomo \$ 12.—	3.70
" " " chico	" " 8.—	2.—
Tapas sueltas " " grande	" " 9.—	2.—
" " " chico	" " 6.—	1.50

La masculinización de las mujeres, o feminismo, como lo llaman los bromistas, dió desde el verano de 1925, un paso más en su avance. El incómodo pero recatado traje de baño, con pantalones casi largos y blusas hasta el borde de dichos pantalones, fué reemplazado por trusas ceñidas, que no se diferenciaron de las de los hombres, más que por una diminuta faldita, con carácter más marcado de adorno que de resguardo de desnudeces.

Este año, nuestras simpáticas bañistas presionadas por la culpable (?) exigencia de comerciantes importadores, han entrado en la moda de las trusas semimasculinadas, que tantos escándalos provocaron en las playas de Europa y Estados Unidos cuando aparecieron por primera vez. Y los dichos escándalos llegaron a culminar en algunas localidades en controversias de tan grave importancia, que autoridades civiles y eclesiásticas, tuvieron que intervenir con toda severidad en el asunto, fijando normas inexorables y dictando medidas terminantes contra modas que descaradamente se encaminaban a la impudicia.

Sabido es, que la gente de teatro no está muy llena de vacilaciones ni remilgos—debido a su oficio—para mostrar sus redondeces. Para una mujer de tablas tan escenario es la ficticia playa pintada en un telón, como la verdadera playa que besan las olas auténticas.

Por consiguiente, para una chica de palmito, que en cualquiera zarzuela no tiene empacho para mostrarse a la mirada codiciosa de los viejos verdes, es magnífica campaña de reclame, exagerar un tanto la moda en una playa y provocar un escándalo que mientras más grande sea, más benéfico le resulta.

Esto fué lo que aconteció precisamente con miss Yola Henhiquett, en la aristocrática playa de Deauville, Francia. Miss Yola, que es una hermosísima cupletista, de gran fama en la mayoría de los teatros europeos, debido a su gracia nativa, bella voz y agradabilísimo aspecto, salió de su carpa de lona, envuelta en una exquisita y llamativa túnica. Al borde de la playa, dejó caer la túnica y apareció entonces en toda su deslumbrante belleza, cubierta únicamente con... una trusa de hombre. La faldita y demás accesorios fueron juzgados inútiles por la despreocupada miss Yola.

Se armó un revuelto que no es para describir. Los hombres, bizcos de alegría, rodearon bien pronto a la bañista alabando su chic y la impecable belleza de sus formas. Las mujeres sintieron la natural envidia que despierta entre personas del mismo sexo, una de belleza indiscutible; pero para cubrir las apariencias y dar precisamente desfogue a esa envidia, censuraron acremente lo que calificaron de inmoralidad en otra. Y en la noche, en el casino, o sobre el tapete de la ruleta, no se habló de otra cosa que de la nueva moda y la simpática bañista.

Demás está decir, que al tercero o cuarto día, miss Yola, era la reina indiscutida de la playa. Hay que confesar, en aras de las justicias, que a medida que aumentaba su dominio, disminuía la longitud de la trusa, hasta llegar a una dimensión increíble. En tales condiciones, no faltaron señoras pudibundas que se habían divorciado y vuelto a casar tres o cuatro veces; honradísimos banqueros llenos de la moral dis-

tintiva de su oficio, y ancianos solterones que precisamente por virtud, habían llegado célibes a la vejez, llenos de indignación se presentaron a la alcaldía, solicitando que se prohibiera a esa joven el bañarse en un traje tan inconveniente.

Pero lo que hizo culminar el escándalo y que el asunto se convirtiera en un gran conflicto que provocó la renuncia del alcalde y cambio de cura del lugar, por no haberse portado a la altura de sus de-

consecuencias de este pasaje de chirigota.

El alcalde se vió obligado a renunciar inmediatamente; el cura fué destituido; el comisario de policía se ganó una severísima amonestación; los propietarios de los diversos establecimientos de baños, recibieron terminantes notificaciones sobre la indumentaria de las bañistas; y hasta los viejos verdes y los jóvenes pollos, tímidos o atrevidos, fueron censurados acre-

entre los doce meses transcurridos de un verano a otro, habían pasado 500 años.

En el verano del 26, nadie se acordó del bando del año anterior. El comisario fué un tipo de genio alegre; el nuevo alcalde resultó ser un señorito de lo más divertido; el cura, un abate de manga más ancha que la conciencia de un prestamista; los dueños de establecimientos de baños, unos tipos la mar de frescos; los viejos verdes, unos pimpollos encantados; los pollos casables, completamente contra las emociones fuertes; y las muchachas bañistas, con una inocencia, que ya quisieran para sí los recién nacidos.

Con este cúmulo de coincidencias felices, los resultados no eran de dudarse. No ya las mujeres de teatro, sino las "niñas bien" descubrieron que la trusa con faldita, era incómoda y antiestética, amén de poco caritativa, porque impedía la buena obra de mostrar al prójimo, lo bueno que se posee. Y por eso, adoptaron la trusa completamente masculina, que da más libertad dentro del agua y más confianza para intimar las amistades.

Un clérigo inglés que pasó recientemente por Deauville, dijo textualmente: "¡Caramba! Hasta Eva se ruborizaría de esta indumentaria!"

Tenía que ser inglés para no descubrir las cosas sino a medias. Un español más acertado y más práctico, que estaba al lado del inglés, agregó: "Eva no se ruborizaría por tales vestidos, porque indudablemente, aquella señora no fué una pobre e inocente troglodita. Hasta la serpiente, que según la Biblia, estaba tan llena de picardía, sería capaz de avergonzarse de estos baños muy superiores a los del Paraíso. Y eso, que como todo buen cristiano sabe, la serpiente no fué sino una encarnación del Diablo".

Pero a pesar de las rígidas opiniones del inglés y las burlescas del español, el verano de 1926, ha consagrado los trajes masculinos de baño, para las mujeres, contribuyendo así, de manera brillante, al avance del feminismo, según dicen los bromistas.

La temporada balnearia en Deauville. — El semidesnudo femenino en la playa, adoptado como última moda.

AVISOS ESPECIALES

MEDICOS

Dr. Amadeo Natale

Jefe del Servicio del Hospital Pirovano
E. ERMELAI ES DE LOS OJOS
Consultas de 14 a 18
SARMIENTO 735 U. T. 7362, Avenida

Dr. Juan E. Carulla

Médico del Hospital Alvear
ATIENDE ESPECIALMENTE
ENFERMEDADES INTERNAS
MEJ CO 1360
Horas de consultas: de 2 a 4 p. m.
Unión Telefónica: Libertad, 0819

Dr. Victor Moraschi

OCULISTA
JEFE DE CLÍNICA DEL HOSPITAL
OPTALMOLÓGICO "SANTA LUCÍA"
DE 2 A 4 1/2
BERNARDO DE IRICOYIN 257
U. T. 4723, Rivadavia

Dr. Alberto T. Barragan

DENTISTA CIRUJANO
82 M 1 8 SAENZ PEÑA 218
U. T. 88, Mayo 6837

Dr. A. R. Zambrini

Prof. Suplente de la F. de Medicina
Jefe del Servicio de nariz, garganta y
oidos del Hoap. San Roque
VIA MONTE 728 DE 2 A 4
Menos los Miércoles

Dr. Jorge I. del Piano

Médico del servicio de garganta, nariz
y oidos del Hospital San Roque
Asistente a la clínica del profesor
Sebileau (Paris)
Consultas: de 2 a 4 p. m.
LIBERTAD 1375 U. T. 6857, Juana
BUENOS AIRES

Dr. Alejandro Pinto

Del Hospital Rawson
MATRIZ OVARIOS Y CIRUJIA
DE SEÑORAS
B. MITRE, 1256. U. T. 422, Adrogue
ADROGUE

Dr. ELOY A. ESCOBAR BAVIO

Médico oficial del Circulo de
la Prensa y Director del Ser-
vicio Médico del Jockey Club.
RIVERA 1278
Consultas: de 3 a 5 p. m.
Unión Telef. Chacrita 2612

Un mármol de ocasión

Hipólito fué siempre un excelente esposo. Si, alguna vez, propinó una paliza a su mitad, expresó siempre para ella palabras suaves como el bálsamo. Cuando la pobrecita murió, él tuvo para la amada los más desgarradores acentos de pena, por no querer manifestar la satisfacción con que se quedaba.

Quiso dar decorosa tumba a su excompañera, y fuése a decir a un marmolista:

—Yo quisiera una buena lápida, qué, desde luego, no me costara mucho.

Todo era allí caro.

—Entonces, ¿no tendría usted algo de lance?

—Sí; ésta... Pero es que tiene grabado detrás el nombre de otra persona.

—¡Bah! Eso no impide nada. Mi difunta no sabía leer.

res, censurando desde el púlpito a la bañista poco pudorosa, fué la violenta indignación manifestada por una anciana, que al ver tantas desnudeces en la playa, la emprendió a somбрillazo limpio contra algunas bañistas.

Fué día de un bochinche inolvidable. Las bañistas en un rapto de juvenil entusiasmo (pues parece que no fué enojo, mezclado con burla, taparon a la señora bajo una costra de arena mojada, cáscaras de fruta trozos de comestibles y cuanto artículo arrojable encontraron a mano. Y si se tiene en cuenta que la anciana así ultrajada era, nada menos, que la Presidenta de la Sociedad Cristiana de la Buena Moral y Sanas Costumbres, ya podrá calcularse las trascendentales

mente por alentar a las muchachas en sus modas escandalosas.

Un bando fijado en los sitios más visibles de la localidad, contenía un verdadero catecismo regulando las piezas de vestir de las bañistas; sus dimensiones; el vuelo que debían tener en las partes protuberantes y hasta el color de las telas que no debía ser bajo ningún concepto de tono llamativo.

Después de esto ¡qué morales deben estar las ondinas de Deauville! dirán ustedes.

Pues vean lo que son las cosas. Todo lo que acaban de leer ustedes, sucedió en el verano de 1925 (meses de mayo a septiembre) pero el verano de 1926, es decir, el que acaba de pasar, las modas fueron tales, que cualquiera creería que

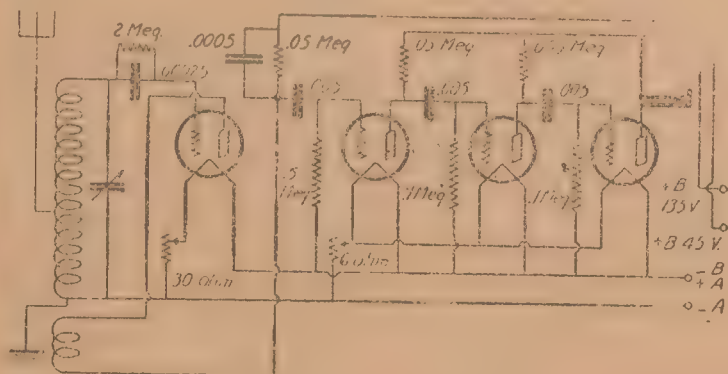
UN BUEN RECEPTOR DE BROADCASTING

Por cierto que bajo este título, son muchos los receptores que podrían colocarse, pero elegimos uno que nos parece realmente bueno, no solo en cuanto se refiere a la selectividad y sensibilidad, como en lo referente a la claridad del sonido, por cuanto su amplificación de baja frecuencia le ha por medio de resistencia, le permite una amplificación completamente pura de las señales captadas por el aparato.

En cuanto a la selectividad por cierto del circuito no es evidente para los casos en los cuales los futuros posiblemente se encuentren en las cercanías de alguna estación transmisora potente, pero debe tenerse en cuenta que ello es fácil subsanarse pues con la adopción de una bobina de antena y un condensador en serie con la misma, será fácil eliminar completamente a las estaciones más poderosas sin que por ello se disminuya la sensibilidad del receptor.

En cambio, el acople en forma directa tal como está indicado en el diagrama es el más apropiado cuando se trata de la recepción de estaciones situadas a gran distancia, pues si bien es cierto que los estáticos, penetran en el receptor con algo más de intensidad, no es menos cierto que las señales aumentan bastante en comparación con los circuitos inductivos, pues estos no hay duda, tienen ventaja cuando se trata de señales telegráficas, pero cuando las señales son moduladas las dificultades aumentan pues es necesario tener la reacción en un punto crítico, lo cual dificulta grandemente la percepción de la música.

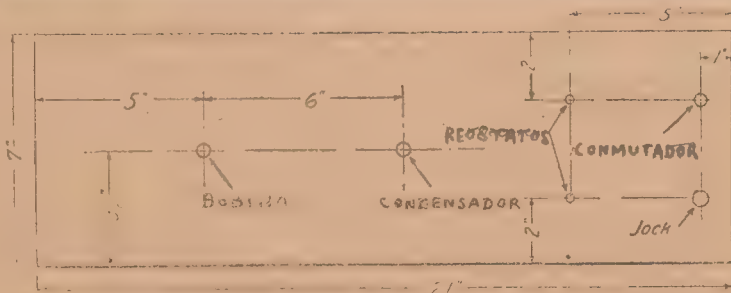
Este receptor como se ha dicho es de circuito directo y las bobinas para la construcción del mismo, son las comunes de P. y O. Briggs, eliminando la bobina de



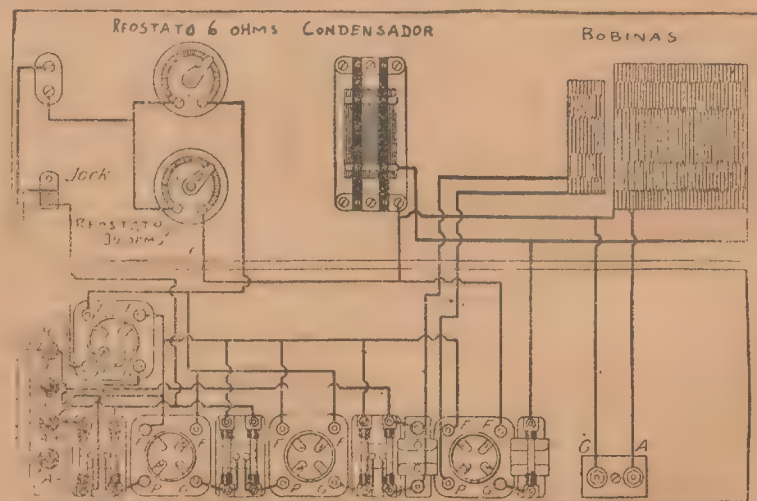
antena, el tamaño es el común y se pueden adquirir en cualquier casa del ramo. El condensador marcado en la figura es uno de marca determinada, pero como es natural no hay inconveniente alguno en colocar otro de 0.0005 mfd de buena marca y con dial venier que ayudará grandemente a la sintonización de las estaciones lejanas.

La parte de amplificación, es como se ha dicho, a resistencias lo que nos permitirá obtener gran claridad en las señales obtenidas con el receptor, esta amplificación a resistencia ofrece ventajas indudables sobre cualquier otro tipo de amplificación, pero no menos cierto que también hay algunas desventajas que por cierto no alcanzan a anular las anteriores. Así por ejemplo

RADIOTELEFONIA



(Medidas en pulgadas)



el número de lámparas. En cualquier sistema de amplificación el número de lámparas está en relación con el volumen a darse a la amplificación la cual para ser emitida por un alto parlante necesita un cierto valor, y es ahí reside la desventaja anotada a favor de la amplificación a resistencias, pues en los casos de amplificación a transformadores puede decirse que con una sola lámpara, el volumen de las señales será suficiente para hacer accionar a un alto parlante en condiciones normales y siempre que las señales lleguen al receptor, con intensidad suficiente, pero en el caso de la amplificación a resistencias, es necesario que se tengan por lo menos dos lámparas y por ello cuando se necesita tener un cierto vo-

lumen necesario para amplificar las señales débiles se necesitarán tres lámparas que es la cantidad de ellas que se han colocado en el citado aparato.

Los detalles para la construcción de la amplificación citada así como la cantidad y tamaño de las resistencias están claramente indicadas en el diagrama y la lista de partes necesarias, estas resistencias se venden en el comercio con sus soportes correspondientes los que facilitan grandemente la tarea del armado y la presentación del aparato, la cual queda en esta forma muy compacta y firme, lo cual es muy conveniente para los casos que se desee trasladar el aparato continuamente, sin peligro que se aflojen las diferentes piezas.

La calidad de las lámparas está indicada por las condiciones en

que se deberá utilizar en receptor, pues si este se va a usar en la ciudad donde es fácil obtener corriente de los acumuladores, no habrá dificultad alguna en emplear lámparas tales como las UX-201-A o Philips de consumo medio que son las mejores para este circuito, pero si se emplea como receptor portátil o en el campo, donde se hace necesario el empleo de las pilas para alimentar el filamento de las lámparas, es indispensable utilizar lámparas de consumo reducido tales como las UX-199 o similares. En este caso como es natural se deberán emplear los soportes correspondientes y no los que están indicados en el diagrama que son para lámparas 201-A o similares, es decir el soporte Standard americano.

Para que nuestros lectores tengan facilidad en la compra de los materiales necesarios y en el montaje del receptor, damos una lista de partes y un diagrama de la forma como debe horarse el panel para mejor instalar los diferentes elementos.

Lista de partes necesarias para la total construcción del receptor.
1 Panel 18 x 53 cms. con caja y base, 1 Juego de bobinas de pocas pérdidas, 1 Condensador de pocas pérdidas de 0.0005 mfd, 4 soportes de lámparas, 1 Condensador de 0.00025 de grilla fijo, 3 Condensadores fijos de .005 mfd, 1 Condensador fijo de 0.0005 mfd, 1 Resistencia de grilla de 2 megons 1 Resistencia de grilla de 0.05

megons, 2 Resistencias de grilla de 0.1 megon, 2 Resistencias de 0.05 megons, 1 Resistencia de .0005 megons. Los montajes necesarios para estas resistencias, 1 reostato de 30-ohms, 1 reostato de 6 ohms, 1 jack de simple circuito, 6 Topes para conexiones.

Debe hacerse notar que debido a la resistencia que se produce a la corriente cuando se utiliza este tipo de amplificación, se hace necesario la utilización de un mayor voltaje de las baterías de placa, por ello en lugar de 90 volts como se usa comúnmente, hace falta la colocación de 3 baterías de 45 volts, es decir 135 volts en total, pero no hay que asustarse por ello, pues debido al poco millamperaje que pasa, la duración de estas baterías es muy grande.

ENTRANDO EN FUEGO

"Alba de Oro", de Ivo Pelay en el Nuevo

Se ha levantado en el Nuevo, el primer telón de la temporada oficial de 1927. Si fuéramos un poquito supersticiosos y la iniciación nos diera una corazonada para presentir lo que ha de llegar, sería favorable el juicio que formaríamos. La obra estrenada, tanto por sus valores, como por el género a que corresponde, es una iniciación promisoriosa que desvía por nuevos cauces la producción nacional. En efecto, "Alba de oro" pertenece a una clase de obras con las que se persigue una finalidad de arte por procedimientos de belleza y amenidad. No es el arte puro, pero es un buen camino para llegar hasta él.

El asunto de la obra está trazado sobre el amor romántico y desinteresado de una pareja, cuyos componentes corresponden a distinto plano social, amor que momentáneamente se frustra por los prejuicios sociales, pero que a la larga triunfa definitivamente después del fracaso de unas bodas convencionales. Música y letra tienden a dar en sus momentos respectivos, la nota de la alegría y la de la emoción, lográndolo en buena medida. Como espectáculo es agradable e interesante y logra cautivar la atención del público, que en su inmensa mayoría no están aún preparado para obras de mayor transcendencia.

La música responde ampliamente a la intención del libretista. Sus números están inspirados en motivos de los afamados maestros Strauss y Kalman, acomodados a la obra por el maestro Lozzi. Bien seleccionado el material de la partitura ha sido adaptada a las situaciones de la pieza con mucho acierto.

La Compañía es un conjunto muy completo y en el que figuran elementos capaces de desempeñarse con algo más que corrección en cualquier papel que se les confía. Felisa Mary, María Esther Pomar y Dora Galez constituyen en esta pieza un formidable triunvirato lleno de méritos.

Las chicas que bataclanean, son un primor y en el sexo feo, cumplen brillantemente su cometido. Segundo Pomar, Miguel Gómez Bao, Vicente Climent, Fernández y De Labar.

En total, puede decirse que "Alba de oro" es una pieza de éxito y cuyo buen gusto y artística presentación, merecen el aplauso que ha obtenido. Ello debe animar a la empresa a mantener con altura sus propósitos sin decaer en espectáculos subalternos, cuya eficacia es más aparente que real.

"EL OSCURO DOMINIO" POR GÓMEZ

Se podrán discutir las interpretaciones de José Gómez y la audacia artística que viene demostrando al elegir obras dramáticas que fueron grandes éxitos de notables actores extranjeros; pero lo que no puede discutirse es que Gómez es un artista estudioso y apasionado por

el buen teatro. Desdeñado los éxitos fáciles del teatro subalterno que domina nuestra escena, él sigue su línea artística tesoneramente, sin desmayos, imponiendo un repertorio selecto.

Para inaugurar la temporada de pocas funciones que lleva a cabo en el Marconi, Gómez eligió la obra dramática de Argüitas Valente, traducida al castellano con el título de "El oscuro dominio". No era desconocida para nosotros y el público, pues la representó el notable actor Francisco Morano, aquí y también pertenece al repertorio de Zaccane. Gómez tomó a su cargo el papel del Dr. Enrique De Alma, tipo interesantísimo del punto de vista clínico y humano, y por cierto que no lo malogró. Las alternativas de se médico frenopata que atiende a una mujer enloquecida por amor y su propio enloquecimiento, después tienen una gran fuerza dramática, un soplo doloroso que se desliza a lo largo de los tres actos, manteniendo firme la atención del auditorio. Los efectos bien graduados en el proceso escénico y la fuerte emotividad de los finales de acto, dan a la obra muchos quilates dramáticos que corresponde reconocer. El público lo comprendió también y dió su sanción favorable al descender la cortina sobre la escena final.

Al lado de Gómez, actuaron con lucimiento, entre otros, la actriz Mercedes Vilches, bien segura de su papel, al que imprimió fuerza y colorido.

En resumen, buen principio tuvo Gómez y es de esperar buen fin.

REAPARECIO CASAUX

Con "La familia de Pickaerpack", comedia en tres actos, del director artístico Federico Mertens, se presentó en el Liceo la compañía que capitanea el popular actor don Roberto Casaux, a quien el público saludó con largo aplauso.

En nuestro próximo número nos referiremos a la nueva producción de Mertens, no sin adelantar que fué aplaudida.

REGRESO DE ROSAS

Acaba de volver a la patria, el inteligente actor, Enrique De Rosas, el más alto exponente del arte dramático nacional, después de una larga gira de cerca de un año y medio en Europa, en cuyos escenarios actuó con su esposa, la actriz Matilde Rivera y el grupo de elementos que le acompañaron en su cruzada artística.

Vuelve De Rosas con los laureles que recogió en Italia y España, países donde la crítica y el público le prodigaron las manifestaciones de aprobación que no recibió ningún otro artista argentino en el viejo mundo.

Basta recordar que grandes escritores, de fama universal, como don

Miguel de Unamuno, prescindieron de las compañías de su país, para dar a De Rosas la exclusiva del estreno de sus obras. Este detalle, evidencia como fué juzgado el artista criollo y sólo habría que agregar el interés de los empresarios españoles por contratarlo, para dejar establecido que no se trata solamente de éxitos de crítica, sino, también de público.

En más de una ocasión, hemos transcrito juicios de plumas españolas sobre el gran artista que es De Rosas, limitándonos ahora a afirmar, una vez más, que en los actuales momentos, De Rosas es la columna más fuerte y más estimada del teatro dramático argentino.

La compañía que dirige, se presentará el 28 del corriente en el San Martín, para darnos a conocer la obra de Miguel de Unamuno, "Todo un hombre", que al ser estrenada en la península fué un suceso.

Damos nuestra bienvenida al eximio actor y hacemos votos por el éxito de su temporada del San Martín.

BLANCA Y EL GENERO CHICO

Después de muchos años que la popular actriz cultivaba el teatro en tres actos, este año se presenta con el espectáculo por horas. Dejando el comentario para otra ocasión, diremos que la pieza de Mook, "Alzame en tus brazos", delicada producción que se estrenó la noche del debut, fué bien recibida.

EL NUEVO TEATRO SOLIS

En esta flamante sala que acaba de inaugurar un conjunto de sainete criollo, organizado por el maestro Carrillero, y cuyo detalle dimos en anteriores ediciones, se hizo coincidir el estreno del teatro con el de las piezas, "Infierno grande", de Armando Mook y T. Insausti, "La canción del inmigrante", de Carlos De Paoli, música del maestro Payá, aparte del reestreno de "Yo soy criollo y me voy", de Vacarezza.

En otro número comentaremos las obras y la impresión de la nueva sala, situada, como se sabe, en la calle Bernardo de Irigoyen 1441.

A FIN DE MES SE REABRE EL MAIPO

Llegado recientemente de Europa, el empresario Humberto Cairo, se activa la reapertura de la sala del Maipo que iniciará su temporada en los últimos días del mes en curso, poniendo en escena una nueva revista intitulada "Esto es Buenos Aires". A la citada producción que ya está en ensayo, acompañará en el cartel "La mejor revista".

LOS DE CODINA

Empezó el jueves su labor, la compañía española que encabeza el prestigioso actor Pedro Codina, poniendo en escena "La marquesa Rosalinda", de don Ramón del Valle Inclán, a la que aludiremos en otra edición.

Cabe agregar que el espectáculo inaugural estuvo muy concurrido y que este conjunto estrenará en el curso de su "season", "La ermita, la fuente y el río", de Eduardo Marquina y "Los extremeños se tocan", ópera sin música de Muñoz Seca y Pérez Fernández, que se representará simultáneamente en el Mayo, pieza que, según las crónicas, fué un gran éxito en ocasión de su estreno en Madrid.

SEGUN SE DICE...

Parravicini se presentará este año con una pieza de García Velloso. El único inconveniente estaría en que el autor no la terminara...

EL NACIONAL

Completando los elencos de las compañías que actuarán en esta temporada, damos a continuación el detalle de los elementos artísticos reclutados por la empresa de Carcavallo para actuar en el Nacional y que ha debido inaugurar su temporada el viernes 11, según se venía anunciando, estrenando "El Cortafierro", nuevo sainete de Alberto Vaccarezza.

Actores: Arrieta Santiago, Baamonde Angel, Baldassarre Roberto, Busto Pequito, Cante lo Efaín, Castellini Valerio, Ceglie José, Ciccarelli Gregorio, Jimenez Samuel, Guarrochena Feliciano, Luis Luis Palplacette Osvaldo López Pancho, Mutarelli Félix, Ochoa Fernando, Otal José, Viltes Samuel y Zabala Martín.

Actrices: Arrieta Rosita, Bozán Olinda, Catá Rosa, Figlioli Isabel, Grimaldi Olindita, Guerra María, Lamarque Libertad, López Mecha, Merlo Carmen, Perzi Emilia Pzzi María, Esther, Santos María, Senisterra Amelia, Senisterra Milagros y Sifredi Ada.

Director de escena: Atilio Suparo. Regisseurs: Carlos Salvany. Apuntador: Dionisio Martínez.

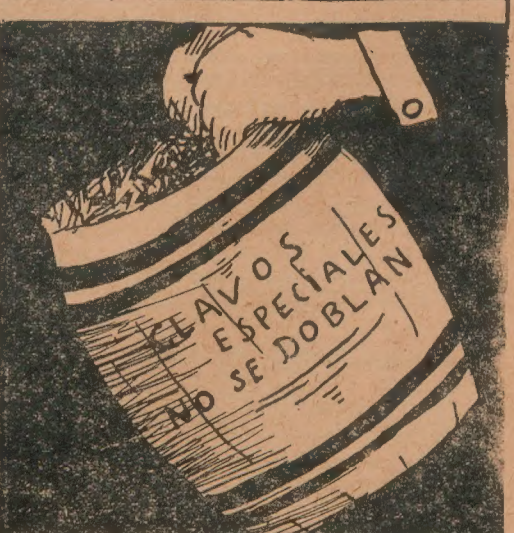
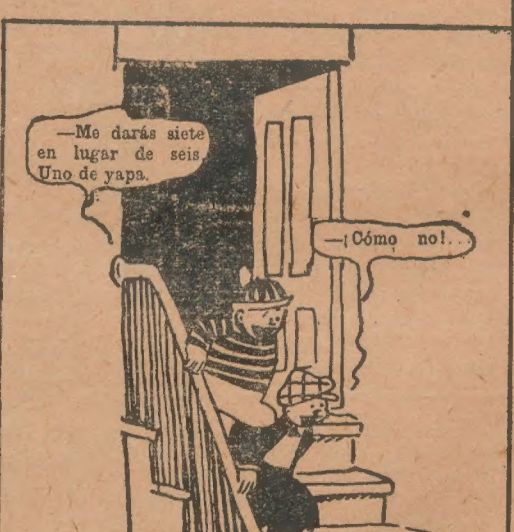
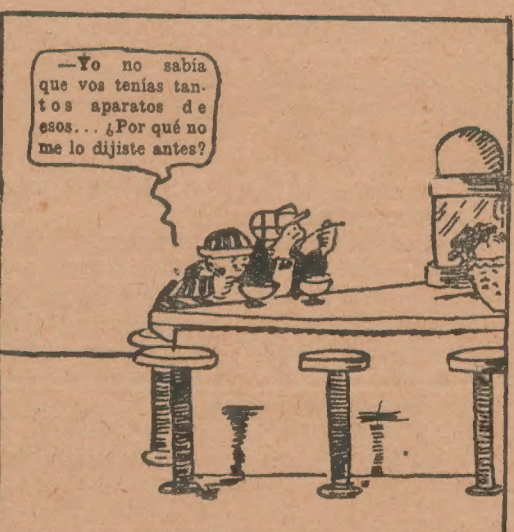
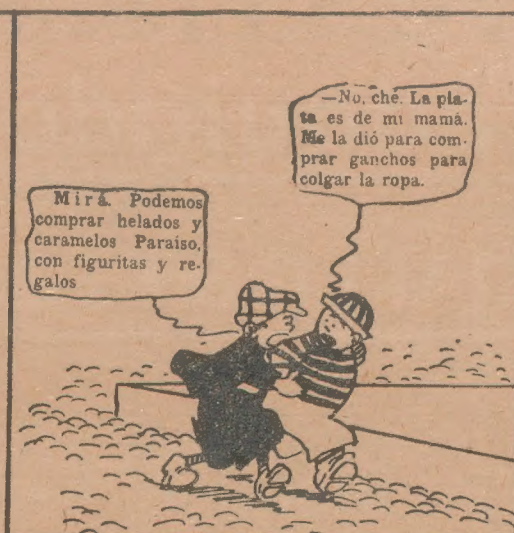
FRANCO EN LA COMEDIA

Después de bastante tiempo que el actor José Franco no trabajaba en la Capital, lo tendremos este año en la Comedia, en cuyo escenario acaba de presentarse estrenando la comedia de José A. Saldías, "Mimí ha vuelto" escrita especialmente para lucimiento de la primera figura femenina, Eva Franco.

Compañía y obras fueron bien recibidas, dejando para el número que viene la crónica respectiva.

REVISTAS EN EL SARMIENTO

La compañía de revistas reunida por el autor Manuel Romero y que tiene por principales elementos femeninos a Gloria Guzmán y Carmen Lamas, ha debutado en el Sarmiento, dando a conocer las nuevas producciones del género, "Pasen a ver el nuevo fenómeno" y "El sueño de una noche de verano", que fueron aplaudidas.



Hemos adquirido la maquinaria

Nuestras instalaciones serán las más modernas que jamás se hayan conocido en el país.

Hemos cuidado el detalle de la técnica para poder brindar al pueblo consumidor una exquisita cerveza.

Para nada emplearemos Maíz ni Acidos de ninguna clase.

No elaboraremos imitaciones sino cerveza pura.

En Noviembre de 1927, saldremos a plaza con nuestros productos.

Quedan pocas acciones para suscribir.

NUEVA CERVECERIA ARGENTINA

SOCIEDAD ANONIMA

Oficinas: Diagonal Roque Saenz Peña 555

ROPA DE CUERO

LA MEJOR Y MAS DURADERA
IMPERMEABILIDAD Y ABRIGO



TALABARRERIA - CURTIEMBRE

ARTICULOS DE VIAJE Y SPORT

Casimiro

Bdo de Trigoyen 165
BUENOS AIRES

Gomez

San Martin 1150
ROSARIO

SACOS, BRÉSCHES, CHALECOS, PATUCALOTES, BOMBACHAS, SOBRECODOS, COVERCOATS, CAPADOS PARA SEÑORAS y
TIPPOS, CUANTOS, CORRAS y SOMBREROS